

Un Falso
Matrimonio
con un
COWBOY

KATE BRISTOL

Una novela de *Taylor Salas*

Un Falso
Matrimonio
con un
COWBOY

KATE BRISTOL

Una novela de *Taylor Salas*

Primera edición en formato digital: Agosto 2021

Título Original: Un falso matrimonio con un cowboy

© **Kate Bristol**, 2021

Diseño de portada y maquetación: *El Primo del Cortés*, mundialmente conocido como *El Gitano Hacker*.

(La foto del maromo ha sido cuidadosamente escogida por **LA JUANI**, bajo supervisión de Taylor, aunque la pobre no ha tenido mucho que decir, porque ya sabéis que cuando a La Juani se le mete algo en la cabez...)

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[EPÍLOGO](#)

[CONTENIDO EXTRA](#)

[EPÍLOGO 2](#)

[Nota de la autora](#)

[Grupo Brillli-brilli de la Juani en Facebook](#)

1

Kurt apretó los dientes mientras observaba sus tierras desde el porche de su rancho, en Montana. Su propiedad, en las Montañas Rocosas le daba unas vistas privilegiadas. El paisaje era simplemente abrumador. Estaba muy orgulloso de su rancho. Lo había sacado adelante sin la ayuda de nadie. Su madre había muerto demasiado pronto y su padre le siguió en espíritu meses después. El cuerpo del viejo ranchero Daniel Harris se fue apagando después de que su mujer muriera cuando Kurt apenas cumplió los cinco años.

Pero a pesar de la tragedia, Kurt se había hecho un hombre de bien, cuidado en parte por la cocinera, una anciana cascarrabias, y el capataz, que había llevado el rancho lo mejor que había podido, hasta que su salud se fue deteriorando. Thomas le había enseñado todo lo que sabía, quizás por eso cuando Kurt cumplió veinte años, ya nadie podía enseñarle nada más sobre como llevar un rancho. Pero de eso ya hacía mucho. Ahora a sus treinta y cinco años, estaba prácticamente solo en el mundo y les devolvía el favor a Thomas, que había poco más de seis meses que había sufrido una embolia y a la abuela Ginger, ya una anciana.

—Morirás solo hijo —había dicho Thomas, con rictus preocupado—. Este rancho te quitará todo el tiempo que puedes ofrecerle. Debes hacer algo más de lo que hicimos nosotros y tu difunto padre.

Kurt no había sabido qué responder a aquellas palabras, pero el mensaje había sido claro: Lo único que podía ofrecerle la vida en aquel lugar, era morir solo. Nada más.

—¿Qué me propones, viejo tullido?

Thomas rio en su silla de ruedas y le dio como pudo un puñetazo en el brazo.

El hombre estaba junto a él, en el hermoso porche de la propiedad, observando las bellas

montañas.

—He pensado en buscarte una esposa.

—¡Oh, maravilloso! —se burló Kurt— ¿Y como conseguirás que una mujer venga hasta aquí?

—¡De eso me encargo yo!

La dueña de esa voz, una figura encorvada y con cara de pocos amigos, se acercaba a ellos ayudada por un bastón. Llevaba una taza de café en la mano y Kurt la miró denegando con la cabeza.

—Eso no te dejará dormir a estas horas, Ginger.

—¡Bah! —la vieja hizo un gesto de desdén y dio un sorbo a su café—. No pienso dormir cuanto hay tanto por hacer. ¿Verdad Thomas?

El hombre gruñó como respuesta.

—Bueno —dijo Kurt, alzando las manos—, ¿sería muy descortés que me fuera a la cama antes de que os pongáis a organizar mi vida?

La abuela Ginger le dio un golpe con el bastón, pero él rio por su mal carácter y después se inclinó para besarla en la cabeza.

Los tres en aquel mar de silencio salpicado por estrellas brillantes en el cielo se quedaron callados mientras la abuela Ginger encontraba las palabras adecuadas.

Kurt sabía que los años pasaban, y aunque era cierto que se había divertido mucho con sus amigos en el pueblo cercano, y que nunca le habían faltado romances cuando visitaba la ciudad, ninguna mujer se había planteado siquiera ir a vivir allí, en un lugar tan apartado del mundo, tan salvaje. Eso en parte lo entristecía. ¿Cómo era posible que no apreciaran la belleza que tenía ante sus ojos? Pero suponía que estar a tres horas de camino desde cualquier punto de vida civilizada, era un elemento disuasorio bastante importante a tener en cuenta.

—Kurt... —empezó diciendo la anciana.

—¿Sí?

Al ver que Thomas lo miraba de reojo se dio cuenta de que los dos viejos amigos estaban

algo más que compinchados con respecto a lo que iban a decir.

—Hemos pensado, como ya te hemos dicho antes —empezó a decir la abuela Ginger—, que lo mejor para ti es que encuentres una buena mujer.

Un gruñido de Thomas dejó claro que él pensaba lo mismo.

—Bien —parpadeó Kurt—. No sabía que parecía tan necesitado de cariño y afecto.

Intentó burlarse, pero la mano rugosa de Ginger se puso sobre la suya.

—Querido hijo, no queremos morirnos sin ver que eres realmente feliz.

—Soy feliz —lo dijo tan rotundamente que cualquiera podría haber pensado que era cierto.

—No es así.

—Sí, lo es —pero Kurt parpadeó, mirando a la anciana, que le sonrió con ternura, algo poco usual en ella.

—Como te he dicho —repitió Ginger—, no pensamos morirnos sin verte establecido con una buena mujer y quién sabe si hijos.

Thomas rio.

—Creo que yo partiré antes —dijo, con la dificultad que le había dejado la embolia en el habla.

—No vais a moriros, ¿entendido?

—¡Oh, como si pudieras frenar el avance de la edad! —dijo, dando un golpe en el suelo de madera con el bastón.

Kurt empezaba a enfadarse con Ginger. No le gustaba que hablara de la muerte, era como si la llamara. Y que siempre hiciera referencia constante a sus más de ochenta años lo ponía nervioso.

—¿De qué demonios estáis hablando? ¿Y qué tramáis vosotros dos? Yo soy feliz en el rancho de mi familia, tengo amigos...

—Que vienen dos veces al año.

—Voy al pueblo cuando me aburro...

—Para ver a la misma gente.

—¡Y he tenido novias!

—Idiotas incapaces de apreciar la vida que tenemos aquí.

Todas las replicas de Ginger hacían un agujero en el corazón de Kurt.

—Si eso no ha cambiado durante toda mi vida, no creo que ahora, por mucho que lo deseéis, aparezca una joven casadera a establecerse en Blue Rock.

Thomas rio y fue entonces cuando Kurt comprendió que no solo habían tramado un plan, sino que lo habían estado llevando a cabo en silencio, a saber durante cuánto tiempo.

—¿Qué demonios habéis hecho?! —exclamó.

Los dos ancianos se miraron.

—Puede... —Ginger se acabó la taza de café y miró hacia otro lado—, que hayamos encontrado a una mujer para ti.

—¿Dónde? —Kurt se puso en pie y se alejó de la mecedora para quedar cara a cara con los dos— ¿En qué momento y por qué? —los señaló con el dedo—. Y de todas estas preguntas no tengo muy claro cual quiero que me contestéis primero.

Thomas levantó un dedo.

—Primero —dijo la abuela Ginger—. Porque estas solo. Y un chico tan guapo y fuerte como tú, no puede quedarse aquí solo toda la vida.

—Tengo a mis trabajadores, son más de treinta y están muy felices, gracias —replicó, Kurt.

No podía creerse todo ese embrollo... ¡Como si estuviesen en el siglo diecinueve!

—Se... segundo —dijo Thomas, ignorando por completo la pataleta de Kurt.

Ginger asintió al ver que Thomas se esforzaba por levantar un dedo.

—Segundo. A tu pregunta de cuando... ¡Buuuuuh! Hace más de un año que lo planeamos. Y nos ha costado mucho encontrar a la candidata adecuada para ti.

Kurt parpadeó, como si todos se hubieran vuelto locos.

—No sé donde habéis podido encontrar a una mujer que quiera venir aquí —exclamó—.

Las empleadas del rancho están casadas, por lo que no creo que propongáis que tenga una aventura o le robe la mujer a Gabriel...

Gabriel era su mejor amigo en el rancho, se ocupaba de la cría de caballos y de todo lo relacionado con la herrería.

—No, muchacho —dijo Ginger— Gabriel tendrá suerte si Pamela no se le escapa, pero no hablo de ella. Sino de otra chica, que respondiendo a tu pregunta de donde la hemos encontrado...

Kurt pudo escuchar un redoble de tambores cuando Ginger miró a Thomas y este se rio más fuerte.

—¡Agg... gárrate!

—No me lo puedo creer —Kurt puso los ojos en blanco— ¿Quién demonios es? ¿La conozco?

—Oh no, pero ella cree que sí.

—¿Por qué cree eso? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Porque nos hemos hecho pasar por ti en una web de citas.

Si Kurt no hubiese sido un curtido vaquero se habría desplomado allí mismo.

—Maldita sea —susurró en shock.

—Y... hi... jo... —intentó decir Thomas, a lo que Ginger se adelantó, por falta de paciencia

—¡Llega mañana!

Kurt se agarró a la barandilla del porche y sintió como sus rodillas se aflojaban.

¿Por qué demonios habían hecho eso? ¿Y por qué sus sonrisas eran de pura satisfacción?

—Vais a matarme...

2

—No puedo creer que me hayáis hecho esto.

Kurt estaba visiblemente furioso con la taza de café en la mano.

No había podido dormir durante toda la noche, y todo era culpa de esos dos.

La abuela Ginger preparaba el desayuno para todos en la cocina, ayudada por dos mujeres más que estaban allí para encargarse de las compras y la limpieza. Pam era la novia de Gabriel, aunque últimamente estaban en crisis, y Teresa, la mujer de uno de los ayudantes de Gabriel. El rancho era una gran familia, hasta había tres críos revoltosos y cuatro adolescentes, uno el hijo de Teresa, que le había dado más de un disgusto.

—Tomate unas tostadas también —le dijo la abuela.

—No tengo hambre —respondió Kurt de mal humor—, me la habéis quitado con vuestro matrimonio concertado.

—¡Sssh! —la abuela Ginger le dio un capón en la cabeza al darse cuenta de que las dos mujeres lo miraron con extrañeza—. ¡Cállate, aquí nadie sabe nada de eso!

—Será mucho mejor así cuando le diga a esa pobre chica que la habéis engañado para venir aquí.

—No le dirás nada —Ginger frunció el ceño y dejó el plato frente a Kurt con un fuerte golpe. Él miró hacia abajo para cerciorarse de que no lo hubiera roto—. Vas a poner tu mejor cara e irás al aeropuerto de Helena a buscarla.

—Por supuesto —fingió entusiasmo—. Solo son cuatro horas en coche.

—Quedaos a dormir en un motel y conoceos mejor.

Ese “conoceos mejor” significaba que confiaba que él la encontrara atractiva y que tuviera sexo con ella.

—Oh, ya veo que quieres que llegue al rancho con un heredero. —La mujer gruñó y miró por encima del hombro a Thomas, cuyo cuidador los miraba tan sorprendido que no podía mediar palabra.

—¿Se va a casar? —preguntó Javier, mientras tomaba un trozo de tortilla y se lo daba a Thomas en la boca.

El viejo rio. Si algo no había hecho la embolia era quitarle su sentido del humor. Uno muy retorcido, diría Kurt.

—No voy a casarme —Sentenció. Y al decirlo, Pam y Teresa se miraron como si no tuvieran ni idea de lo que estaba pasando, pero que, de seguro era algo gordo.

—Claro que lo harás —le susurró la abuela al oído, con cara de pocos amigos—. Sé un caballero, pórtate bien con ella y todo irá bien. A las chicas sureñas le gustan los modales.

Kurt abrió la boca, de hecho, pareció que se le desencajaba la mandíbula.

—¿Cómo cuanto del Sur?

—Alabama.

—¿Por qué demonios una muchacha de Alabama querría casarse con un ranchero de Montana?

La abuela se encogió de hombros y se dirigió a los fogones para controlar la comida que estaban elaborando para el medio día.

—Quizás le gustaste.

—¿Cómo puedo haberle gustado si no...? —Calló de repente al darse cuenta— ¿Le habéis mandado una foto mía?

—Y... vvvvídeos...

Javier quedó atónito.

—¿Te han buscado una novia? —palmeó la espalda de Thomas, quien y asintió—. Oye abuela Ginger, ¿no puedes buscarme una a mi? La chica más guapa del rancho está comprometida.

Al decirlo, le guiñó un ojo a Pam, que se rio meneando la cabeza.

—Puede que sí. Si te portas bien.

Pero por supuesto que Javier se portaba bien a ojos de Ginger. Era un cuidador excelente, había empezado a estudiar enfermería, hasta que las cosas se pusieron mal para su familia y tuvo que emigrar de México a Houston. Pero finalmente, gracias al destino, había acabado en el rancho mientras iba rumbo a Canadá. Y Thomas no podía estar más satisfecho. Javier era amable, y educado, con estudios y tenía una paciencia infinita. La abuela Ginger se lo quedó mirando. Sí, quizás a él también le vendría bien una novia.

—¿Y cuando se supone que tengo que irme? —preguntó Kurt.

—Su avión llega por la noche.

—¡Maldita sea!

Todos se quedaron mirando a Kurt. No era habitual ver un estallido de furia por su parte.

—¡No puedo creer que hayáis hecho esto!

—Yo aún no sé lo que han hecho —preguntó Pam, muerta de curiosidad.

—Venga chicas, dejadnos unos minutos a solas —dijo Ginger, para desgracia de Teresa y Pam, que se miraron y al ver la cara de la abuela Ginger asintieron y abandonaron la cocina.

—¿Yo también? —preguntó Javier.

—No es necesario —Ginger le sonrió—. Kurt necesitará un amigo que le haga entrar en razón. Le hemos concertado un matrimonio.

—¡Un momento! —dijo Javier, atónito—. ¿Matrimonio concertado? ¿Directamente va a casarse con una mujer sin conocerla? ¿Y dónde la habéis encontrado?

—La hemos sacado de una empresa que arregla matrimonios. Según la compatibilidad, ella es perfecta.

Kurt miró a Ginger negando con la cabeza.

—No entiendo que puedas decir eso y no te avergüences de haber engañado a una pobre chica.

—Solo será engaño si no te casas con ella.

—No voy a casarme con ella —lo dijo en tono tajante y muy convencido.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Javier—. Es muy probable que te guste, y quizás os enamoreís a primera vista.

—¿Todos los latinos sois tan...?

—¿Románticos?

—Ingenuos.

Javier sonrió y se encogió de hombros.

—Hemos nacido para creer que un hombre no puede estar solo toda la vida. Y sé que Ginger y Thomas también lo creen ¿por qué tú no?

—Porque no me gusta que me busquen mujeres, como si yo no pudiera...

—Claro que puedes —dijo Javier—. Pero admitámoslo, en un lugar como este es muy difícil conocer gente nueva. Lo tenemos un poco más complicado que la gente de la ciudad. Y si la abuela Ginger y el Señor Thomas, quieren ayudarte... ¡Déjalos!

—¡Así se habla muchacho!

Ginger no podía estar más contenta y Kurt más necesitado de tomar una bocanada de aire fresco.

—Voy a salir. Hay que preparar a los caballos y...

—Y cuando vuelvas, tendrás la comida sobre la mesa y tu maleta de mano preparada —dijo Ginger—. El vuelo llega a las nueve de la noche. ¡Quedaos en un hotel!

La amplia sonrisa de la anciana no engañaba a nadie. Ginger podía ser una mujer devastadora y cruel.

3

—Unos minutos... —se dijo Scarlett en un susurro, enroscándose al mismo tiempo un mechón de pelo rubio en el dedo índice—. Sólo unos minutos más y empezarás una nueva vida...

No podía creer que se hubiera atrevido a tanto, solo para escapar de las garras de... Se puso a temblar.

¡No! No pensaría en él. Ya nada más importaba. Solo se centraría en empezar de nuevo y dejarlo todo atrás.

Se sentía nerviosa, sentada allí en la terminal de llegadas. Junto a ella había una maleta pequeña, apenas había podido recoger nada más para no levantar sospechas. Llevaba lo indispensable y estaba sana y salva, eso le quitaba de encima la mayor parte de las preocupaciones.

Apretó las manos sobre su regazo para disimular su temblor. Estaba inquieta, pero cómo no estarlo, en unos minutos conocería a su futuro esposo. No entendía como había podido meterse en ese embrollo, ni como se tomaría él la pequeña mentira... bueno, o quizás no tan pequeña...

—No pienses en eso. Ahora solo debes pensar en que todo saldrá bien. Te va a gustar, tú le gustarás a él, y si no es así... —se mordió el labio. Bueno, si no era así, tendría tiempo para encontrar una solución a todos sus problemas.

Sí, la encontraría. Era una superviviente, siempre lo hacía.

Se quedó mirando sus pies enfundados en unos botines aterciopelados, sus vaqueros ajustados le hacían unas piernas bonitas, y se sorprendió preguntándose si a él le gustaría. Esperaba que sí.

Quizás no fuera tan exuberante como Heather, pero, tenía un bonito pelo rubio y unos

ojos azules, que su amiga le había dicho muchas veces que ella envidiaba. Sí, no había nada malo en ella, aunque alguna gente se hubiese esforzado media vida en decirle que sí lo había.

Juntó las manos y empezó a rezar para que todo saliera bien.

¿Cómo se tomaría su futuro marido al encontrarse frente a sí a una mujer tan distinta de Heather? Seguro que él también había mirado su foto infinidad de veces... ¿Y si la iba a buscar, y no la reconocía? ¿Y si se marchaba después de ver que se había hecho pasar por otra persona?

Aunque realmente no había sido así.

Heather había empezado con esa tontería de buscar un marido, ¿qué culpa tenía ella de que se hubiese enamorado de otro mientras esperaba? ¿Y qué culpa tenía ella de haber entrado en la app de matrimonios concertados y quedarse prendada de la belleza de Montana?

En un principio había hablado con ese hombre, como quien habla con un pariente, en ningún momento le insinuó nada sexual, era un hombre sumamente educado y correcto. Incluso después de que le enviara videos donde se veía claramente lo fuerte y masculino que era, sobre todo participando en la doma de caballos, Scarlett jamás vio ningún indicio de que él tuviera una actitud lujuriosa hacia ella.

Como la foto que tenía era de Heather, y su amiga sí que era impresionante, eso le hizo pensar que, o bien era un hombre demasiado serio y formal que quería casarse y formar una familia, o bien era gay y necesitaba guardar las apariencias.

Le avergonzaba admitir que, fuese cual fuese el motivo de ese hombre, a ella le daba igual. Necesitaba salir de Missouri. Necesitaba ocultarse en medio de la nada, y no le importaba casarse con un hombre por el motivo que fuera, siempre y cuando la tratara bien. Y de eso estaba convencida, Kurt Harris lo haría. La trataría como merecía ser tratada una mujer.

—Buenas tardes, ¿eres Scarlett?

Ella alzó la mirada hacia el hombre que estaba frente a ella y no respondió a la pregunta. Se quedó en silencio con la mandíbula desencajada.

Quizás se había equivocado, ese hombre con el ceño fruncido y alto como un caballo, podría comérsela de un bocado si quisiera, y nadie podría hacer nada para ayudarla. Tenía ambas

manos cerradas en un puño y Scarlett se quedó mirándolo con sus expresivos ojos azules.

Sí, sin duda el lobo podría comérsela de un bocado.

¿Habría saltado del fuego para aterrizar en las brasas?

Había conducido cuatro horas, apretando los puños entorno al volante y gruñendo.

¿Cómo era posible que la abuela Ginger y Thomas hubieran confabulado para buscarle una esposa? ¡Una esposa! Como quien compra una buena yegua y la doma. ¿Eso querían que hiciera con esa mujer?

¡Por Dios! Iba a volverse loco.

Le temblaban las manos al bajar de su furgoneta y tuvo que apretarlas en un puño.

En qué demonios pensaban al inscribirlo en esa web de citas, matrimonios... ¡O lo que fuera!

Heather, o Scarlett, porque la abuela Ginger ya le había dicho que aunque se había registrado como Heather en la web, prefería que le llamaran Scarlett, había nacido en el sur, con sus pantanos, sus caimanes... ¡Oh! ¿Pero qué podrían tener en común?

Al preguntarle eso mismo a la abuela Ginger y a Thomas, el viejo había respondido al instante.

—Soledad.

Y quizás tuvieran razón. La soledad en el rancho no era una gran compañía.

—¿Me dais una foto al menos para saber como es?

—Es muy guapa e irá vestida de rosa.

—Como buena sureña —había refunfuñado él.

¡Y no hubo más que decir! ¿De verdad creían que iba a casarse con una desconocida? No entendía como la tarde anterior había estado haciendo, lo que siempre hacía en su monótona vida, y ahora estuviera en el aeropuerto de Helena, esperando a su prometida.

Puso los ojos en blanco ante aquel pensamiento.

Al entrar al pequeño aeropuerto, se dirigió al punto de encuentro que Ginger le había dicho. Bien... una rubia con la cabeza gacha estaba... rezando, con una pequeña maleta a sus pies y el cansancio de medio día de viaje.

—Buenas tardes, ¿eres Scarlett?

Tragó saliva cuando ella alzó sus preciosos ojos color zafiro. Se quedó sin aliento y pensó que volverían a fallarle las rodillas si no iba con cuidado.

—Sí.

La voz fue apenas un suspiro y ambos siguieron inmersos en los ojos del otro.

4

¿Y este era el hombre con quien se iba a casar?

Bueno, aún no estaba decidido. Habían pactado claramente a través de la APP que si no se gustaban nadie podía obligar al otro a hacer algo que no quisiera. Eso evidentemente incluía la boda, y... las relaciones íntimas.

Scarlett bajó la mirada y clavó los ojos en el suelo. Las mejillas se le tiñeron de carmesí al pensar en ese hombre desnudo sobre ella.

¡Concéntrate Scarlett! Eso debía hacer, concentrarse y aparentar ser una mujer completamente normal, sin problemas de ningún tipo.

—Es un placer conocerte en persona.

La voz ronca de él le erizó el vello de la nuca, y un calor intenso se esparció por su cuerpo. Era fácil notar de donde nacía ese calor y qué terminaciones nerviosas tocaba. No lo entendía ¿por qué un hombre como el que tenía en frente recurría a una aplicación para buscar pareja? Scarlett conocía a más de una que se hubiese lanzado, literalmente, a su cuello nada más verlo. Heather, por ejemplo. Sonrió al recordar que su amiga había encontrado el amor de la manera más inesperada y que ya no había posibilidad de que tomara el primer avión e intentara casarse con ese rancharo.

—Eres mucho más alto de lo que me imaginaba —logró decir, mirándolo nuevamente.

Se sentía más segura y esta vez sí sonrió con timidez.

Él era inmenso, alto, de espaldas anchas, bíceps impresionantes. Pero lo más atractivo en él era su rostro. Aunque tenía unas facciones duras, le inspiraba confianza. Sus ojos eran especialmente atractivos, verdes como la hierba y de pestañas largas, que contrastaban con el tono moreno de su piel. El pelo negro y lacio le llegaba a rozar las cejas.

Él asintió, tímido ante el escrutinio de la joven, sin saber qué responder. No podía decirle que ella era igual que en las fotos que había enviado a Thomas y a Ginger y que él jamás había visto.

—Tú eres muy bonita.

—Sí —Scarlett rio nerviosa—, sé que te esperabas a otra persona diferente. ¡En fin! Creo que hubo una confusión con las fotografías, y te mandé una de mi amiga.

Kurt alzó una ceja y asintió.

¿Así que ese no era el aspecto que debía tener? Bien, pues... si ella había enviado la foto de otra persona, desde luego no podía ser porque pensara que no le iba a gustar. Era una muchacha increíblemente... era increíble. Kurt fue consciente del hoyuelo que se le formaba en una de las mejillas cuando sonreía. También se dio cuenta de que estaba nerviosa, por la manera en que juntaba las piernas y estiraba la espalda. Estaba rígida. Quizás él la intimidaba. ¿Y por qué no? A veces se olvidaba de su estatura y de que su ceño fruncido podía parecer algo amenazador.

Respiró hondo y abrió el puño. Debía relajarse, al menos todo lo posible ante una situación como aquella.

—¿Has tenido un buen vuelo? —preguntó.

Ella asintió y no borró su sonrisa del rostro.

—Sí, muy agradable, gracias.

—Debes estar cansada.

Lo cierto era que lo estaba, pensó Scarlett. No había podido descansar en los últimos días, nerviosa porque su huida saliera bien. Pero allí estaba, lejos de todo lo que podía hacerle daño.

—Estoy un poco cansada, pero feliz de estar aquí.

Kurt se llevó una mano a la nuca y se la rascó en un gesto incómodo.

—El rancho está a cuatro horas, creo que será mejor que nos marchemos, aunque sería preferible que nos detuviéramos a pasar la noche en un ho... tel. —A Kurt se le atragantó la palabra al ver la reacción de ella. Sin duda, pensaba que aquello no entraba en los planes del

viaje—. Lo siento, podemos ir directos al rancho.

—No, no. Lo siento, debes haber conducido muchas horas. Yo... creo que será perfecto pasar la noche a medio camino.

Lo que realmente había creído escuchar Scarlett cuando Kurt abrió la boca fue: *Voy a llevarte a un hotel y a hacerte el amor toda la noche.*

No, sin duda no estaba preparada para eso. Y no, tampoco era lo que había dicho el pobre ranchero. El problema lo tenía ella. No se fiaba de los hombres. En realidad, no se fiaba de nadie.

—De verdad, haremos lo que tu quieras —dijo él, inclinándose y cogiendo la maleta que ella llevaba—. Scarlett, quiero que te sientas cómoda. Ya que has llegado hasta aquí... es mejor que nos relajemos y...

—Y nos conozcamos mejor —lo interrumpió ella, con voz temblorosa.

Él asintió posando su mirada sobre aquellos labios rosados por el sutil maquillaje. Parpadeó y se dijo que tenía que dejar de comérsela con los ojos o de lo contrario Scarlett llegaría al rancho asustada por unos rudos modales que intentaba ocultar, y el repentino deseo que le era tan difícil ignorar.

El paisaje que se abría ante los ojos de Scarlett era tan bello que a duras penas podía creer lo que veía. Las montañas, inmensas y con los picos nevados resplandecientes a la luz de la luna llena, se alzaban a lo lejos como gigantes intentando tocar el cielo, y debían de ser altísimas, pensó Scarlett, porque estaban relativamente lejos.

Como el vaquero que conducía a su lado.

Con disimulo, lo miró de reojo. Él se dio cuenta y volteó un momento la cara. Las miradas de ambos se cruzaron por unos instantes, y de inmediato regresaron a sus lugares de origen.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Kurt, haciendo que Scarlett se sonrojase hasta las

orejas.

Claro que le gustaba lo que veía. Pero él se refería al paisaje.

—Es precioso. Todo tan... enorme.

—Alabama también debe de ser increíble.

Scarlett se encogió de hombros. Tal vez Alabama fuese hermosa, pero no estaba dispuesta a regresar jamás.

Kurt se percató del cambio de expresión en Scarlett y supo que algo no iba del todo bien.

Ella era como una yegua resabiada, algo le había sucedido para que no confiase en los demás. Porque eso era lo que le pasaba, esa chica tenía un miedo atroz pero..., ¿de qué, o de quién? Tal vez lo del hotel no era una buena idea...

—Creo que ya hemos llegado —dijo él, tras entrar en un camino arbolado—. Este es el hotel.

Scarlett abrió mucho los ojos, sorprendida y maravillada a partes iguales.

—Es impresionante.

Sí que lo era, pensó Kurt. Al parecer Ginger y Thomas no habían reparado en gastos.

Salieron del todo terreno y ambos se dirigieron al maletero. Mientras forcejeaban para sacar la maleta y cedérsela el uno al otro con gesto nervioso, Kurt se dio cuenta de que estaba demasiado cerca de esa joven. Podía oler su perfume, a lavanda, y hasta notar el calor de su brazo al rozarse. Se la quedó mirando bajo el cielo estrellado y por un momento todo pareció desaparecer a su alrededor.

Notó como el latido de su corazón se hacía cada vez más intenso y que sus ojos se negaban a abandonar esa boca de labios carnosos y de sutil color rosáceo.

—Deja que te lleve la maleta —le dijo, demasiado rudo de lo que cabría esperar, pues ella retrocedió, como asustada.

—Tenemos una reserva a nombre de Kurt Harris.

Ella asintió, temblorosa, pero tan hipnotizada como él.

—Eres muy amable.

Con un carraspeo y apartando la mirada, Kurt se obligó a poner distancia entre ambos. Dejaron el aparcamiento atrás y avanzaron hacia el hotel.

El *hall* del hotel era grandioso, con modernas lámparas que iluminaban a la perfección cada rincón. La recepción ocupaba diez metros de largo, con un tablero de madera perfectamente acabada. Había tres recepcionistas y una cola de dos a cuatro personas por cada uno de ellos.

—Hay mucha gente, ¿verdad?

—Creo que debe ser una convención —respondió Kurt—, aunque no sabía de qué.

Esperaron en silencio su turno. Ninguno de los dos se atrevía aún a hablar libremente, y ambos por la misma razón: Se negaban a meter la pata.

Cuando llegó su turno, Kurt enseñó un documento acreditativo. La recepcionista, Marisa, que en la placa podía leerse claramente en letras mayúsculas su nombre, les dedicó una amplia sonrisa después de teclear su nombre en el ordenador.

—Bienvenidos, señor y señora Harris.

Scarlett, a un paso por detrás de Kurt, miró a la recepcionista como si le hubiesen salido dos cabezas. Y Kurt intentó no gemir.

—¿Cómo? No... —Kurt miró nervioso a Scarlett. Lo que último que quería era que se pensara que intentaba aprovecharse de ella—. No, no es mi esposa...

—Aún —rió Marisa, juntando las manos y sonriendo ampliamente. Al parecer estaba encantada de tenerlos en el hotel—. Su abuela les ha reservado un montón de actividades.

—¿Cómo? —Aquello era una auténtica pesadilla—. No, solo hemos venido directos del aeropuerto, y habrá reservado una noche para que descansemos. Mañana tenemos previsto continuar con el viaje.

Sonrió a Scarlett, que asintió como si comprendiera. Pero la recepcionista Marisa no estaba muy de acuerdo con su afirmación.

—No, yo misma hablé con su abuela Ginger...

Un sudor frío empezó a bajarle por la espalda a Kurt. Intentó mantener una expresión neutra, que no asustara a la pobre mujer. Al fin y al cabo, Marisa, y mucho menos Scarlett,

tenían la culpa de las confabulaciones de la abuela.

—¿Habló personalmente con ella?

Marisa negó con la cabeza.

—Por teléfono, una mujer encantadora. Les ha reservado todas las actividades para estos tres días de estancia que tienen en el hotel.

—¿Tres días? —Kurt debería haber desconectado o interrumpido a la mujer en ese momento, pero no fue capaz. Ver hasta donde llegaba la malicia de Ginger y Thomas a la hora de buscarle esposa, lo tenían asombrado.

—Está todo incluido —continuó la recepcionista—. Incluso alguna pequeña sorpresa para su luna de miel.

—Le repito que no estamos casados.

Si la recepcionista se dio cuenta del tono seco del vaquero, no lo dio a entender. Sí se dio cuenta Kurt del sutil respingo de Scarlett, pero lo atribuyó a la sorpresa de tan surrealista momento.

—Sí, su abuela nos dijo ese pequeño detalle...

¿Pequeño? No sabía que no estar casados para celebrar una luna de miel, fuera un pequeño detalle.

Miró por encima de su hombro y Scarlett permanecía con cara de póquer. A Kurt le fue imposible adivinar qué pensaba. Quizás la abuela la habría puesto al tanto antes de tomar el avión. ¿Se comunicaban por la APP de matrimonios concertados, o tenía su móvil? Se estaba poniendo nervioso por momentos. Y después juraría que no sabía como había aguantado estoicamente todo lo que decía Marisa, cuando soltó la bomba:

—Espero sinceramente que disfruten de la suite nupcial. La botella de champán es cortesía de la casa.

Sin duda, Dios había decidido que su vida era demasiado monótona y aburrida, y debía actuar con todo su poder sobre él.

—¿La suite...? —cerró los puños con fuerza.

—Disfruten de su estancia en...

A medida que la pobre muchacha iba hablando, la vena del cuello de Kurt se hinchaba, no sabía muy bien si a causa de la vergüenza, el horror, o simplemente porque quería explotar ahí mismo y mandarlo todo al infierno. Sin embargo, en lugar de hacer eso se golpeó la frente contra el mostrador y la voz aguda de la recepcionista se paró en seco.

—¿Hay algún problema, señor?

Él se volvió hacia Scarlett, que lo miraba con fijeza con esos enormes y preciosos ojos azules. Al parecer no estaba horrorizada por lo que acababa de escuchar. Algo era algo...

—Lo lamento —le dijo—, la reserva la ha hecho la abuela Ginger, que en realidad no es mi abuela, pero... como si fuera la abuela de todos.

—Sí —dijo Scarlett, con una dulce sonrisa—, me has hablado de ella y de Thomas.

—¿Ah sí? —Dios, se moría de ganas por saber qué había dicho el demonio de Ginger cuando se había hecho pasar por él en la web— ¿Sabías que íbamos a hospedarnos aquí?

Por la cara que puso Scarlett, Kurt se arrepintió enseguida de haber hecho esa pregunta. Ella lo miró con extrañeza, y sintió que lo estaba juzgando.

—No me habías dicho nada.

—Lo lamento —dijo él, sintiéndose idiota—. No sabía si de alguna manera Ginger se había puesto en contacto contigo y...

—¿Cómo lo haría?

Sí, pensó Kurt. ¿Cómo demonios esa mujer podría ponerse en contacto con Scarlett? Si ella supiera que con quién jamás había hablado había sido con él. Aún le costaba creer que su abuela y Thomas fueran capaces de encender un ordenador y mucho menos ligar con una mujer en su nombre. ¿Qué habrían sido capaces de decir o hacer? ¡No quería ni imaginárselo!

—¿Me disculpa un momento? —solicitó Kurt a la recepcionista y se apartó del mostrador para hablar con Scarlett.

Ella lo miró con esos grandes ojos azules y él perdió por un instante el hilo de sus pensamientos.

—Scarlett...

—¿Sí?

—No quiero que te sientas mal por esto. No entiendo en qué estaba pensando mi abuela a la hora de reservar la suite nupcial —ella asintió sin saber muy bien qué decir—. Puedo cambiar la reserva si quieres. No tenemos por qué dormir en la misma habitación.

A Kurt le pareció que ella se sentía aliviada, y realmente así era. Pero no porque no deseara compartir la suite con él, sino porque él había tenido en cuenta sus sentimientos. ¿Y cuándo había sido la última vez que un hombre los había tenido con ella? Ni lo recordaba.

—No te preocupes —Scarlett le dedicó una sonrisa radiante—. Lo que decidas estará bien.

—Bien... entonces, ¿la cambiamos? —Esa frase sonó más bien a una pregunta, pero ella no la respondió, así que Kurt se acercó al mostrador y se dedicó durante los siguientes minutos a quitarle la sonrisa de la cara a Marisa con sus objeciones—. Deseamos cambiar la suite por dos habitaciones separadas.

Si a la recepcionista le hubiesen dicho que su perrito Spike se había muerto, no habría puesto una peor cara.

—¿Hay algún problema? —la mujer parecía desolada— ¿He hecho algo...?

—No, no —la interrumpió Kurt—. Simplemente que no estamos casados y nuestra abuela no debió...

—Pero, señor. De verdad que el hotel les ofrece toda una experiencia romántica...

Vale, eso era un infierno. Y no, de ninguna manera pasaría una noche, y mucho menos tres, en una suite nupcial con una mujer tan preciosa como Scarlett.

La miró de reojo y la vio morderse el labio y balancearse hacia delante y hacia atrás mientras miraba todo cuanto la rodeaba. ¡Oh, Jesús! Parecía tan inocente...

—Cambie la reserva. Ahora. Por favor.

La recepcionista frunció el ceño.

—No puedo, no hay habitaciones disponibles.

Esa respuesta fue para Kurt como un jarro de agua fría.

—¿¡Cómo!?! —quizás había gritado la pregunta porque Marisa dio un respingo.

—Lo siento, pero como verá, estamos al completo. Este fin de semana hay una convención y...

Vale, esa mujer se echaría a llorar en cualquier momento, y entonces él se sentiría como un ogro. Cerró los ojos y se dio la vuelta para mirar a Scarlet, que en esos momentos se enroscaba un rizo dorado en el dedo índice. Un gesto, sin duda, para paliar el sutil temblor de sus manos. Demonios, era lógico que estuviese asustada.

Kurt soltó todo el aire que contenía en los pulmones, antes de informar:

—No hay habitaciones disponibles.

Scarlett se encogió de hombros.

—¿Y sería tan horrible quedarnos la suite? —Eso le hizo parpadear. ¿En serio quería quedarse en la suite nupcial con él? —Lo siento, como prefieras.

—No, no. ¿Te parece bien quedare conmigo...?

Ella asintió tímidamente.

—Perdona, es que estoy tan cansada. Ha sido un viaje muy largo.

Y sí que lo había sido, no había pegado ojo en dos días, deseando que nadie se diera cuenta que planeaba su huida.

—De acuerdo entonces.

No había más que hablar. Estaba a punto de pasar su ficticia luna de miel en una suite nupcial con una prometida a la que acababa de conocer, y que estaba allí para casarse con él.

5

Después de abandonar la recepción, Scarlett estaba pletórica por haber aceptado la suite, pero intentó disimularlo lo más que pudo. Por nada del mundo querría que Kurt pensase que era una descocada, nada más lejos de la realidad... Pero ese hombre, a pesar de ser tan grande y rudo, y de tener esa mirada verde tan intensa, le inspiraba una confianza. Sabía a ciencia cierta que no se sobrepasaría con ella, que la respetaría. Lo conocía desde a penas un par de horas, pero sentía que podía confiar en él ciegamente. Algo así jamás le había pasado con otro hombre. De hecho, siempre había mirado con desconfianza a todos con los que había tenido cierto contacto, incluso compañeros de trabajo que nunca le habían dado motivos. Y a nivel sentimental tampoco es que hubiese conocido ninguno, a parte de...

No, de ninguna manera iba a dedicar ni un minuto de sus pensamientos en ese demonio. Scarlett se había propuesto cambiar de vida y olvidar a ese sujeto era el primer paso. Lo borraría completamente de su mente, eso haría.

Se dirigieron a la zona de ascensores y comprobó que la recepcionista no había mentido, el hotel estaba abarrotado. Siguió a Kurt a corta distancia y cuando llegaron al ascensor y la puerta de este se abrió, él le cedió el paso, caballeroso.

—Gracias —dijo ella.

—Déjame, yo llevaré las maletas —dijo el vaquero, quitándole la maleta de la mano. Cuando él fue a coger el asa, las manos de ambos se rozaron. Scarlett la apartó de inmediato y se sonrojó un poco.

—Sí, gracias —dijo, para después mirar hacia el techo del elevador para que él no se percatase de su estado de nerviosismo. No quería que él pensase que era una ingenua, pero así era como se sentía.

Una vez salieron del ascensor en el último piso, Kurt le cedió el paso y luego avanzó con

ambas maletas de mano por el reluciente suelo del hotel.

El séptimo piso, donde estaba la suite, era una preciosidad. El suelo era de mármol, y las paredes lucían un precioso estucado azul. Lámparas, sofás y mesitas de los lugares comunes eran de un lujo exquisito, desde luego el hotel no había reparado en gastos.

Llegaron a la puerta número 70, y se quedaron parados ante ella.

—Aquí es —dijo él, antes de colocar la tarjeta en el lector, y mirando a Scarlett, como si le pidiese permiso para hacerlo.

Al ver su radiante sonrisa, Kurt abrió y la dejó pasar.

—Vaaaaya —exclamó Scarlett, al tiempo que paseaba los ojos por la estancia—. Es una preciosidad.

Kurt entró tras ella y tras cerrar la puerta dejó las maletas en la entrada. En lugar de mirar lo maravillosa que era la suite, se quedó clavado en el sitio, observando el rostro ilusionado de esa joven. Sus ojos azules brillaban de ilusión, y su sonrisa era preciosa, amplia, y mostraba unos dientes blancos como perlas.

—¡Fíjate! —Scarlett caminó rápido hacia la terraza, donde había un jacuzzi y dos hamacas—. Jamás había visto algo tan bonito. Y las vistas son espectaculares.

Kurt no pudo dejar de pensar que lo más bonito de allí era ella.

Scarlett no dejaba de mirar asombrada a su alrededor. Aquella *suite* era enorme y muy lujosa en comparación con los cutres moteles de carretera en los que se había alojado alguna vez. La entrada era impresionante, con un precioso sofá de terciopelo blanco y unas lámparas modernas redondas colgando del techo. La luz se encendía dando una palmada, por medio de sensores. Empezó a dar palmas y las luces se encendían o se apagaban a su voluntad, también se ponían más tenues o cambiaban de tonos más cálidos a azulados si se giraba unos interruptores, aquello la sorprendió. Miró a Kurt, sonrió, y luego se asomó al baño. Le echó un vistazo desde la puerta y al ver la impresionante bañera se quedó maravillada.

—Menuda preciosidad...

Kurt sonrió y colocó su sombrero en la mesa, junto a la tele de plasma, feliz de que a ella

le gustara tanto. Ginger y Thomas no se habían equivocado con el sitio, se vio obligado a reconocer. Mientras seguía a Scarlett, sin poder evitar curvar los labios hacia arriba al ver la ilusión de esa joven, llegaron a la habitación principal y vieron la enorme cama que la presidía. Ambos se quedaron callados, y un poco avergonzados.

—Vaya... es enorme —dijo ella, mordiéndose el labio.

—Bueno, si te incomoda, puedo dormir en el suelo —respondió él, rascándose la cabeza en un gesto que a Scarlett le pareció muy tierno, como de un niño grande.

—Oh, no. Por dios no —exclamó ella, de pronto dudando en si él entendería que lo decía por cortesía, y no porque quisiese acostarse con él—. Quiero decir, que es enorme, lo suficientemente grande como para que quepamos los dos sin necesidad de tocarnos siquiera.

Oh, mierda, ¿en serio había dicho algo así? Habría gemido de pura frustración si eso no hubiese sido aún más humillante. ¿Pensaría a caso que lo rechazaba? No era eso... Claro que no, pero... a penas se conocían.

—Bueno, en cualquier caso, si te sientes incómoda en algún momento, puedo dormir en el coche. Aunque el sofá de la entrada tampoco es que esté nada mal.

Scarlett suspiró ruidosamente, y buscó una salida a tan incómoda situación.

—Creo que necesito ir al baño. ¿Te importa que me de una ducha?

—Oh, no, claro que no. Para nada.

—No tardaré demasiado.

—Descuida y tómate el tiempo que necesites.

Scarlett huyó al baño, de forma literal, no sin antes sacar de la maleta la ropa para cambiarse, en concreto ropa interior, zapatillas y un bonito pijama de color rosa.

Una vez dentro sintió la necesidad de darse un baño relajante, pues la bañera así lo pedía, pero finalmente optó por ducharse rápidamente, pensando en que Kurt también habría tenido un día agotador, pues había conducido unas ocho horas y también estaría deseoso de darse una ducha para descansar cómodamente.

Mientras el agua caía sobre su piel, se miró el costado y descubrió un moratón que ya

empezaba a cambiar del morado al amarillo. Se frotó inconscientemente con la esponja, como si ese gesto fuese a limpiarlo... Eso no se iría con jabón, se iría con el tiempo, pero otras heridas, las del alma, no serían tan fáciles de hacerlas desaparecer.

Salió de la ducha ya con el pijama puesto y la toalla envolviéndole el pelo mojado. Kurt estaba en la terraza, echado sobre una de las hamacas, mirando las estrellas. Ella se asomó, tenía el secador de pelo en la mano.

—Hola —le dijo, tímida.

—Hey —exclamó, él, incorporándose de súbito.

—Disculpa si te he molestado.

—No, qué va, solo miraba las estrellas.

Scarlett sonrió.

—Me secaré el pelo en la habitación, porque supongo que tendrás ganas de darte también una ducha y tardaré un buen rato.

Kurt se frotó los ojos. No es que se hubiese dormido, pero sí que estaba algo cansado. Sobre todo mentalmente. Miró a Scarlett y asintió.

—Gracias.

Kurt se cruzó con Scarlett y justo en ese instante, ella se enredó el pie con el cable del secador. Estaba a punto de caer al suelo cuando él, afortunadamente, la interceptó por la cintura y la alzó en volandas. Pero el movimiento fue tan brusco que por un momento perdió el equilibrio y estuvo a punto de aplastarla, pues acababa de caer sobre ella sobre la cama.

En efecto, quedaron ella con la espalda sobre las sábanas y el secador de pelo en las manos a modo de barrera, eso era lo único que la separaba del inmenso torso de Kurt. Giró ligeramente la cabeza al tiempo que hiperventilaba, y vio el increíble bíceps de ese hombre junto a su rostro, a su izquierda, casi pegado a él. Él tenía el brazo estirado sobre el colchón, eso era lo único que había impedido que la aplastase con la inmensidad de su cuerpo. La otra mano la sostenía por la cintura. Los ojos verdes del vaquero la miraban con un brillo que la dejó embobada por unos instantes y provocó que sus mejillas se sonrojasen. Entreabrió los labios al

ver la cercanía de los de ese hombre y, por increíble que pudiera parecerle, deseó que la besara y le hiciese el amor. Oh, dios, era tan guapo y sensual... la barba de un día dejaba ver un mentón con un hoyuelo que a Scarlett le entraron unas ganas irrefrenables de morderlo.

Gimió sin poder evitarlo y, de pronto, notó algo duro sobre su bajo vientre.

En el instante en que esa bonita joven gimió, la verga de Kurt lo traicionó y se endureció como una piedra.

No había podido evitar esa reacción, que segundos atrás había sido fascinante, y de pronto se había transformado en algo incómodo para ambos.

—Joder —masculló entre dientes, al notar que ella se tensaba a causa de su erección—. Lo siento.

La soltó y se puso en pie, arrepentido de sus palabras, que solo acababan de corroborar su excitación. Sin mediar palabra se dio la vuelta y caminó hasta la puerta del baño. Justo antes de entrar miró de reojo a Scarlett. Se había incorporado y en esos momentos empezaba a secarse el pelo, de espaldas a él. Se lo estaba peinando con los dedos al tiempo que lo aireaba con el secador.

Esa chica no podía ser más bonita. Su pelo era precioso, y llevaba un pijama de color rosa, con encaje sobre el pecho y unos pantaloncitos cortos que dejaban ver unas piernas largas y bien definidas de tobillos finos y estrechos. Era delgada y no tenía unos pechos excesivamente grandes, pero tenía unas curvas preciosas y sus movimientos eran finos y elegantes. Era como una delicada ninfa, de sonrisa radiante pero tímida y un poco esquiva. Esquiva como una potrilla sin domar.

Sin poder evitarlo, la polla de Kurt se endureció aun más y, cabreado especialmente por comparar a la joven con una potra, se metió en el baño y cerró la puerta.

Negó con la cabeza al tiempo que se llevaba las manos a la entrepierna. Demonios, esperaba que ella no hubiese visto la tienda de campaña que se acababa de levantar en sus vaqueros, pero de lo que sí estaba seguro era de que la había notado, eso seguro. Por dios, ¿Qué pensaría de él? ¿Qué era un degenerado?

Esta vez fue Kurt el que gimió cuando, al desvestirse, quedó expuesta su enorme verga. Se metió en la ducha y accionó el grifo de agua fría con la esperanza de que se le fuese la erección.

No fue así. Su mente no dejaba de pensar en los labios entreabiertos de Scarlett, en sus ojos azules como el cielo, brillantes de algo muy parecido al deseo mezclado con el temor. Pero ese gemido suave y sugerente al notar la erección de él... sobre su vientre... Tan solo la ropa había separado ese dulce contacto, y aún así, él lo había sentido tan cerca...

Kurt cerró los ojos y bajó con la mano derecha hasta su entrepierna, despacio, saboreando el momento de la expectativa. Se cogió el miembro y empezó a masajearlo despacio, al tiempo que las gotas de agua caían sobre él, perlado su bronceada piel, resbalando en la humedad.

Se imaginó que esa humedad y su propia manon era la boca de Scarlett, con sus labios rodeando y chupando su glande, despacio, acariciándolo con la lengua. Notaba la polla cada vez más dura, y el deseo iba en aumento. Kurt colocó la palma de la mano izquierda en los azulejos de la ducha y empezó a mover las caderas al ritmo de sus propias caricias, aunque en su mente estaba cabalgando sobre esa joven tan bonita. Imaginó que el agua que recorría su piel eran los húmedos besos de Scarlett, sus labios rojos como fresas y su cálida lengua que le abrasaba la piel. Imaginó como sería al tacto esa piel tan fina y blanca, que olía tan bien y parecía tan cálida al tacto. Imaginó su sexo, húmedo y estrecho, rodeando su dura y ancha verga, y deseó escuchar sus gemidos de placer contra su oído, sentir el baile de sus caderas y sus uñas, arañándole la espalda justo en el instante en que la oleada de placer los invadía a ambos, juntos al mismo tiempo.

Se corrió pensando en ella, deseándola. Hizo un gran esfuerzo para no gritar justo en el instante en que su verga estallaba de puro placer. Abrió los ojos y vio como aún expulsaba semen, que se mezclaba con el agua. Estaba fría, pero la piel de Kurt estaba tan caliente que había perdido por completo esa capacidad. Después de unos segundos su polla aún seguía erecta y se obligó a expulsar a la joven de sus pensamientos. Se tomó su tiempo para secarse, vestirse, y lavarse los dientes.

Cuando salió del cuarto de baño, la luz de la habitación estaba encendida. Se asomó, temeroso de encontrarse con los ojos azules de Scarlett, expectantes, mirándolo como si supiesen qué acababa de hacer en la ducha. Temía que ella lo juzgase, a penas se conocían y, para qué negarlo, Kurt era bastante reservado. No es que fuese un pueril adolescente sin experiencia, al contrario, pero sí era un tipo serio. En su opinión, las cosas debían hacerse a su debido tiempo y, por todos los demonios, aún no habían decidido si se casarían, antes debían conocerse...

Suspiró, se armó de valor y finalmente entró en la habitación.

Ella dormía sobre su costado izquierdo, agarrada a su almohada. Su pelo rubio y ondulado se desparramaba sobre las sábanas y, joder, tenía un culo precioso...

Mierda, Kurt, no vas a dormir en toda la noche.

Suspiró otra vez y entró en la habitación descalzo, rezando mentalmente para que ella no se despertara porque, de nuevo, su rebelde erección lo pondría en evidencia.

Se sentó muy lentamente en la cama. La oyó moverse y le dio un vuelco el corazón. Pero giró la cabeza y vio que seguía profundamente dormida. Tomó aire y se estiró boca arriba en el enorme colchón. Él era un tipo alto y grande, pero por fortuna esa cama medía dos metros por dos. Valoró la posibilidad de colocar una almohada a modo de barrera, pero enseguida pensó que no sería necesario. Así que cerró los ojos, alargó la mano y apagó el interruptor.

6

Kurt despertó con las piernas de Skarlet enredadas en las suyas y la mejilla derecha apoyada en su pecho. La delicada mano de la joven estaba apoyada justo sobre su vientre, a muy pocos centímetros de su verga, que ya estaba dura como una piedra.

Kurt no se dio cuenta de qué estaba pasando hasta que recordó todo lo sucedido el día anterior, y cómo ella se había quedado dormida en la enorme cama del hotel después de que él, en la ducha... Tardase más de lo habitual...

No, tenía que cerrar los ojos y eliminar de sus pensamientos todo eso, si no quería que ella despertase y lo encontrase... de aquella manera... Si ya era un cervatillo asustado, ver su polla en ese estado la espantaría...

Lo intentó, cerró los ojos, inspiró hondo e intentó controlar la respiración. Pero su corazón empezó a latir desbocado, y temió que ella despertase a causa de semejante estruendo. Tampoco pudo mantener los ojos cerrados por mucho tiempo, pues la piel de Scarlett lo abrasaba. Posó los ojos en ella y lo que vio no lo calmó en absoluto. Los labios, rojos como fresas, estaban entreabiertos y su respiración pausada le acariciaba el pecho de forma sensual. Su melena rubia y ondulada se desparramaba sobre la almohada. No pudo evitar mirarle el escote del precioso pijama rosa, y la aureola de su pezón se asomaba por el bonito encaje blanco. Eso lo puso más nervioso y provocó que su polla diese un brinco. Kurt suspiró, pero lejos de apartar la vista, la acarició con la mirada. Su estrecha cintura estaba al descubierto porque tenía la camiseta de tirantes arrugada justo por debajo del pecho. Siguió acariciándola con los ojos, y más abajo descubrió la curva de sus caderas. Llevaba unos pantalones cortos, muy cortos, y sus largas y preciosas piernas acababan en unos finos tobillos y delicados pies con las uñas pintadas de rosa. De repente, alzó la vista y vio en su cadera un pequeño morado, como si hubiese sufrido un

golpe. Arrugó el entrecejo, preocupado, y estaba a punto de apartar un poco el elástico del pijama para observarlo mejor, cuando ella abrió los ojos de súbito.

Las miradas de ambos se cruzaron y Kurt se quedó muy quieto, a penas parpadeó dos veces. Por poco se olvidó de respirar y, de súbito avergonzado, empezó a notar cómo su corazón blandía en el pecho como un tambor indígena.

Fue ella quien se incorporó rápidamente y se dio la vuelta. En ese momento Kurt aprovechó para agarrar la sábana, estirla y colocársela en la entrepierna, a fin de disimular la enorme erección.

—Oh... lo siento —gimió ella, llevándose las manos a la cara, aún de espaldas— ¡Qué vergüenza!

Scarlett se había puesto más roja que un tomate. La pasada noche se había quedado dormida con la tranquilidad de que la cama era lo suficientemente grande como para que ese hombre y ella no se rozasen. Era obvio que eso no había sido así. Oh, mierda, tendría que haberlo previsto... desde siempre se movía en la cama, a veces incluso se despertaba del revés... Al llegar al hotel tras el largo vuelo estaba tan cansada que pensó que eso no sucedería...

No es que le molestase haber despertado en brazos de ese hombre. No sabía el motivo exacto, pero a pesar de su tamaño y su aparente rudeza, tenía el don de calmarla, de apaciguar su revuelta alma. Tan sólo hacía horas que lo conocía, pero su azul mirada le había dado la suficiente tranquilidad como para confiar en él y dormir en la misma habitación, incluso en la misma cama, sin el temor de sufrir daño alguno.

Tampoco era una tonta y por supuesto que se había dado cuenta de la enorme erección de ese vaquero.

Ella también se había excitado al sentir el calor de la piel de ese hombre, su fuerte respiración, su corazón desbocado, y su mirada de deseo.

Kurt sí que se había avergonzado mucho al ver que ella se había dado cuenta de su enorme erección. Porque era obvio que la había visto. Se había puesto roja como un farolillo chino y de un salto se había apartado de él como si quemase. En un primer momento, a Kurt la

ausencia de su calor lo había dejado huérfano, pero después se había incorporado también, se había colocado los pantalones, y había colocado ambas manos sobre el bulto traidor.

—Disculpa —había dicho, al ver que ella dirigía sus bellos ojos al lugar de la vergüenza—. Necesito ir al...

Joder, ¡cállate Kurt, si no quieres empeorarlo diciendo que necesitas ir al baño!

Detuvo la frase en el momento adecuado y, tras incorporarse, caminó hasta el cuarto de baño.

Scarlett lo vio meterse en el baño, algo confusa y avergonzada. No era tonta, había podido ver cómo él se había excitado, y se sintió culpable, pues había despertado enredada en sus brazos. Y qué brazos, qué torso, qué hombre... Era inmenso, enorme, y muy atractivo. Tenía unos labios preciosos, y las manos, de dedos largos y fuertes, encallecidas por el trabajo duro en el rancho...

¿Sería Kurt un buen esposo? Desde luego, mucho mejor que el cabrón de su ex... que lo único que había hecho en su vida había sido...

No, no quería pensar más en él. Solo en que jamás la encontraría, ella se encargaría de eso.

Y con esa pregunta y aprovechando que él se había metido en el aseo, se cambió rápidamente de ropa. Su estómago rugía de hambre.

Kurt se tuvo que dar una ducha fría para matar la cruel y traidora erección de su miembro. Al salir del baño, se arrepintió de llevar únicamente una toalla alrededor de la cintura y el pecho descubierto, porque la sorpresa en los ojos de Scarlett hizo que él mismo se ruborizase como un quinceañero.

Scarlett se dio cuenta y no pudo evitar sonreír. Ese hombre era tan enorme como tierno, como un osito de peluche.

—Esto... —dijo, cogiendo su cepillo de dientes y enseñándoselo, y sin poder apartar los ojos de aquellas impresionantes abdominales y ese torso espectacular y grandioso—, creo que... que... yo...

—¡Sí claro! —la interrumpió—. Disculpa si he tardado demasiado, es que... —Kurt se llevó las manos a la cabeza y se apartó el pelo de la frente tras resoplar como un toro, al tiempo que se reprochaba a sí mismo el haber estado a punto de revelar lo que no debía.

He estado en el baño, esperando a que se me bajara la erección... ¡Bravo, Kurt!

Scarlett, por fortuna, corrió, pasó por su lado y se encerró en el baño.

Una vez hubo cerrado la puerta, se apoyó en la misma y suspiró ruidosamente.

Por Dios bendito y por la virgen santísima, ¿qué demonios había sido eso?

Por todos los santos, ¿era ese hombre real?

Jamás había visto a alguien así tan... tan... Dios, como sacado de un calendario de bomberos o de una película de súper héroes.

Menudo torso, menudos músculos y... menudo rostro.

Se mordió el labio inferior y se imaginó a sí misma besando esos labios carnosos y perfectamente cincelados.

—Ay, Scarlett... No es el momento... no lo conoces, no sabes cómo es. ¿Y si resulta ser como...? —Scarlett apretó los párpados y negó con la cabeza—. No, definitivamente no es como él.

Abrió los ojos y dibujó una sonrisa de confianza. Asintió enérgicamente y empezó a lavarse los dientes.

Cuando salió del cuarto de baño, Kurt estaba en la terraza mirando el paisaje. Cuando la escuchó salir, abrió la cristalera y salió a su encuentro.

—¿Qué tal? —preguntó, amablemente.

—Bien, bien. Gracias. ¿Y tú?

—Bien también.

Hubo un breve silencio. Se miraron y ambos abrieron la boca para decir algo, pero callaron y luego rieron.

—Tú primero —dijo él.

—No, nada, solo quería saber si has dormido bien.

Nada mas preguntar eso, Scarlett se puso como un tomate, lo que provoco que Kurt también soltase una risa nerviosa.

—Muy bien —dijo al fin.

—Me alegro.

—¿Y tú?

Scarlett sonrió.

—También bien.

—Estupendo.

Hubo otra pausa, que Kurt rompió.

—He estado pensando que no tiene ningún sentido seguir en el hotel, a menos que...

—Opino igual —lo interrumpió ella. Aunque de inmediato se corrigió—. Quiero decir, el sitio es precioso y, bueno, aprecio el interés y no me gustaría parecer una maleducada pero...

—Pero, ¿te gustaría conocer el rancho?

Scarlett sonrió de oreja a oreja.

—Exacto. Me encantará.

—Bien. Pues, cuando tú quieras nos vamos.

Las maletas prácticamente estaban hechas porque solo habían pasado allí la noche, así que no tardaron demasiado en recogerlo todo. Cuando estaban a punto de salir, Kurt le abrió la puerta, galante, y ella asintió cuando él le cedió el paso. Kurt cerró la puerta tras de sí, pero no vio que Skarlet no se había apartado aún y sin querer se dio en la rodilla con su maleta. Ella

perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

Por suerte, Kurt logró agarrarla por la cintura.

Sin embargo, el vaquero no contó con la maleta de ella, tropezó y estaba a punto de caer juntos en el suelo cuando él, en un rápido movimiento, giró la cintura para no caer sobre ella.

El fuerte golpe que se dio en la espalda lo dejó sin respiración un par de segundos. Pero de ninguna forma habría permitido que ella sufriese daño alguno, como así habría sido de no ser por su pericia. Tampoco la soltó en ningún momento, la abrazó con sus potentes brazos y la atrajo contra sí.

La cara de Scarlett rebotó en el pecho de Kurt. Notó sus fuertes brazos, rodeándola, protegiéndola. Quedó él en el suelo con la espalda pegada en la moqueta del pasillo, y ella sobre él, en una posición muy poco decente.

Pero él tenía los ojos cerrados y el ceño fruncido.

Seguro que se había hecho daño.

Nerviosa, Scarlett le acarició el rostro. Notó en los dedos su barba de dos días, y le hizo cosquillas.

—Kurt, ¿estás bien?

Vio como él fruncía el ceño y apretaba los labios, pero no se movió.

—¡Kurt!

Scarlett empezaba a ponerse nerviosa, cuando el vaquero abrió los ojos y descubrió el iris verde como la hierba.

—Sí. Pero, ¿tú estás bien? —acercó las manos a su rostro, y le acarició los pómulos con los pulgares—. ¿Te has hecho daño?

Scarlett no pudo hablar cuando notó los dedos de Kurt, de tacto rudo, pero guiados por una extrema suavidad. Entreabrió los labios y cerró los ojos. Se estremeció.

A Kurt le pareció tan sensual ese gesto, que su corazón empezó a latir con fuerza.

—Estoy bien —dijo ella, al fin, en un susurro. Cuando abrió los ojos, sus iris azules parecían contener el brillo del deseo.

No supo Kurt el motivo por el cual hizo eso, pero lo hizo. Acercó los labios y los unió a los de Scarlett con delicadeza. Notó su calidez y su suavidad, y deseó más. Su polla se puso dura como una piedra, y su pecho, desbocado, subía y bajaba, como el de un bisonte tras realizar una impresionante carrera. La apretó contra sí y la exploró con la lengua.

Cuando se dio cuenta de lo que realmente estaba haciendo se obligó a detenerse.

Se incorporó con ella encima. Las piernas de Scarlett abrazaron su cintura, de forma inconsciente, mientras él la seguía sosteniendo con los brazos.

Se miraron a los ojos por unos segundos, cuando una viejecita que pasaba por ahí los reprendió.

—Podríais hacer estas cosas en la habitación, y no aquí. ¡El pasillo es un lugar público!

Ambos se separaron y como pudieron se pusieron en pie. Scarlett bajó la mirada, avergonzada, y Kurt se dirigió a la anciana.

—Lo lamento, señora.

—¡Menuda juventud!

Cuando la señora se hubo marchado, Kurt miró a Scarlett, completamente abochornado.

—Discúlpame, no sé qué diablos me ha pasado por la cabeza...

Es que eres tan bonita...

—Tranquilo, no pasa nada —dijo ella, interrumpiendo sus pensamientos, aún con la vista clavada en el suelo.

Todos se quedaron en silencio.

Scarlett mantenía la vista clavada en el suelo. Tenía los puños cerrados en el asa de la maleta y se le estaban poniendo los nudillos blancos de la presión. Kurt se colocó instintivamente frente a ella, en un gesto protector, y Scarlett relajó las manos. Eso no pasó desapercibido al vaquero. La chica estaba nerviosa. Tenía miedo, aunque se esforzaba en disimularlo. Y él entendía sobre el miedo, de hecho, trabajaba con él para hacerlo desaparecer en sus caballos.

En cualquier caso, Pam y Teresa no tenían por qué saber que esa mujer era su falsa prometida, pero no entendía la actitud de Ginger y Thomas. Hasta Javier parecía un poco sorprendido.

¿Y tú quien demonios eres? Le había preguntado Ginger a Scarlett. Ella avanzó un paso a su lado y apretó los labios, confusa, sin saber muy bien qué decir.

—Ella es Scarlett —le dijo Kurt a Ginger, con voz pausada.

—¿Scarlett? Scarlett es morena y, ciertamente, mucho más rellenita que este espárrago.

Sin poder evitarlo Scarlett dio un paso hacia atrás y Kurt pudo hasta oler su nerviosismo.

El vaquero no se equivocaba. Scarlett empezaba a estar aterrada. ¿Y si su plan de huida se daba al traste? ¿Y si ese malnacido daba con ella?

Lo que parecía claro era que ya se había descubierto la verdad. Que ella no era la mujer con la que había estado hablando todo ese tiempo. Sin duda, pensó Scarlett, Kurt le había enseñado la fotografía de Heather a la abuela Ginger.

—Lo siento, creo que hubo una confusión con las fotografías —farfulló.

Ginger gruñó un poco, luego miró a Thomas y ambos asintieron. Al fin y al cabo si la chica era la misma con quien habían estado hablando, no cambiaba nada, fuera rubia morena

pelirroja o con el pelo teñido de verde.

Igualmente, había algo que no cuadraba...

—¿Un error con la fotografía? —la anciana la escrutó con la mirada—. Ya veo.

Scarlett asintió, en un movimiento rápido y sin titubear.

—Bie... bienvenida —dijo Thomas, con una sonrisa ladeada.

Ella se acercó, agradecida por la sonrisa del hombre y le besó en la mejilla para regocijo del viejo.

Kurt también se relajó un poco con el gesto.

—Yo soy Javier.

Sin embargo, cuando su amigo se acercó a Scarlett para estrecharle la mano, Kurt se adelantó un paso sin saber muy bien por qué.

¡Dios mío! ¡Era imposible que estuviera celoso! ¿O sí?

Debía de dejar de actuar así, o la asustaría otra vez, desandando todo el camino que había recorrido ya.

Por fortuna, Ginger tomó la iniciativa. Se acercó a Scarlett y la agarró del brazo.

—Vamos chica, no estés tan tensa, que no te vamos a comer. ¿Lo habéis pasado bien en el hotel? Veo que habéis regresado antes de lo previsto —miró a Kurt con suspicacia—. En cualquier caso, estaréis mejor aquí que en el hotel, al menos tendrás más tiempo para conocer las propiedades.

Kurt siguió a Ginger y a Scarlett hasta la habitación de invitados, en el primer piso. Se sintió bien al ver que, a pesar de que la anciana era una mujer de armas tomar, parecía agradarle Scarlett. Bien, porque a él también le agradaba. Y mucho...

Negó con la cabeza para espantar pensamientos poco productivos y llegaron a la habitación, al fin.

Y... estaba justo pegada a la suya...

Menuda era Ginger...

—Y recuerda —dijo la anciana, mirando de reojo a Kurt, con gesto pícaro—, la cena se

sirve a las siete y media. Sé puntual.

—Claro —asintió Scarlett.

Cuando la anciana se hubo marchado, Scarlett miró nerviosa a Kurt. El vaquero estaba parado en el sitio, con el sombrero entre las manos, mirándola fijamente.

—Espero que estés bien —dijo.

—Claro —respondió ella, con una sonrisa.

Pronto se dio cuenta Kurt de que estaba haciendo el imbécil, y se despidió de la joven.

—Nos vemos en la cena.

—Hasta la cena —respondió, Scarlett, y luego se metió en su habitación.

Una vez dentro tomó aire lentamente.

Los nervios se la estaban comiendo viva. Sentía una fuerte presión en la boca del estómago y eso le provocaba dolor de cabeza. Por supuesto no estaba incómoda, tampoco nadie la había hecho sentir mal, mucho menos Kurt... Oh, Kurt no. Ese hombre le transmitía paz absoluta... Lo que realmente temía era... que la descubriesen... que descubriesen su mentira... porque creía realmente que ese podría llegar a ser su lugar.

Sí... por supuesto. Ese era un buen lugar y Kurt podría ser un buen marido.

De repente esa idea descabellada, ya no le parecía tan mala.

—Bueno, querida niña... ¿Cuál es tu comida preferida? —preguntó Ginger, nada más sentarse a la mesa.

La mujer sospechaba algo, porque le hacía preguntas todo el rato y Scarlett estaba segura de que intentaba pillarla en alguna contradicción, algo que Kurt le hubiese contado. Por fortuna, Heather era su mejor amiga y lo sabía prácticamente todo de ella.

—Mi comida preferida es la pizza con piña.

Era mentira, odiaba la pizza con piña. Concretamente odiaba la piña. Pero era el plato

favorito de su mejor amiga.

Ginger entrecerró los ojos... luego sonrió ampliamente. Thomas las miraba a ambas e iba girando la cabeza, como si estuviese en un parrido de tenis. Kurt... Kurt jugaba con la servilleta y de vez en cuando alzaba los ojos para comprobar que se encontraba bien.

—Bueno, pues esto es precisamente lo que hemos preparado exclusivamente para ti.

La cocinera sacó varios platos, entre ellos una pizza con piña que colocó frente a Scarlett, que soltó una sonrisa forzada. Kurt se dio cuenta y soltó una carcajada que cortó de inmediato cuando Ginger posó los ojos sobre él, como diciéndole: *¡Tú a callar!*

Scarlett se comió la pizza sin rechistar bajo la atenta mirada de Ginger.

—Por cierto —dijo la anciana a Kurt—, ha venido FastWolf esta mañana, no sé qué querría...

Kurt alzó la ceja izquierda.

—¿Mike?

—El mismo —aseveró, Ginger—. Ese indio estaba muy preocupado.

—Deja de llamarlo así, le disgusta.

—Bueno, pues a ese Cuervo le han desaparecido varios mustangs, y anda cabreadísimo. Los de la reserva están un poco mosqueados con el asunto. Ve con cuidado, hijo.

—¡Lsssh indios no on de fiar! —soltó Thomas, con el ceño fruncido.

—Los Crow son nuestros amigos y siempre lo han sido, no sé a qué viene eso.

—Perro me robaban los caballos.

—Si, en una apuesta, viejo inútil.—soltó Ginger, apoyando a Kurt. Luego miró a Scarlett—. Espero que no te moleste que discutamos delante de tuyo asuntos del rancho, querida.

—Ah... —Scarlett tragó saliva ruidosamente—. En absoluto.

—En cualquier caso mañana lláma a Mike —dijo Ginger—. Ahora no, que te conozco. Acompaña a... —se pensó el nombre— Scarlett a su habitación, hijo. Las piernas de esta vieja están muy cansadas.

Kurt y Scarlett se ruborizaron, clavaron la vista en sus respectivos platos, pero no dijeron nada.

—Va a vivir doscientos años —susurró Kurt a Scarlett, haciéndola reír, mientras subían las escaleras hasta el corredor de la planta principal, tras la cena.

La casa no era pequeña, pudo apreciar Scarlett. No lo era por fuera, con su gran porche blanco, ni tampoco lo era por dentro. Las habitaciones eran espaciosas, el salón era más grande que la última casa donde había vivido. Y se fijó en los trofeos de hípica y morfológicos que adornaban las paredes y las vitrinas del pasillo.

—Te gustan mucho los caballos ¿no?

Él sonrió.

Era una sonrisa preciosa, pensó ella. Y seguramente provocada al mencionar un tema que le entusiasmaba.

—Bueno, sé que te gustan —volvió a decir ella—, de lo contrario no tendrías un rancho de cría de caballos. Pero...

—Sé lo que quieres decir —dijo él, depositando en el suelo el resto de las maletas, las que no habían subido a la habitación nada mas llegar, para que ella pudiese asearse antes de la cena. Kurt abrió la puerta de la habitación de Scarlett—. Pero sí, es maravilloso dedicarte a algo que te despierta tanta pasión. Y yo siento ese amor por los caballos desde que nací.

Los dos se pusieron a hablar en el pasillo, y no parecían muy ansiosos por ir a sus respectivas habitaciones.

—Javier ha mencionado a un nativo americano.

Kurt asintió.

—Mike. Es mi mejor amigo, y de él aprendí casi todo sobre caballos. Y de mujeres.

Scarlett rio al ver el sonrojo en las mejillas de Kurt.

—No sé si debería alegrarme de eso —Se mordió el labio al hablar y Kurt le pareció un

gesto increíblemente sexy.

No había podido olvidar durante todo el día, la sensación de los labios de Scarlett contra los suyos. Se moría de ganas de volver a besarla. Nunca había sido un hombre de descontroladas pasiones. Le gustaban las mujeres, no lo negaba, y tenía experiencia en ese aspecto, pero pensar en una relación seria... En que realmente una mujer tan guapa y dulce como aquella podría ser suya... Sintió un tirón en la ingle y se agachó enseguida para recoger una de las maletas de Scarlett.

—Por aquí.

Cuando los dos intentaron entrar en la habitación al mismo tiempo hubo una especie de corriente eléctrica que los atrapó ante la proximidad que había entre ellos.

—Lo siento —se disculpó Kurt. Y entró sin más, dejando la maleta en sobre la cama.

—Vaya... ¿Ginger la ha mandado arreglar durante la cena?

La habitación estaba llena de flores. Y velas perfumadas encendidas.

—Es posible. Suele divertirse con este tipo de cosas. ¿Te gusta? —preguntó Kurt, sintiéndose algo extraño al notar un deje de ansiedad en su propia voz. Por algún motivo quería que a ella le gustase el rancho y que se sintiera a gusto con él.

—Es preciosa. Ya la he visto antes, pero con las prisas no la he apreciado mejor. Es enorme. No sabía que podía haber habitaciones tan grandes.

—Era de mi madre —dijo Kurt—. La contigua es la mía —se puso algo colorado al decir eso—. Se comunica por esa puerta de ahí.

Kurt señaló la puerta pintada de blanco que se fundía perfectamente con la pared.

—¿Esa? —Scarlett se volvió tímida al preguntar.

Así que iban a estar a solo una puerta de distancia... Sabía, o al menos intuía que Kurt dormiría en el piso de arriba, pero ni se le habría pasado por la cabeza que ambas habitaciones estarían comunicadas...

—Así es —Kurt carraspeó y avanzó hacia ella—. Cualquier cosa, avísame.

Cuando él se inclinó para tomar la segunda maleta, la más grande, y ponerla sobre la

cama, ella pensó que lo que iba a hacer era besarla.

Quizás por eso salió a su encuentro.

Ambos labios chocaron antes de que ella se diera cuenta de que estaba haciendo el ridículo.

—¡Perdóname! —dijo, llevándose las manos a las mejillas—. Lo siento mucho...

—No, no... no importa.

La cara de Kurt se iluminó con una sonrisa. No esperaba que ella lo besara tan torpemente. Le habría hecho gracia que Scarlett creyera que pensaba darle un beso de buenas noches, pero lo cierto era que ese roce había despertado en él el deseo y su sonrisa se esfumó al perderse en sus ojos azules.

Arizona retrocedió un paso, avergonzada. Pero antes de que pudiera alejarse un paso más, Kurt alargó el brazo para rodearle la cintura. La atrajo hacia él, hasta que ella quedó pegada a su cuerpo.

Las manos de Scarlett volaron hacia los hombros de Kurt y tuvo que levantar la cabeza para poder ver esa mirada tan sincera y totalmente ausente de malicia.

—No te avergüences nunca por besarme —le dijo él, con voz ronca y un brillo muy especial en sus ojos de hierba.

Scarlett tragó saliva y besó con la mirada el rostro del vaquero, hasta que fijó la vista en un punto de su camisa. La mano acarició la tela y se dio cuenta de que su corazón palpitaba con fuerza, tanto como el suyo.

—No sé si debo hacerlo.

Él creería que le estaba diciendo algo que nada tenía que ver con lo que ella realmente pensaba. No debía besarle, porque si lo hacía, si se enamoraba... tendría que contarle toda la verdad sobre su vida, sobre su huida... Y si lograba no enamorarse de ese hombre, y Dios sabía que tendría que ayudarla con todas sus fuerzas para eso, podría marcharse cuando no hubiera peligro. Establecerse en otra parte, quizás no demasiado lejos de ese rancho...

¡Oh, todo era una locura!

—¿Estás bien?

Ella asintió ante la pregunta de Kurt.

Él la miraba con esos ojos, llenos de deseo y... algo más... Quedó aturdida.

—Demasiadas emociones—. Y no era del todo mentira.

Kurt tomó la cintura de Arizona entre las manos y sus labios se acercaron a su frente.

—Buenas noches —dijo, depositando un casto beso en su frente.

Pero ella no quería ese beso, quería el beso que habían tenido en el hotel. Ese que había despertado su deseo, y que le había hecho sentirse a su vez deseada por primera vez en mucho tiempo. Ese beso accidental que habían compartido en el pasillo, ella sobre él...

Pero mejor que no...

Mejor no dar rienda suelta a ese deseo...

—Buenas noches —respondió Scarlett y, armándose de valor, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

Pero ese beso resultó demasiado casto para que ninguno de los dos quisiera dejarlo ahí.

Sin pensarlo, Kurt alzó las manos y acunó el rostro de Scarlett. Los labios de ambos volvieron a encontrarse y esta vez sus bocas hambrientas tomaron el control.

La asió por la cintura y ella la inclinó ligeramente hacia atrás. Cuando estaban a punto de perder el equilibrio se dejaron caer sobre la cama y él se hizo un hueco entre sus piernas.

—Scarlett... —gimió, acariciando su rostro con los pulgares.

Ella gimió con más fuerza cuando las manos del vaquero empezaron a reptar por su abdomen hasta meterse bajo el sujetador.

Arqueó la espalda en busca de esa caricia.

—Oh, Scarlett... —él volvió a gemir al sentir el pezón duro y erecto de la joven.

Ella plegó los párpados, únicamente concentrada en disfrutar de las caricias de ese hombre, que la tocaba como si fuese lo más preciado que tenía. Las manos de Kurt, rudas y callosas, grandes y poderosas, pero la acariciaban con suavidad, la rozaban con maestría.

Él volvió a besar sus labios entreabiertos, y al mismo tiempo desató el sujetador con una

sola mano, mientras con la otra capturaba un seno y le pellizcaba un pezón. Justo en ese momento Scarlett gimió y él abandonó su boca para lamerle el cuello. Scarlett echó la cabeza hacia atrás y se retorció cuando él bajó por la clavícula y rodeó con los labios el erecto pezón.

—Eres preciosa —le dijo, en el momento en que separó los labios del seno para ir a por el otro.

Las manos del vaquero empezaron a bajar más y más abajo, hasta que dieron con los vaqueros de Scarlett... En ese momento, él se detuvo y la miró a los ojos.

—¿Puedo?

Ella abrió los ojos y ambas miradas se quedaron clavadas por unos instantes.

El rostro de él era maravilloso, tenía un brillo en los ojos que a Scarlett le pareció lo más sexy que había visto jamás. El pelo revuelto y los labios hinchados a causa de los besos compartidos.

—No quiero hacer nada que no desees...

Nuevamente la voz de él la sacó de sus pensamientos.

Scarlett comprendió. Él tenía la mano puesta sobre los botones de sus vaqueros, y le estaba pidiendo permiso.

—S... sí... Por favor —se apresuró a decir.

La sonrisa de Kurt fue tan bonita y tan auténtica que la estremeció. Una fuerte presión en la boca del estómago la dejó sin a penas respiración, y la electricidad le recorrió el vientre hasta estallar en su lugar más íntimo, algo que la obligó a gemir como una gata.

Kurt se puso manos a la obra. Empezó a desabrochar los botones, uno a uno, en una tortuosa lentitud. Cuando los hubo desabrochado todos, descubrió sus braguitas, eran rosas y con encaje. Empezó a bajarle los pantalones con una mano, mientras que con la otra le acariciaba el interior del muslo.

Scarlett gemía y se retorció. Sabía lo que él pretendía. Sabía lo que estaba a punto de hacer, y lo deseaba con todas sus fuerzas. Sus pantalones ya estaban a la altura de las rodillas, y él había metido los dedos por debajo de sus bragas. Esos dedos largos, rudos, empezaron a

acariciar los suaves rizos de su sexo. Estaban a punto de abrir los pétalos de su flor, hinchada y palpitante...

De repente se escucharon unos gritos y ambos se quedaron quietos.

—¿Kurt? ¿Qué pasa?

Scarlett había abierto los ojos de repente y se había tensado como una vara.

Él, lejos de sobresaltarse, arrugó el entrecejo y se colocó junto a ella, abrazándola, protegiéndola, pues de repente al escuchar los gritos se había puesto a temblar.

Algo estaba pasando. Una terrible discusión en algún lugar de la casa, tal vez en el porche.

—Lo siento, pero debo ir a ver qué pasa.

—Está bien.

Kurt miró a Scarlett con la culpa en la mirada.

—Lo siento —le dijo—, no puedo permitir estas cosas en mi propia casa.

Ella sonrió, al tiempo que se subía de nuevo los pantalones.

—No te preocupes, lo entiendo —le dijo, y sonrió.

Él la besó en los labios antes de incorporarse.

Luego, tras ponerse las botas y el sombrero, salió por la puerta, no sin antes mirar a Scarlett y dedicarle una sonrisa.

Ella también sonrió. Luego se dejó caer de espaldas sobre la cama sin poder borrar la sonrisa de su rostro.

8

Kurt salió descamisado al corredor y bajó las escaleras con Scarlett a la zaga. Cuando la abuela puso los ojos en ellos les dedicó una radiante sonrisa, al parecer había deducido que entre aquellos dos había habido más que palabras. Pero de pronto la abuela Ginger perdió la sonrisa, no era justo que por culpa de ese borracho de Joss se hubiese ido todo al traste.

—Pam, te quiero —decía Joss, que a penas se sostenía en pie—. Debes dejar a Gabriel, por favor. ¡Fui un imbécil!

—Eso es un hecho —decía Pam, cruzándose de brazos y mirando a ese hombre con una mirada entre apenada, rabiosa y preocupada.

—¡Te lo suplico, vuelve conmigo, no te arrepentirás!

—¿Se puede saber que ocurre? —intervino Kurt, saliendo al porche, donde se estaba un espectáculo bastante entretenido.

Al parecer el hijo de Teresa había vuelto a hacer de las suyas.

—Este idiota de Joss —dijo la abuela Ginger a Kurt, alzando el bastón, y luego se dirigió al borracho—. ¡De verdad que harás que te parta el bastón en la cabeza!

Scarlett se quedó mirando la escena, de pie, con la camisa arrugada, y los labios aún hinchados por los besos de Kurt. Se sintió fuera de lugar, y cualquier escena en la que se desarrollaban gritos y llantos le provocaba cierta ansiedad. Pero gracias a Dios nadie la miraba a ella, todos estaban demasiado concentrados en ver qué pasaba entre ese trio que estaba plantado allí, en medio de la entrada.

Kurt bajó los peldaños de madera del porche y se quedó a cierta distancia de su amigo Gabriel.

—¿Tenéis que dar el espectáculo? ¿No podéis hablar las cosas como personas civilizadas?

Gabriel meneó la cabeza con una sonrisa amarga.

—¿No te da pena cuando un hombre pierde toda la dignidad? —ironizó, pues había perdido ya toda paciencia.

—¡Cállate imbécil! —bramó Joss, gritando y señalándolo con el dedo—. ¡Yo al menos la amo! No como tú que la usas, para... —Joss cayó de rodillas, de borracho que iba.

Tanto Kurt como Gabriel alzaron las cejas y no descruzaron los brazos cuando Joss se humilló todavía más.

Pamela se acercó desde atrás y el cachetazo que le dio en la corinilla fue mucho más efectivo que si la abuela le hubiese dado con el bastón.

—¿Para qué, maldito idiota?

Joss gemía de rodillas y con las manos tapándose la cara.

—Pam... No puedes —farfullaba, tocándose el chichón que seguramente pensó que ya le estaba saliendo en la cabeza, aunque Pam no le había golpeado fuerte, a él le había dolido más que si lo hubiesen atropellado con un camión—. No puedes hacernos esto, yo te quiero...

Ella lo miró, ofendida.

—¿Ah sí? —exclamó, alargando mucho las palabras—. Disculpa si no me lo ha parecido en los últimos meses. Creo que las palabras, *jamás me casaré contigo*, fueron una buena pista para entender que no sentías nada por mí.

—Es que soy un idiota... —gemía Joss.

La abuela, que estaba junto a Scarlett, gruñó y la sureña la miró como quien ve a una criatura extraña que no sabes muy bien qué va a hacer.

—La dejó plantada, y ahora que sale con Gabriel no lo puede tolerar —le informó Ginter.

—Ah —respondió, Scarlett.

Scarlett no sabía qué más decir, pero lo cierto era que el hombre de rodillas y con la cabeza magullada parecía realmente arrepentido de su decisión.

—¡No puedes salir con Gabriel! —insistía, entre hipos.

—¿Y por qué no? —se burló el aludido. Estaba claro que se lo pasaba en grande.

La abuela Ginger se acercó más a Scarlett y le susurró.

—Ese es Gabriel, un buen mozo —Ginger asintió con la cabeza para corroborar sus palabras—. Es el mejor amigo de nuestro Kurt.

Scarlett también asintió, observando al vaquero, novio de Pam.

Llevaba unos *jeans* ajustados, unas botas altas, una camisa lisa de color azul y no llevaba sombrero, pero no le hacía falta, cualquiera que lo viera sabría exactamente a qué se dedicaba, y también que había salido de Manhattan. Tenía un precioso cabello que no llegaba a tocar sus hombros y aunque de noche no podía distinguir el color de sus ojos, cuando se fijaron en ella después de decirle algo a Kurt, juraría que eran azules. Un buen espécimen, sí señor. Seguro que su amiga Heather se volvería loca por él.

Tragó saliva y desvió su atención hacia Kurt, que la miró de reojo. ¿La habría pillado mirando a Gabriel? Esperaba que no, y de haberlo hecho, deseaba que entendiera que había ido allí para cumplir con el acuerdo. Estaba claro que casarse con él no sería ningún sacrificio. Él la deseaba, y ella... no se había sentido así con nadie desde que empezó a salir con...

—¡No la amas! ¡Yo sí! —Afortunadamente, los gritos y lamentos de Joss la sacaron de sus pensamientos.

—Vaya... —dijo Gabriel—. Qué apasionado es tu cariño.

Pam bufó y puso los ojos en blanco.

—¡Ya basta de dar el espectáculo! —Exclamó Pam, abochornada.

La tal Pam, o Pamela, como la había llamado la abuela Ginger, era una chica preciosa. Joven y al parecer de fuerte carácter cuando la sacaban de sus casillas, y eso era exactamente lo que estaba haciendo Joss Haniggan.

—Por favor, creo que es hora de terminar con esto.

Kurt se acercó a Joss, que borracho, seguía de rodillas, pero antes de alcanzarlo para ponerlo de pie y salvar su escasa dignidad, el vaquero se abalanzó contra las piernas de Pam.

—¡No la golpees! —gritó de repente Scarlett, aterrada.

Reinó de pronto el silencio. Y todas las miradas se dirigieron a ella.

Su cuerpo estaba en tensión y había avanzado un paso para frenar el ataque del hombre. Pero con su grito solo había conseguido que todos se la quedaran mirando. Estaban alucinados y sorprendidos. Kurt la observaba con el ceño fruncido. Y Joss rompió a llorar como un niño. Al parecer, ese pobre borracho no tenía la más mínima intención de agredir a su ex prometida.

Cuando el susto inicial se disipó, Sacarlett se dio cuenta de su error, levantó las manos y pidió perdón dando un paso atrás.

—Lo siento —Joss se quedó abrazado a Pam en silencio, con las lágrimas rodando por las mejillas.

Pam se quedó donde estaba, con Joss pegado a ella, como si la hubieran clavado en el suelo. Bajó la mirada y observó la cabeza rubia del cowboy. Su mano voló para acariciarle el pelo, pero no llegó a propiciarle la caricia que él, con seguridad, estaba esperando.

—Será mejor que te vayas a dormir la mona, Joss —le dijo Pam.

La abuela Ginger asintió como si estuviera conforme con las palabras de la muchacha.

—Sí hijo, mañana será otro día y verás las cosas de otro modo.

Pamela tuvo que empujarle por los hombros para que la soltara, pero lo hizo con suavidad. Cuando Joss se despegó de ella, dio media vuelta y se fue por donde había venido, un pequeño camino que rodeaba la casa y que estaba oscuro. Scarlett, aún avergonzada, la vio desaparecer por ahí.

—¡Lo siento! —gimió Joss.

—Vamos idiota, que así no conseguirás reconquistarla —le dijo Kurt, ayudándole a levantarse.

—Claro que no. ¡Si todo esto es por su culpa! —Joss dirigió el dedo acusador hacia Gabriel, quien puso, por enésima vez, los ojos en blanco.

—Por favor... —le dijo a Kurt—, acuesta al niño antes de que le dé una paliza.

Sin decir nada más, Gabriel se volvió hacia la abuela y Scarlet. Luego les guiñó un ojo mientras desaparecía en dirección contraria a la que había tomado su novia.

—Ya está, vamos a la cama —Kurt cargó a Joss contra su costado, permitiendo que le

rodeara el cuello con un brazo. Miró a Scarlett y a Ginger—. Lo llevaré a su casa.

—¿Sin camisa? —preguntó, a media voz Scarlett. Luego se puso colorada por haber dicho esas palabras.

—Sí, hijo ¿dónde has dejado tu camisa?

La respuesta era sobre la cama de Scarlett, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a confesarlo. Aunque era más que evidente.

—No os preocupéis tanto —sonrió Kurt—. Con este calor no creo que me resfríe.

Tras decir eso, Kurt sonrió a Scarlett. La sonrisa fue una mezcla de pasión y ternura que provocó en Scarlett una descarga eléctrica que le recorrió el vientre.

Cuando Kurt y Joss desaparecieron, Ginger clavó la mirada en Scarlett. La joven sureña se puso algo nerviosa y entrelazó los dedos. Esa abuela intimidaba.

—Tú y yo tenemos mucho de qué hablar, jovencita —le dijo, para consternación de Scarlett, que se puso roja como un tomate.

—Oh... yo no quería... Lo siento por ese joven, pensé que, como estaba tan nervioso... podría hacerle daño a...

Scarlett plegó los labios en el interior de la boca, frenando sus palabras. Realmente se sentía avergonzada por haber pensado mal de ese pobre muchacho.

Ginger seguía mirándola con los ojos entrecerrados.

—Comprendo —dijo, muy seria. Pero luego su expresión cambió—. ¿Te apetece una copa de ron?

Scarlett abrió mucho los ojos.

—Pues...

—Anda, ven, así dormirás mejor.

Ginger la cogió del brazo, y juntas fueron hasta la cocina.

Una vez allí, la abuela cogió una botella de ron y le sirvió un buen trago a Scarlett, quién miraba el chorro que salía de la botella preguntándose si se lo podría terminar, algo que no debería desperdiciar, pues la botella parecía cara.

—Verás, querida —dijo la abuela, sirviéndose una copa con el doble de ron—, resulta que el hijo de Teresa, Joss, tuvo una relación con Pam.

—Eso me ha parecido.

—La quiere con locura, lleva enamorado de ella desde la infancia, pero tiene un grave problema.

—¿Cuál?

Ginger rio. Dio un sorbo a su ron, y luego miró a Scarlett con picardía.

—El caso es que Joss tiene una enorme fobia al compromiso.

—Pero... ¿Tan grave es esa fobia como para no estar con la persona a la que ama?

—Bueno —Ginger se encogió de hombros—. Las fobias son fobias, y quienes no las sufrimos somos incapaces de comprenderlas. Por ejemplo hay quien tiene fobia a volar en avión, y otros se quedan dormidos en el despegue. Hay quienes no soportan las arañas —Scarlett arrugó la nariz, mostrando que a ella no le gustaban en absoluto esos bichos—. A mi por ejemplo, me gustan las arañas.

—Entiendo. Pero no creo que Gabriel esté muy de contento con todo esto...

Ginger sonrió.

—¿Podrías guardar el secreto?

Scarlett asintió, extrañada.

—Por supuesto pero, ¿de qué secreto estamos hablando?

—Gabriel es el mejor amigo de Pam. Y se hace pasar por su novio para darle celos a Joss —. Scarlett boqueó como un pez. Pero no dijo nada y Ginger continuó. —Es necesario que reaccione de una vez por todas si no quiere perder a la mujer de su vida, ¿no crees?

—Es una buena estrategia, sí.

—Bueno, niña. Creo que ya es hora de ir a dormir, estarás cansada de tanto viajar, y mañana Kurt seguramente te lleve a conocer el rancho. Aunque no sé cuando, porque al pasar unos días fuera tendrá mucho trabajo por hacer y en su ausencia han parido varias yeguas...

Scarlett sonrió.

—Me encantan los caballos —dijo—. Estoy deseando conocer a los nuevos potrillos.

9

Scarlett se despertó en un lugar que no le era familiar. Miró enseguida a izquierda y derecha, pero esta vez estaba sola. Kurt no estaba con ella.

No supo muy bien por qué ese sentimiento de pérdida le atravesó el corazón, pero le hubiese encantado ver sus ojos verdes de buena mañana, su sonrisa perezosa, y la incipiente barba que seguramente le saldría en el mentón.

Sonrió, y escondió la cabeza bajo la almohada, como si alguien pudiese ver lo colorada que estaba. ¿Quién le iba a decir que se sentiría tan feliz tras conocer a un cowboy?

Cuando se incorporó con la sonrisa en la cara, de pronto un pensamiento fugaz apareció en su mente y esa expresión de efímera felicidad desapareció por completo. En ese momento se dio cuenta de que era la primera vez en años en que el primer pensamiento del día, nada más despertar, no era el de huir.

Dios mío, ¿sería posible que, en ese lugar, podría encontrar algo de paz? Cerró los ojos y respiró hondo. Quiso creer que así sería, pero la ansiedad la golpeó en el pecho sin previo aviso, para recordarle que fuese con cuidado, que el peligro aún no había pasado, y que el más mínimo descuido sería fatal.

Se sentó con las piernas cruzadas y empezó a respirar profundamente, intentando aplacar los nervios.

Veinte minutos después pudo salir de su habitación con una sensación agradable. Primero porque vería a Kurt de nuevo, y por muy precipitado que le pareciera esa relación, disfrutaba de su compañía y no podía dejar de pensar en lo agradable que había sido con ella. Lo que había pasado la noche anterior le encendía las mejillas. No estaba buscando nada de eso, aunque sabía que de alguna manera llegaría más pronto que tarde. Al fin y al cabo ¿no había ido allí para

casarse con él? Y qué mejor que llevarse bien y sentir deseo el uno por el otro para que las cosas fuesen bien, y sin contratiempos. Sí, realmente sería maravilloso tener a su lado a un hombre como él...

Se quedó frente a la puerta del dormitorio de Kurt y pensó que quizás no estaría. No era tarde, eran las ocho de la mañana, pero un rancho de aquellas características requería mucha dedicación, como despertarse a las cinco de la mañana para atender a los caballos y todas esas cosas...

Pero al escucharlo silbar, Scarlett soltó una risita apagada, al tiempo que se llevaba las manos a los labios. Al parecer, alguien estaba de tan buen humor como ella.

Tocó con los nudillos y abrió la puerta.

Quizás debería haber esperado para que le dijeran que podía pasar... Eso lo supo nada más verle.

—Buenos... buenos días —dijo, apartado la mirada del cuerpo desnudo de Kurt y pidiendo perdón mentalmente. ¡Dios! ¿Desde cuando se había vuelto tan atrevida?

El hombre acababa de salir de la ducha, llevaba una blanca toalla anudada a su cintura y eso sólo hacía que su bronceado natural fuese más evidente y su atractivo incomparable.

—Buenos días, Scarlett —sonrió él, dejándola descolocada.

Esa preciosa sonrisa, tímida y a la vez sensual...

Su pelo estaba mojado y revuelto, y pequeñas gotas de agua perlaban su bronceada piel.

—Perdón, yo... —Scarlett se tapó los ojos con una mano mientras volteaba la cabeza, pero no salió de la habitación—. No pensé que...

—¿Qué no pudiera estar aún vestido?

—Lo siento —gimió ella.

—No te preocupes, ya puedes mirar —dijo él, unos instantes después.

Al volverse, Scarlett vio como acababa de ajustarse la hebilla del cinturón que lucía con sus *jeans* desgastados. Seguía con el torso desnudo y se le secó la boca cuando sus ojos lamieron las crestas de sus abdominales.

Vale, puede que Kurt no se dedicara al modelaje, pero podría hacerlo perfectamente de no tener un rancho. Sus pectorales eran altos y ella sabía que además eran duros como rocas y... ¡Dios!

—Qué calor hace aquí —dijo, nerviosa, abanicándose con la mano.

Él sonrió, algo tímido, pero seguro de sí mismo. Algo que a Scarlett empezaba a volverla loca de deseo.

—He pensado que quizás podríamos hacer una pequeña excursión esta tarde. ¿Te parece bien?

—¿Esta tarde? —preguntó inocentemente ella, mientras veía como se ponía una camisa. Kurt asintió mientras se la abotonaba y se la metía por dentro del pantalón. Se puso unas botas altas por debajo de los *jeans*, y ella solo pudo pensar que tal vez todo aquel acto rutinario de vestirse fuese demasiado íntimo como para que ella pudiera contemplarlo como lo hacía, sin ser su esposa, ni siquiera su novia. ¿O sí lo era?

—Esta tarde ya no hará tanto calor y desgraciadamente por la mañana tengo cosas que hacer.

—Oh...

A Kurt no le pasó desapercibida la decepción de Scarlett y eso lo animó.

Se acercó a ella y le acarició la mejilla. Como le sacaba poco más de una cabeza vio como ella alzaba el mentón para mirarlo a los ojos.

—No te preocupes, todos están deseando conocerte —dijo—. Menudo revuelo armó la abuela Ginger anunciando tu llegada.

Scarlett se rio.

—Parece una mujer de armas tomar.

—Y lo es —Kurt fingió que se volvía huraño y eso la hizo reír aún más—. Ella sola dirige con mano de hierro a todos los trabajadores del rancho. Cosa que me es de gran ayuda.

—¿Son muchos?

De nuevo, ella pareció perder confianza. Kurt lo notó en un ligero cambio en el brillo de

sus ojos.

—No te preocupes, son buena gente, a pesar del espectáculo que tuviste que presenciar anoche.

Ella seguía mirándole a los ojos. No podía decir que su proximidad no la pusiera nerviosa, pero sus ojos eran tan bonitos...

—¿Lo dices por la discusión de anoche? —preguntó, de pronto avergonzada por su intervención.

Kurt empezaba a sospechar por dónde iban los tiros. Tenía una sensibilidad especial, y era capaz de leer su expresión corporal, adivinar sus temores, y también sabía que debía ser paciente con ella. Cuidadoso. Era obvio que, aunque sentía deseo por él, hasta un tonto se habría dado cuenta, necesitaba su propio espacio. Era como una potrilla temerosa.

—Joss es un buen tipo —aclaró de nuevo, para quitarle hierro al asunto—, pero también es un poco idiota.

—Eso dijo la abuela Ginger.

Él asintió.

—Te darás cuenta de que, por norma general, la abuela suele tener la razón en todo, y es una lástima porque uno sabe que cuando le lleva la contraria probablemente esté equivocado o lleve las de perder.

La risa fresca de Scarlett sedujo de nuevo a Kurt. No se había apartado cuando le había acariciado la mejilla, y seguía casi pegada a su cuerpo después de que esta terminara. Miró hacia las manos de Scarlett que le acariciaban distraídamente la pechera de la camisa. La dejó hacer. Dejaría que fuese ella la que se acercase a él.

—Entonces no debo preocuparme por la chica —dijo ella, medio en broma medio en serio—. ¿Pam, verdad?

—No —Kurt rio con ganas—. Creo que por Pam es de la que menos tienes que preocuparte. Si lo dices por Joss, él hará lo que ella ordene. Nuestra Pam tiene carácter, su único error fue enamorarse del hombre equivocado.

—No sé si hablas de Joss o de Gabriel. Estoy un poco confusa al respecto, aunque la abuela me contó algo y... —Scarlett se detuvo. No sabía si Kurt sabía lo de que Gabriel y Pam fingían una relación para espabilar a Joss.

Kurt soltó un suspiro. Porque la malinterpretó.

Pensó que resultaba inevitable que una mujer como ella se hubiese fijado en Gabriel. Era un tipo increíblemente atractivo que había conquistado a todas las mujeres del pueblo, de los alrededores y de media ciudad de Helena. ¿Por qué Scarlett no iba a caer rendida a sus pies? Pues quizás porque iba a casarse con él...

Carraspeó para contrarrestar unos pensamientos que no le llevarían a ninguna parte.

—Lo siento —ella se apartó, dándose cuenta del cambio de actitud de Kurt— ¿He dicho algo que no debía?

—Por supuesto que no —Intentó olvidar que esa mujer tan dulce con la que había estado compartiendo besos y caricias con él la noche anterior, no tenía por qué engañarlo y pensar que, como todas las mujeres, acabaría rendida a los pies de Gabriel—. Pam se enamoró de Joss, un autentico mujeriego con miedo al compromiso.

—Pero ahora está con Gabriel —dijo Scarlett, sin querer decirle lo que le había dicho Ginger.

Kurt se encogió de hombros.

—El corazón ama lo que ama. —Y con esas enigmáticas palabras, el vaquero dio por zanjada la conversación.

Tenían cosas más importantes de las que hablar que de los miembros del rancho con problemas amorosos.

—Entiendo.

—Será mejor que bajemos a desayunar, la abuela debe de haber preparado un auténtico festín. Y seguro que hay más gente de lo habitual en la cocina, solo para conocerte.

—¿Tú crees? —preguntó, mientras bajaban por las escaleras.

—No todos los días recibimos la visita de mujeres tan guapas como tú.

Scarlett se sonrojó y Kurt se sintió inseguro. Sin duda lo había dicho como un cumplido, aunque el vaquero pensó que tal vez a ella no le había gustado que la tratara como a una simple visita.

Al llegar a los pies de la escalera, la tomó por la muñeca y ella se echó hacia atrás, y lo miró asustada.

—Perdóname —Kurt la miró, arrepentido por haberla tocado. Debería de haber sido más cuidadoso, pero se había dejado llevar por el entusiasmo. Quizás se sentía algo nerviosa, o quizás después de lo que habían compartido la noche anterior no quería más proximidad con él, aunque eso no explicaba por qué ella había estado tan cómoda junto a él, minutos atrás en su cuarto.

De cualquier forma, estaba hecho un lío, con lo que debía ser más cuidadoso.

—No te preocupes, estoy algo nerviosa —se excusó, Scarlett—. Todo es nuevo para mí y me has sorprendido. Y tantas emociones...

Antes de entrar a la cocina él, que todavía no la había soltado, la retuvo un poco más.

—Espera, quiero decirte algo.

Se miraron intensamente a los ojos. Si Kurt quería hablar sus palabras parecieron morir antes de abrirse paso de su mente hacia su boca.

—¿Sí?

—Lo siento —se disculpó él, con una sonrisa—. Aún me cuesta creer que estés aquí.

—¿Te has arrepentido de...?

—No —la interrumpió—. No me arrepiento de nada.

Y era cierto. Podría haberle dicho a la abuela Ginger que se encargara de todo el embrollo que había provocado, pero lo cierto era que después de ver a Scarlett, de estar con ella... vaya, tenía muchas cosas que agradecer. Había vivido dos días realmente intensos, pero claro, solo eran dos días y no sabía como podían ir las cosas en un futuro. Pero no, no estaba arrepentido de haber entrado en el juego de la abuela. Pero sentía que estaba jugando con ella, y eso era algo que no quería sentir. Mucho menos quería ofender a Scarlett cuando se diera cuenta de que los momentos compartidos en la web de matrimonios concertados no habían sido con él.

Debía ser sincero. Cuanto antes se lo dijese, mucho mejor.

—Quisiera confesarte algo.

Pero al parecer, la abuela Ginger no estaba muy de acuerdo en eso. Interrumpió a Kurt en el momento menos adecuado.

—¿Qué demonios hacéis ahí tan escondidos? —dijo, radiografiándolos con la mirada—. Entrad en la cocina, que os he preparado un succulento desayuno.

Los dos se la quedaron mirando, pero Ginger no tenía la más mínima intención de apartarse de la puerta de la cocina, al contrario, la mantuvo abierta mientras miraba intensamente a Kurt. La advertencia era clara. *Ni se te ocurra decirle nada.*

—¿Así que del sur? ¿De dónde exactamente?

Teresa ayudaba como de costumbre en la cocina, pero esa mañana Pam no había aparecido y era la única que acompañaba a Ginger.

—De Alabama.

—¿De la capital?

—Bueno...

—¿Puedes dejar en paz a la pobre chica, Teresa? —se quejó Ginger, mientras le servía más café—. Ya me ocuparé yo de interrogarla convenientemente para saber cuales son sus intenciones con nuestro chico.

Kurt miró a Ginger con intensidad. La abuela ya sabía de sobra las intenciones de Scarlett, al fin y al cabo ella misma las había provocado. Pero a pesar de esa mirada intensa, la abuela no se dio por intimidada y le guiñó un ojo.

—Te prometo que son honorables.

Para que Scarlett supiera que la anciana las aprobaba, le puso una mano sobre el hombro y miró a la pareja que estaba dando buena cuenta del desayuno. Después de unos segundos de silencio en que los jóvenes la miraron como si tuviera que decir algo trascendental, al final lo

hizo:

—Ya sé que vas a casarte con Kurt, y me alegrará que no esté solo.

—Ginger —le advirtió Kurt—. Aún no hemos decidido nada.

—Por supuesto que lo hicisteis.

¿Qué podía decir a eso? ¿A caso no había sido la propia abuela con la ayuda de Thomas la que había sellado ese pacto con Scarlett?

Lamentablemente, a pesar de haber tenido tiempo de sobra en el coche para poder hablar y aclarar la situación, Kurt no estaba convencido de qué podía decir para que no se desatara el caos.

Miró a Scarlett y vio como sonreía a la abuela. ¿Cómo se tomaría ella que el compromiso hubiese sido orquestado por dos ancianos, y no por él mismo? ¿Y si se enfadaba y desaparecía? ¿Realmente quería que se marchara?

—No me estás escuchando —se quejó la abuela.

Y realmente tenía razón.

Scarlett se rio y se encogió de hombros.

—Tómate el café —la sureña lo miró tímidamente mientras le servía otra taza que él aceptó.

—Muchas gracias.

Se quedaron mirándose unos instantes mientras Ginger ponía los ojos en blanco. En ese momento Javier apareció con Thomas. Cuando Ginger le guiñó un ojo, el viejo sonrió con la boca torcida, aunque eso no le hacía aparentar no estar de un humor espléndido.

—Buenos días.

—Buenos días a todos —dijo Javier—. Bienvenida Scarlett.

—Gracias —contestó tímida. Allí todo el mundo era muy amable. Era tranquilizador.

—Thomas me ha estado contando la maravillosa pareja que hacéis.

Ambos no pudieron evitar mirarse y aunque Kurt intentó ocultar una sonrisa, no pudo hacerlo del todo.

—Eso también me lo parece a mí —habló Ginger—. Por eso me alegro tanto de que mañana a las diez tengáis hora en el pueblo con McGuillis.

—¿El abogado? —se atragantó Kurt.

—Por supuesto, ¿o acaso conoces a otro?

Javier se sentó a la mesa mientras Teresa le servía el desayuno y también se sentaba a su lado para disfrutar todos juntos de una taza de té.

—El ii... idiota.

Anotado, al abuelo Thomas no le gustaba el abogado.

—Efectivamente —dijo Ginger volviendo hacia los fogones para hacer más café—. Cita con el idiota para pedir una licencia matrimonial.

Scarlett por poco se atraganta.

—¿Una licencia matr...?

—Oh, vamos chica. Ya sabemos que has venido a casarte con nuestro Kurt.

—Abuela... —le advirtió él con un tono más severo.

Scarlett no era una mujer a la que se pudiese presionar de semejante forma. Pero eso era algo que la abuela, sorprendentemente, aún no había descubierto.

—Oh, vamos. No me digas que ya no estáis enamorados.

Nunca lo hemos estado, pensó Scarlett, y tener cita para una licencia matrimonial solo hacia que todo el asunto pareciera mucho más real, y le daba miedo.

—Creo que nos estamos precipitando un poco... —se atrevió a decir.

—Scarlett tiene razón —intervino Kurt—, deberíamos conoc...

—¡Pamplinas! —lo interrumpió la abuela.

Thomas asintió a las palabras de Ginger mientras daba un golpe en la mesa. ¡Menudo dúo de atolondrados estaban hechos esos dos!

—Es precipitarse y no sé aún si nos adaptaremos el uno al otro —Kurt intentó encontrar una excusa. ¿Qué otra cosa podía decir? ¿Que no quería casarse, que ella no era de su agrado? Por favor, cualquier hombre, y él se incluía, daría su brazo derecho para estar con una mujer

como Scarlett.

—Bueno, yo opino que no hay prisa —Scarlett miró a Kut y sus ojos expresaron cierta tristeza. Él se preocupó. ¿En verdad la estaba ofendiendo al proponer que pospusieran la boda?

—Yo... lo siento. No sé... —¡Maldita sea, no sabía ni que decir, ni qué hacer! —Scarlett, creo que lo mejor será que lo arreglemos entre nosotros. Debemos hablar de muchas cosas.

—Por supuesto —convino Ginger antes de que la joven pudiera contestar—. Y entre las cosas que debéis hablar es como iréis al pueblo para firmar la licencia matrimonial.

—¡Abuela! —exclamó Kurt.

—Por favor, no seáis dramáticos. La licencia dura un año, no es que os caséis mañana. Una boda en septiembre sería perfecta.

—Oh, sería una maravilla —convino Teresa, con ojos soñadores—. No hace tanto calor y el rancho estará precioso. Hay tiempo de sobra para que podamos arreglarlo todo.

Scarlett no era consciente de lo mucho que tenía abiertos los ojos.

—Yo... no sé que decir. Dos meses son...

—Tiempo más que suficiente.

Kurt miró a Ginger con la escasa paciencia que le quedaba y se inclinó hacia Scarlett.

—Escúchame —murmuró, para que solo ella lo oyera—. Si has cambiado de opinión, no importa. Entiendo que no sea lo que esperabas, podemos...

—No —se sobresaltó ella—. No pienses eso. Tú eres todo lo que esperaba y más. Pero hay que...

—¡Que bonito! —dijo Teresa, mirando a Javier y a los demás.

—¡Eso sí es poesía y aquí el ligón latino soy yo!

La abuela se rio.

—Yo ya sabía que mi chico sería todo lo que la sureña esperaba.

Scarlett la miró algo sorprendida. Boqueaba como un pez.

—¿Supo que yo venía hace mucho tiempo?

La abuela Ginger la miró por encima del hombro mientras apagaba el fogón. Luego lanzó

otra mirada inexpresiva a Kurt y asintió.

—Sí, hace tiempo.

Cuando Scarlett miró a Kurt él no quiso responder.

—Da igual lo que vosotros penséis —Kurt dejó clara su postura a todos, y luego miró a Scarlett—. Si crees que es precipitado, no nos casaremos.

—¿Ppppp... precipitado? —gruñó Thomas.

—¡Sí a eso ha venido! —soltó Ginger como si contestara la pregunta a su amigo octogenario.

—Es suficiente.

Kurt se puso en pie bruscamente. Cuando lo hizo Scarlett dio un ligero respingo. Se recompuso de inmediato y lo miró, para acto seguido levantarse a su lado, dejando clara su postura. Estaba claro que quería que ambos abandonaran la cocina. Y eso haría.

Esta vez, cuando la tomó de la mano, no se asustó. Realmente quería que la sacara de allí. Pero... no para huir de la presión sino... para estar con él.

—Nos vamos. —La arrastró afuera sin mirar atrás.

—Me gusta esta chica —dijo Teresa, sonriendo.

—A nosotros también —aclaró, Ginger.

—Hggggg —convino Thomas.

—Entonces, será mejor que no la espantéis —Javier se levantó sonriente de la mesa a por más café mientras todos los demás censuraban sus palabras con bufidos, gruñidos y algún que otro suspiro.

Kurt y Scarlett seguían caminando con las manos unidas, a pesar de que ya no era necesario. Kurt pensó que podría haberla soltado nada más atravesar el porche, pero como ella no se había quejado, no vio necesario hacerlo. Además, le gustaba sentirla cerca. Unida a él.

—Lamento el interrogatorio y que te hicieran sentir tan incómoda —él rompió el silencio, pero no detuvo el paso ni la soltó. Literalmente, la estaba arrastrando sin darse cuenta.

Scarlett meneó la cabeza mientras iba de la mano de Kurt hacia el granero.

—¿Adónde me llevas? —preguntó, jadeando a causa del esfuerzo.

Él se detuvo de golpe, temeroso, y soltó su mano, como si fuera un gesto inapropiado. Inmediatamente pensó que la había violentado, pero la verdad era que ella ya empezaba a echar en falta su calor en la palma.

—Lo siento, he pensado que podría enseñarte el rancho —se disculpó, visiblemente afectado—. Me gustaría que saliéramos a cabalgar...

El tono de voz fue tan dulce que ella apenas pudo reconocerle la voz.

—Pensé que estabas muy ocupado esta mañana.

—Y lo estoy —se apresuró a decir—, pero Gabriel se ocupará de todo mientras yo me tomo un tiempo con mi promet...

Se interrumpió y miró hacia el cielo, quitándose el sombrero.

Luego la miró a los ojos, y su expresión fue de súplica. Esa palabra incompleta le había resultado extraña en su boca, porque de pronto le preocupó herirla. Pero si a Scarlett le ofendió que la censurara, él no lo percibió.

Joder, ¿por qué no iba al grano de una vez por todas? ¿Qué diablos le sucedía con esta mujer?

—¿Quieres...? —mierda, pensó, mientras se quitaba el sombrero y arrugaba el asa con los dedos— ¿Quieres venir a cabalgar conmigo?

—Sí quiero.

Cuando entraron en el establo, a ella le sorprendió que todo estuviera tan limpio. Siempre había pensado que unas cuadras tenían que ser un lugar sucio y lleno de olores fuertes y desagradables, pero aquel lugar no era así.

Una enorme nave estaba presidida por dos enormes puertas de madera maciza, que en aquel momento estaban abiertas y una suave brisa corría entre ellas.

A ambos lados estaban los establos y en la parte de arriba, el granero, donde se acumulaba la paja. Algunos establos estaban ocupados con caballos, otros vacíos y había heno limpio por todo menos por el pasillo central, de madera, que lucía impoluto.

Scarlett cerró los ojos y aspiró el refrescante aroma a heno.

—Este sitio es... es precioso... Y parece bastante cómodo para los animales —dijo, entrando tímidamente en las caballerizas.

—Gracias. Nos esmeramos mucho en que nuestros caballos estén lo mejor posible.

—¿Tienes muchos? —preguntó, extrañada, pues habría unas 20 cuadras a cada lado, pero únicamente estaban ocupadas cinco.

—Muchos, pero aquí tenemos los que solemos montar, los que no venderíamos ni por todo el oro del mundo. Y no están todos, ya que por la mañana Jessy se encarga de sacarlos al potrero para que estiren las piernas. No es bueno para ellos permanecer estabulados todo el día.

—Entiendo —le sonrió ella mientras Kurt tiraba de su mano para que fuera a ver a su caballo, que para él era un auténtico orgullo.

—Te presento a Black.

Scarlett se acercó tímidamente a Black. El caballo, negro como el carbón, la miraba con sus ojos expresivos. Ella acercó la mano y Black resopló. Eso la asustó, obligándola a dar un

respingo.

Kurt sonrió.

—¿Sabes montar? —Kurt se arrepintió enseguida de hacerle esa pregunta. No era muy probable que la abuela Giner o Thomas le hubieran preguntado exactamente eso cuando intentaban conocerla mejor a través de la web. Y además, era obvio que no sabía, dada su reacción ante el resoplido de Black.

Scarlett pensó lo mismo. ¿Y si era una pregunta trampa? ¿Y si él se estaba dando cuenta de que con quién había hablado la mayor parte del tiempo había sido con su amiga Heather y no con ella?

¡Maldita sea! ¿Realmente conocía algo de ese hombre? Pocas cosas. Habían hablado muy poco, porque él era tremendamente lento escribiendo en la web. Ahora que veía todo el trabajo físico que tenía que hacer, era lógico que no utilizara demasiado el ordenador o el móvil.

—Nunca había estado tan cerca de un caballo, esa es la verdad.

—Pues no te asustes —le dijo—, cuando un caballo resopla, significa que está a gusto.

—¿Eso significa que le gusto?

Scarlett volvió a sonreír, ilusionada y Kurt se perdió por unos instantes en la luz que proyectaban sus ojos azules.

—Por supuesto que le gustas.

—A mi también me gustan mucho los caballos, pero jamás me atreví a montar. Son tan grandes... tan fuertes...

—Entonces montarás conmigo.

Él la miró, y le transmitió tanta seguridad que a Scarlett se le disiparon los nervios por tener que montar a caballo. Solo le quedaron los que estaban relacionados con su cercanía, su engaño y ese extraño compromiso que no sabía a dónde la llevaría.

—Me da algo de miedo.

—Yo te sostendré y podrás agarrarte a mí.

Se sonrojó al pensar en la intimidad que compartirían los dos montados en el mismo

caballo. Pero admitiría que, como una niña pequeña, la ilusión era patente en esos momentos previos a cabalgar entre los brazos de un cowboy, o mejor dicho, entre los brazos de Kurt, porque no creía posible poderse conformar con alguien que no fuera él.

Sacó el caballo del establo y la hizo subir en una bala de paja.

—¿Preparada?

Ella ríe.

—No, para nada.

Entonces la risa ronca de Kurt le calentó el vientre.

—Vamos.

Ella se agarró a la crin de Black y fue siguiendo las instrucciones de Kurt, hasta que al fin quedó sentada en la no tan incómoda silla.

Black cambió el peso de su cuerpo con la pata de atrás, con lo que movió la enorme grupa y Scarlett sintió vértigo.

—Por favor, ¿puedes darte prisa en subir? —susurró, con voz temblorosa.

—Relájate —le dijo, acariciando suavemente el pelaje de Black—. Los caballos tienen una gran sensibilidad.

—Pero, ¿y si huele mi miedo?

—No huele tu miedo. Solo pueden sentir los latidos de tu corazón, tu pulso, y si estás nerviosa, él podría ponerse nervioso también.

—Eso no me ayuda en absoluto.

—Black está acostumbrado, además yo estoy aquí, no hace falta que me suba para transmitirle tranquilidad. ¿Ves? —Kurt mantenía el contacto con el caballo, acariciaba su pelaje con las dos manos. El cuello, le rascó la crin, y el caballo se quedó tan relajado que incluso hasta cerró los ojos—. Cierra los ojos tú también—, le dijo a Scarlett. Al ver que ella dudaba, la miró a los ojos—. Confía en mi.

Ella asintió con la cabeza y cerró los ojos.

—Ahora quiero que respires profundamente.

Scarlett le hizo caso, respiró profundamente.

—Concéntrate en los latidos de tu corazón y relaja las piernas—. Al decir eso, las manos de Kurt se posaron en sus muslos y tal como había hecho con Black, ahora empezaba a acariciarla a ella. Empezó desde la cadera, poco a poco fue bajando por el muslo, llegó a la pantorrilla. Cuando la notó relajada, de un salto se colocó tras ella.

Scarlett pensó que si la trataba con tanta delicadeza en aquellos instantes, ¿cómo sería él cuando le hiciese el amor? No pudo hacer otra cosa que estremecerse al pensar en eso, cuando de repente él interrumpió sus pensamientos.

—Y ahora agárrate a mi —le susurró contra el oído.

Scarlett abrió los ojos y asintió.

—No me sueltes.

Le rodeo la cintura con un brazo, mientras con el otro cogía suavemente las riendas de Black.

Al sentir el calor de la mano cálida de Kurt contra el vientre, Scarlett experimentó una sensación placentera, algo del todo inesperado a causa de la intensidad. También se fijó en cómo cogía las riendas de Black, de igual forma que la agarraba a ella, firme, pero dando cierto margen, con delicadeza.

De nuevo, Scarlett pensó en cómo sería hacer el amor con Kurt...

—Vámonos, Black.

Abrió los ojos, y se vio saliendo al paso de los establos.

Al ver que ella se ponía un poco nerviosa, que tensaba su cuerpo, la tranquilizó, de nuevo susurrándole al oído.

—No te preocupes y concéntrate en los pasos de Black. Es normal que te sientas extraña la primera vez, es un animal muy grande, sus músculos son potentes. Tiene más fuerza que tú, pero jamás te haría daño—. Scarlett tragó saliva. Kurt tenía razón, y no podía evitar compararlo con ese animal, potente, fuerte, y bello, bellísimo... Pero lo más importante, puro y noble de corazón: un animal que se afanaba en avanzar con delicadeza y se esforzaba en darle seguridad.

Porque si hubiese querido, la habría lanzado por los aires con todas sus fuerzas.

Kurt tuvo el buen tino de no poner a Black al galope, sino que fueron avanzando en un hermoso paseo, bordeando el terreno que delimitaba la casa. Cuando salieron dirección al arroyo, el paisaje se volvió más y más verde. A lo lejos se veían las preciosas montañas y mucho más cerca, una pequeña arboleda que ocultaba el riachuelo donde Kurt quería llevarla.

Hablaron como si se conocieran de toda la vida, y él se sintió complacido cuando pudo arrancarle un par de carcajadas. La notó relajada y segura entre sus brazos, algo que le gustó mucho más de lo que pudo expresar. Ella se había ido tranquilizando en sus brazos hasta apoyarse por completo en él. Juntos encajaban a la perfección.

Mientras iban bordeando el río, ella observó el paisaje. Scarlett sentía una extraña sensación en el estómago. Era difícil no notar los fuertes brazos de Kurt a su alrededor, pero lejos de asustarse, se sentía protegida, a salvo.

Kurt era un hombre enorme, no creía que hubiera nadie capaz de llevarle la contraria, pero cuando ella miraba sus hermosos ojos verdes, la timidez del cowboy la conmovía y sentía que no había peligro.

—Hace calor —susurró, cerrando los ojos ante la caricia del sol.

—Sí —respondió él, en un murmullo.

¿Cómo no sentir ese calor que le recorría el cuerpo cuando tenía el de Scarlett entre sus brazos? Era una mujer bellísima, pero apenas la conocía. Era incapaz de dar el primer paso. Debía ser cauteloso.

Cerró los ojos y siguió avanzando. El caudal del río había menguado en aquella época del año, pero su agua cristalina seguía recorriendo las montañas.

—Más adelante hay un lugar que creo que te va a encantar, y quizás podríamos nadar.

—No he traído bañador —Scarlett hizo el comentario en un tono despreocupado y supo que Kurt sonreía cuando bajó la cabeza para susurrarle al oído.

—Entonces, no miraré.

¿Pretendía que se metiera desnuda en el agua? Sofocó una risa y al girar la cabeza para

mirarlo por encima del hombro vio como él le guiñaba un ojo.

—Es por aquí.

Cinco minutos después el caballo subió un pequeño montículo de tierra, adentrándose en una especie de arboleda donde la sombra de los árboles hacía que la temperatura fuera agradable.

—Este lugar es mágico.

—Lo es —susurró Kurt.

Cuando se pararon junto al tronco de un gran árbol, Scarlett lo miró antes de que desmontara.

—¿Es así como susurras a tus caballos?

—Lo hago para que no se asusten.

—¿Y para que te dejen hacer todo lo que quieras con ellos?

Kurt no contestó, pero alzó las cejas divertido.

—Quizás.

Esas palabras tenían doble sentido, lo podría asegurar, pensó Kurt. Pero había entendido, durante el tiempo que habían pasado juntos, que a Scarlett no se le podía tratar de una manera despreocupada. Ella era una mujer dulce, pero asustadiza. Lo había visto en el trauma de muchos caballos. Podían volverse excesivamente asustadizos, o agresivos. Por algunas reacciones que había compartido Scarlett, pensó que quizás dejar su vida atrás y dejarlo todo para irse a las Montañas Rocosas, significaba que huía de algo. Pero no era el momento de hacer averiguaciones.

Lo único que le importaba a Kurt de momento, era que Scarlett era una buena persona y era más que agradable estar junto a ella.

Desmontó del caballo con una agilidad sorprendente, y cuando estuvo en el suelo su mano rozó la cintura de Scarlett, provocando en la sureña una sensación más que agradable.

Miró los intensos ojos verdes de Kurt y esperó a que le diera instrucciones.

—Confía en mí, yo te cogeré.

Confiar. ¿Podría confiar en un hombre una vez más? Quizás si el hombre era Kurt Harris,

sí podría hacerlo.

—De acuerdo —le dijo, casi sin pensar.

La otra mano del vaqueo tocó la cintura de sus vaqueros y la suave línea de piel expuesta, eso le provocó un escalofrío involuntario... de involuntario placer. ¿Qué tenían las manos de ese hombre que la hacían volar?

—Agárrate a mí —le dijo.

Scarlett no sabía si tenía que pasar una pierna por encima de la cabeza del animal o desmontar hacia atrás. Pero se olvidó de todo cuando Kurt le agarró la cintura con fuerza y tiró de ella hacia adelante. Su cuerpo salió despedido del asiento, pero por supuesto no se cayó de bruces, a pesar del jadeo entrecortado que soltó cuando topó con el cuerpo del cowboy.

Sus bocas quedaron a escasos centímetros y ella pudo contemplar más de cerca sus bellos ojos. Quizás provocado por su proximidad, sus mejillas se arrebolaron cuando notó el contacto con el torso masculino.

Apoyada contra su pecho, sintió que la inclinaba hacia delante, para que su peso descansara sobre él. Luego, las manos de Kurt cobraron vida y se desplazaron de la cintura y recorrieron sus costados. Cuando él volvió a inclinarse hacia delante, los pies de Scarlett tocaron el suelo.

Se sintió azorada. Quizás porque no estaba preparada para las sensaciones que recorrían su cuerpo cada vez que Kurt la tocaba.

—Gracias —dijo, alejándose un paso. Pero sus rodillas le fallaron y él tuvo que agarrarla del codo.

—Cuidado —le susurró.

Ella volvió a mirarle. La voz de ese hombre era hipnótica, y no creía que pudiera desear estar en cualquier otro lugar, ni en otra compañía que no fuese la suya.

—Estoy bien —le sonrió.

—Entonces... ¿un baño?

Kurt no esperó respuesta, se dio la vuelta para desabotonarse la camisa. Scarlett solo tuvo

tiempo de tragar saliva cuando vio que la musculosa espalda de Kurt quedaba a la vista. Estaba bronceado a la perfección, su piel dorada brillaba cuando el sol, que se filtraba entre las copas de los árboles, lo tocaba en algunos puntos.

La miró por encima del hombro y ella intentó fingir que no lo estaba mirando tan descaradamente. Pero era muy difícil resistirse.

—Entraré primero.

Ella se dio la espalda antes de asentir.

—Muy bien.

Escuchó el sonido de la cremallera de los vaqueros al bajar, y también el característico sonido que hizo al quitarse las botas.

Cuando Scarlett empezó a desabrocharse los botones de su camisa, se mordió el labio, indecisa, pero finalmente se atrevió a echar un vistazo al vaquero. Sintió que se le aflojaban de nuevo las rodillas. Su cuerpo perfectamente bronceado estaba desnudo, pero por fortuna seguía de espaldas a ella, solo vestido con su sombrero vaquero. Se mordió el labio con más fuerza y apartó la mirada, incapaz de mirarle el perfecto trasero.

—Estoy listo, dame un segundo.

Escuchó un chapoteo y se dio cuenta que él había entrado en el agua. Se rio al escuchar algunos gemidos al notarla fría.

—¡Te toca!

—Vale —dijo algo nerviosa— ¡No mires!

—No se me ocurriría —Kurt no había gritado, pero ella escuchó cada una de sus palabras. Tras el árbol donde él había atado al caballo se despojó de sus ropas, pero fue incapaz de deshacerse de su ropa interior.

—¡Ya salgo! —gritó, pero antes de hacerlo se asomó para ver si él la estaba mirando. No era así.

En realidad, a Scarlett no le preocupaba que la viese desnuda, sino más bien que le viese el moratón que tenía en el costado.

Kurt le daba la espalda, contemplando la garganta rocosa por donde pasaba el río. Sus hombros eran impresionantes y sus brazos acariciaban la superficie del agua con una sutileza tal que parecía que estaba acariciando a una mujer.

Respiró hondo cuando tocó con un pie el agua helada.

—Dios mío... —gimió.

—No te lo pienses demasiado o no entrarás.

—De acuerdo.

A Scarlett se le escapó una carcajada y algún que otro grito mientras se introducía en el recodo del río. El agua era cristalina, y se sonrojó al pensar que quizás si estaba cerca de Kurt podría ver cada palmo de su anatomía.

—Vale, Scarlett —se dijo—. ¡Tú puedes! ¡Oh, Dios!

Se lanzó de cabeza y Kurt se dio la vuelta en el instante que volvía a aparecer en la superficie para tomar agua.

—¿Bien?

—Genial —se rio como una niña.

Escupió agua y se guardó de no revelar demasiado. Su pudor había ganado y se había dejado el sujetador blanco de encaje con las braguitas a juego. Quizás no había elegido muy bien la lencería para nadar, porque esta se ajustó a su piel como un guante y se transparentó, poniéndola nerviosa.

Miró a Kurt a tres metros de distancia y se dijo que estaba demasiado lejos.

—Me gusta mucho este lugar.

—A mí me gustas tú.

Hubo un momento que más que incómodo fue expectante.

Finalmente, ambos sonrieron.

— Quiero decir, que a mi también me gusta este lugar —se corrigió Kurt, sin saber si había hecho bien en presionarla.

A ella le brillaron los ojos y no fue porque sus pestañas estuvieran cubiertas de una fina capa de agua. Kurt carraspeó para aclararse la voz ronca a causa del deseo.

— Solía venir mucho de niño con mis primos y los hijos de los empleados. Pero de aquella época solo queda Gabriel.

Ella hizo un ruidito con la boca que a Kurt le pareció muy sensual. La miró sumergiéndose un poco más en el agua.

— Gabriel es el novio de Pam ¿no?

— Algo así.

Por la forma en que lo dijo supo que había más cosas detrás de aquellas palabras. Ella también lo sabía, pero prefirió seguir hablando de Gabriel para disimular el creciente deseo que ella sentía hacia Kurt.

— No parece dar un dólar por su relación.

Eso lo hizo reír.

— No doy ni un céntimo.

La miró, y como si se sintiera atraída por esa mirada magnética, Scarlett dio una brazada hacia él, quedándose un poco más cerca.

— ¿Me lo vas a contar? —dijo, poniendo cara de cotilla.

— Verás... Pam ha estado enamorada de Joss desde que tenía cinco años y corría detrás

de nosotros para que la dejásemos jugar a lo que fuera que estuviésemos haciendo.

— Pero os lleváis muchos años.

— Diez conmigo y seis con Joss — se rio — . Imagínate lo que fue para Joss tener a una cría de diez años corriendo detrás de él, cuando él a sus dieciséis solo quería conducir la furgoneta de su padre e impresionar a las chicas más mayores.

— ¿Y qué pasó?

Kurt dio otra brazada hacia ella porque odiaba alzar la voz y gritar.

— Pasó que Pam se convirtió en una chica guapísima de dieciocho años y que Joss, empezó a mirarla con otros ojos, sobre todo cuando no aprobaba sus relaciones.

— Así que Pam tuvo novios y Joss se puso celoso. — Kurt asintió — ¿Es lo que está pasando ahora? ¿Que Pamela sale con Gabriel y Joss no puede sopórtalo?

Ya sabía la respuesta, y Kurt se lo corroboró. De hecho, a Scarlett le importaba un pepino la vida amorosa de los demás, pero así no tenía que hablar de la suya. Ni preguntarle nada a él, aunque se muriese de ganas por saberlo todo de ese vaquero tan dulce y sexy.

— Algo así — volvió a decir Kurt, mirando las ondas del agua.

Estaban muy cerca el uno del otro, apenas les separaban una brazada. Los pies de Scarlett tocaron las rocas sedosas del fondo y se fue acercando un poco más a su cowboy. Él no hizo ademán de alejarse. La esperaba paciente.

— ¿Y qué tiene que decir Gabriel a todo esto? No entiendo que ella pueda salir con Gabriel si no le gusta — hizo un gesto con la boca y añadió, medio escondida en el agua — . Aunque dudo que a alguna mujer no le guste Gabriel.

Kurt se sintió como si le acabasen de disparar, y se impulsó hacia atrás volviendo a alejarse.

Scarlett casi gime de decepción al darse cuenta de que había metido la pata.

— Entiendo que es un hombre muy atractivo —dijo él— , pero hay más cosas que la belleza y el atractivo en una relación.

Ella dio dos brazadas hacia él para recuperar el terreno perdido.

— No es tan guapo como tú — susurró, mirándolo a través de sus preciosas pestañas.

Kurt se sorprendió de la dulzura con que lo dijo.

— ¿Eso crees? — Dio una vuelta alrededor de ella y Scarlett asintió.

Se quedaron un instante en silencio, contemplándose mutuamente. Ella no se atrevió a llevar sus ojos más allá del pecho desnudo. Y al recordar lo transparente que era el agua, juntó las manos frente a sus pechos, obstaculizando que Kurt se centrara en ella.

— Entonces... ¿crees que Pam volverá con Joss?

Kurt sonrió como quien es poseedor de un secreto.

— No creo que Pam esté saliendo con Gabriel.

Eso le hizo abrir los ojos, fingiéndose la sorprendida.

— Pero anoche...

— Creo que le han hecho creer a Joss que es así para que se deje de hacer el imbécil y entienda que puede perder a Pam para siempre si no se arriesga.

Scarlett se mordió el labio captando toda la atención de Kurt, que se acercó un poco más.

— A veces, arriesgarse da miedo.

Las palabras de la increíble mujer que tenía delante pillaron por sorpresa al cowboy.

— Lo sé —dijo—. Las mejores cosas que pueden pasarte en la vida dan miedo. Miedo a arriesgarse, al rechazo... — se acercó un poco más. Sus cabezas afloraban sobre el agua, atraídas por una fuerza invisible —. Miedo a perder a alguien que sabes que se volverá importante.

Scarlett supo que estaba hablando de ella y sintió como el agua dejaba de estar fría de repente.

— ¿Crees que podría... volverme importante para ti? — le preguntó a Kurt.

Él asintió, acercándose hasta que sus manos la rodearon en un abrazo.

Scarlett dejó de pensar que él estaba desnudo bajo el agua y que ella llevaba poco más que una pieza ridícula de encaje y lo abrazó.

Sus manos se agarraron a su fornido cuello y se sintió indecente cuando las piernas

envolvieron el cuerpo de Kurt a la altura de las costillas. Sabía que si las desplazaba más abajo podría notar una parte de su anatomía que estaba deseando descubrir. Pero él tenía razón, arriesgarse daba miedo.

— Kurt... — le susurró contra su boca —, creo que tú también podrías volverte importante para mí.

Sus bocas se buscaron y el estallido de deseo fue del todo inesperado por su fuerza. Pensaba que besar a Kurt de nuevo sería agradable, tierno, sosegado... y así fue, al principio. Después se tornó un huracán de pasión.

— Mmm... — gimió contra su boca, apretando los pechos contra el tordo de Kurt.

Abrió los labios para dejar entrar la lengua del vaquero, que la acariciaba como instantes antes había visto hacer al agua. Las manos de Kurt eran grandes, increíblemente suaves para ser de un hombre que se pasaba el día trabajando en el rancho. Gimió con más fuerza cuando sus cuerpos se fundieron en un abrazo.

Kurt la acarició con reverencia, debía ir despacio. Primero para no asustarla, y en segundo lugar, no podía entregarse a una desconocida de aquella manera. Sufriría demasiado si ella se marchaba. ¡Y maldita sea! No quería que se fuera...

¿Pero qué hacía una mujer como ella en ese lugar? Sería como Maggie, que lo abandonó porque no soportaba una vida en soledad en aquella tierra.

De pronto, el que sintió miedo fue él.

— Scarlett — jadeó, contra su boca.

A pesar de haber interrumpido el beso, su mano sujetaba la cabeza de ella, en un sutil ruego de que no se apartara.

— ¿Quieres parar? — preguntó Scarlett, con los labios hinchados a causa de los besos, y los ojos brillantes de pura pasión.

Él notó como su piel ardía, cómo su respiración entrecortada lo abrasaba, como el aliento de un dragón. Si se sentía así con solo sostenerla entre los brazos, ¿cómo sería hacerle el amor?

—¡ No, Dios! No quiero. — Volvió a apoderarse de su boca y ella lo abrazó con más

fuerza. Sus piernas lo atrajeron a ella y sintió, ahora sí, lo mucho que él la deseaba — . Pero tenemos... tenemos que parar — gimió, sin interrumpir el beso.

— ¿Por qué?

— Porque quiero hacerte el amor más que nada en el mundo — confesó — , y si no paras ahora te sacaré del agua y te lo haré a la sombra de ese árbol.

Ella se retorció contra él, aún sabiendo que eso lo torturaría. Pero necesitaba ese contacto. Necesitaba sentir la tierna pasión de Kurt.

— Hazme el amor —jadeó.

La petición inflamó al cowboy, que arrasó su boca, saboreándola con la lengua, mientras sus fuertes manos la recorrían sin descanso.

Cuando ella se vio impulso hacia atrás, Kurt se sintió como si le hubiesen arrebatado algo. Necesitaba su proximidad, aunque quizás fuese mejor dejar el juego en ese punto. Quizás era demasiado pronto... Sus pensamientos dejaron de ser coherentes cuando Scarlett se separó de él. En ese momento, se sintió huérfano. La vio nadar hacia la orilla y la vio salir del agua, dejando expuesta su piel mojada, y la lencería blanca transparente a causa del agua. Como si esa visión no fuese suficiente tortura, la vio desatarse el sujetador, dejando expuestos sus generosos pechos.

Kurt gimió y esta vez no pudo decir nada, a pesar de que su boca estaba abierta.

— Ven — invitó Scarlett.

La siguió con la mirada mientras avanzaba hacia el caballo. Desenrolló la manta que tenía atada, no perdió tiempo y la extendió bajo el árbol, donde él había señalado que le haría el amor.

Dejó caer el sujetador que llevaba en la mano y se quitó la parte de abajo mientras lo veía salir del agua.

Se le secó la boca ante la increíble imagen del cowboy. Su cuerpo enorme y musculado estaba perlado con las gotas del arroyo. Con el pelo mojado, empezó a avanzar hacia ella.

No pudo dejar de pensar en que Kurt era simplemente magnífico. Toda su anatomía era perfecta. Su miembro inflamado acariciaba su estómago y no estaba del todo segura de no sentir

cierto dolor al tenerlo dentro, pero lo deseaba. Y en sus preciosos ojos verdes, que la miraban con una mezcla de fijeza y adoración, ella pudo ver que él también la deseaba.

— ¿Te parece bien aquí? — dijo, mirándole a los ojos.

Kurt no contestó, sus manos volaron hacia el rostro de Scarlett y la besó con un deseo que no daba pie a equívocos.

— Ven...

La alzó del suelo hasta que ella enroscó de nuevo sus piernas alrededor de su cintura.

No pesaba más que una pluma. Para él, Scarlett era liviana y manejable, pero no frágil. Una mujer con su determinación no podía serlo. Se puso de rodillas y la apoyó sobre la manta con lentitud.

— Oh, Dios. Eres preciosa.

La dulce sonrisa de ella lo desarmó por completo. Por su parte, Scarlett estaba fascinada por la forma en que la miraba, con reverencia, como si no quisiera lastimarla. Eso era lo que necesitaba después de pasar por un infierno.

— Me encanta estar aquí — y era una verdad absoluta — . No cambiaría esto por nada.

Las gotas de agua caían de sus cuerpos desnudos, y las manos de ambos resbalaban por la piel del otro con cada caricia.

— Scarlett...

— Me gustas tú. No hagas que me vaya.

— Nunca — hundió la cara en la fina curva del cuello femenino y arañó su piel con los dientes — . Quédate, quédate conmigo.

La miró a los ojos para poder leer en ellos si es lo que realmente ella deseaba.

— Sí. Me quedaré.

Kurt sonrió complacido mientras tomaba en una mano la cabellera rubia de Scarlett y la esparcía sobre la manta.

— Tenía miedo de que no fuéramos compatibles en esto — dijo ella, refiriéndose a sus cuerpos desnudos.

No supo muy bien porque lo había expresado en voz alta, pero así era.

— ¿Sigues asustada?

Meneó la cabeza, y para tormento de Kurt, movió sus caderas hacia él mientras se mordía el labio.

— No — jadeó, al notar como su miembro presionaba contra la entrada de su sexo.

— Oh, Scarlet...

Ella sonrió.

— Tenme un poco de paciencia — le rogó.

— ¿Quieres que pare?

— No — puso sus manos alrededor del cuello para que no se apartara — . Pero no sé qué te gusta. Quizás la primera vez no salga bien...

— Sssh... saldrá bien.

Kurt estaba convencido. Haría gritar su nombre a esa mujer, aunque fuera lo último que hiciera.

No hacia falta ser un genio para entender que alguien, algún imbécil, habría hecho sentir insegura a Scarlett en ese aspecto. No lo entendía ¿Había una mujer más hermosa que ella? Cualquier hombre con dos dedos de frente se sentiría honrado de poder acariciar, besar, amar a una mujer como ella...

— Deja que te adore — le susurró.

Scarlett cerró los ojos mientras los labios de Kurt recorrían su cuello hacia los pechos desnudos. Se arqueó contra él y sintió como desplazaba las caderas para que el contacto fuera menos íntimo.

— No, no te apartes... —rogó ella.

— Sssh... tranquila — le susurró, deslizando sus manos por los pechos mojados.

Las gotitas de agua se disipaban y juntaban formando unos regueros que caían sobre su vientre y se perdían finalmente en la mantaa. La lengua de Kurt lamió las gotas sobre la nívea piel, para después chupar los pechos de ella. Primero uno y después el otro.

La escuchó gemir y arquearse todavía más, y Kurt insistió en su asalto. Utilizó ambas manos para masajear y apretar esos senos llenos y turgentes. Cuando pellizcó uno de los pezones y se metió el otro en la boca, el largo gemido se entrecortó, convirtiéndose en un gimoteo lastimero.

— Por favor...

Pero él no le hizo caso, y la atormentó todavía más.

Cuando su boca empezó a descender hacia su vientre, Scarlett supo exactamente lo que iba a hacer y su mano voló para enterrarse en el cabello de Kurt.

— Por favor, espera.

Pero él no le hizo caso, sintió que sus caderas se impulsaban hacia delante para que la boca de Kurt tuviera mejor acceso.

— Dios, sí. ¡Oh! ¡Por favor! ¡Sí!

Le lamió los labios y alzó las rodillas. Mientras él le daba placer con la lengua, Scarlett apenas podía respirar. Se retorció y contuvo la respiración nuevamente cuando Kurt capturó entre los labios la zona más sensible de entre sus pliegues. Él succionó, lamió, lo rodeó con la lengua. A cada punto se tornaba más duro. Kurt era incapaz de detenerse.

Ella estaba a punto de suplicar que se detuviese, pero de nuevo contuvo la respiración y se quedó sin habla. Kurt le metió primero un dedo, y después el otro, sin dejar de darle placer con la boca.

El orgasmo llegó como si la hubiese alcanzado un rayo.

— ¡Kurt! — gritó su nombre, mientras se retorcía una y otra vez contra su boca.

Él pudo notar en los dedos la presión que ejercía la vagina de Scarlett, pudo notar su pulso, y supo que se estaba corriendo. Eso lo llenó de satisfacción.

Cuando los espasmos pasaron, Scarlett notó como él le apartaba las manos del pelo. ¡Por Dios! ¡Había estado tirando de él! ¿Le habría hecho daño?

Cuando Kurt se incorporó sobre sus manos y rodillas, su expresión le dio a entender que no le importaba lo más mínimo. Era maravilloso. Ni en sus sueños más tórridos y románticos

habría podido describir alguien tan dulce y sexy como su cowboy.

— ¿Estás bien?

Ella asintió, y al instante tiró de él para que volviera a besarla.

— Y ahora... quiero sentirte dentro de mí...

Kurt reaccionó a aquellas palabras con una sacudida, se abandonó al beso e inmovilizó a Scarlett con todo el peso de su cuerpo. Las gotas de agua se habían secado en su piel, pero esta seguía igual de fresca y sedosa, cuando le recorrió los muslos, ella dobló la rodilla para abrazarse a su cintura con una pierna, abriéndose totalmente a él.

— Scarlett, ¿no deberíamos...? — vaciló él.

— Tomo la píldora y... estoy bien.

— Yo no he hecho el amor a una mujer en dos años, no creo...

— ¡Oh, por favor! — Movi6 sus caderas, sintiendo el miembro de Kurt de nuevo en su entrada — . Ahora, por favor...

No se hizo de rogar. Apoyó las manos a cada lado de Scarlett y se impulsó hacia adelante.

Fue una invasión perfecta. Scarlett se arqueó por completo contra él, mientras lo notaba duro y palpitante en su interior. Kurt la vio lamerse los labios. Estaba con la cabeza ladeada y los ojos cerrados. Abrió la boca para gemir de nuevo, cuando se mecía contra ella.

— ¿Así?

Ella lo miró y asintió rápidamente. Volvió a morderse el labio cuando él pujó nuevamente.

— Oh, sí. Así...

Cuando Kurt aumentó el ritmo y empezó a bombear dentro de ella, las manos de Scarlett se agarraron a su trasero. Necesitaba sentirlo más adentro. Era una delicia, todo lo que le hacía sentir era maravilloso. Estaba tan feliz de sentir una conexión así... Después de los miedos y las dudas...

— Kurt, es per... ¡Oh, sí! ¡Es perfecto!

La besó con desesperación mientras le acariciaba los pechos y le hacía el amor con intensidad.

Iba a explotar, no podía ser de otra manera. Demasiado tiempo sin estar con una mujer. Y... apretó los dientes con fuerza después de echar la cabeza hacia atrás.

— Eres tan estrecha. Y preciosa... — la miró, y sus mejillas sonrosadas y la boca entreabierta pidiendo más fue lo único que necesitó para liberarse — ¡Scarlett!

Sintió que ella se contraía contra su miembro al ser presa de un orgasmo tan intenso como el suyo.

Apoyado sobre una mano, Kurt no fue consciente de que la otra apretaba la cadera de Scarlett hasta ver las marcas de sus dedos en la piel.

Y sí, se había dado cuenta de los moratones y del miedo y la vergüenza inicial que ella había tenido de que él los viera.

— Lo siento.

Se derrumbó a su lado y la respiración de ambos se fue acompasando.

— Yo no lo siento en absoluto.

Se quedaron varios minutos más en silencio, mirando al cielo azul a través de las hermosas ramas de los arboles.

Estar con Scarlett era simplemente perfecto, pensó Kurt. Ella pensó lo mismo, y quizás por eso le entró de nuevo el miedo. Miedo a construir algo que le podía serle arrebatado con facilidad.

Kurt acariciaba el cuerpo desnudo de Scarlett con los ojos.

Habían hecho el amor... y había sentido cosas que jamás habría pensado, ni tan siquiera sospechado. Nunca otra mujer había despertado en él tantas emociones, mucho menos Maggie.

Negó con la cabeza.

No iba a pensar más en Maggie, no valía la pena. Su corazón aún debía sanarse, las heridas están cerradas, pero debían cicatrizar. No seguía enamorado de ella, en absoluto, pero en su momento le dolió tanto el abandono, que le era prácticamente imposible a Kurt no sentir miedo a que Scarlett hiciese lo mismo.

Volvió a mirarla y sus labios dibujaron una tierna sonrisa. Estaba tan relajada que parecía dormida. Pero no lo estaba, porque sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba.

—¿Qué estás mirando? —preguntó, con voz somnolienta.

—¿Cómo sabes que te estoy mirando?

Scarlett abrió los ojos y el azul de sus iris lo deslumbró.

—Porque soy un poco bruja —al decir eso, Scarlett arrugó la nariz que Kurt no pudo más que acercarse y besarla en los labios.

Una vez más, el deseo empezó a dominarlos. Si hubiese sido por Scarlett, se habrían quedado allí todo el día, pero Kurt se frenó.

—Te prometo que, si tú lo deseas, esta noche te daré tanto placer, que me suplicarás que pare —dijo, tras besarle la punta de la nariz—. Pero ahora debemos regresar al rancho.

Scarlett hizo un puchero, pero finalmente cedió.

—Está bien —gimoteó, haciendo un puchero.

Se dieron un último beso, se vistieron y montaron en Black dispuestos a regresar al

rancho.

A medio camino, Scarlett notó que Black se tensaba y se puso a temblar.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a Kurt.

—Se acerca un jinete.

—Yo no veo a nad... —Scarlett no hubo terminado la frase cuando segundos después empezaron a oírse los cascos de un caballo, acercándose al galope.

Venía de frente, y la sureña abrió mucho los ojos al ver a la persona que se plantaba ante ellos con cara de pocos amigos.

Era indio, eso era muy obvio. Su piel bronceada era casi negra. Llevaba el pelo largo y suelto, pendientes de plata en las orejas, y no llevaba camisa. Su caballo era impresionante. Un *mustang* blanco y negro, gigantesco y musculado. Tan gigantesco y musculado como el tipo que lo dirigía con una maestría sin igual.

Y su expresión no era muy agradable.

—Me faltan dos yeguas —espetó a Kurt, mirando a Scarlett con cara de pocos amigos, lo que la hizo hacerse muy pequeñita.

—Hola Mike.

—¿Hola Mike? ¡Y una mierda! Me faltan dos yeguas y seguro que uno de tus sementales se las habrá llevado.

—¿Solo dos? —Kurt sonrió de lado, al tiempo que sostenía a Scarlett, inconscientemente diciéndole a Mike que esa yegua en cuestión le pertenecía.

—Que te jodan, Kurt. No quiero tu sangre *quarter* en mis futuros potros de rodeo. Luego me salen tarados.

Kurt soltó una carcajada, dejando a Scarlett anonadada.

—Tú sí que estás tarado.

De repente, la expresión del indio cambió súbitamente. De dar un miedo atroz, pasó a mostrar una sonrisa tan bonita y carismática, que deslumbró a la joven. Kurt, instintivamente se dio cuenta, y la apretó más hacia sí.

—Disculpe, señorita —dijo Mike, en tono ufano—, solo era una broma, espero que no la haya asustado. Mi nombre es Mike, Mike FastWolf.

Scarlett rio, algo nerviosa.

—Encantada, señor FastWolf. Mi nombre es Scarlett.

Mike miró a Kurt, alzando una sola ceja, dejando claro que más pronto que tarde quedarían para tomar unas cervezas, pues tenían cosas de qué hablar. No era muy común ver a Kurt con una muchacha. De hecho, hacía años que no se le veía con nadie.

—¿Qué te trae por aquí, Mike?

—Me han desaparecido dos yeguas, y ando preocupado. Hace días se ha visto un puma por aquí, y venía a avisarte.

—Vaya, eso sí que es un problema. Lo tendré en cuenta. Gracias Mike.

Mike sonrió a Scarlett, luego miró a Kurt y puso a su *mustang* al galope.

—Como cavalga ese hombre...

—Nadie monta como un Crow.

—Un puma... Dios santo, ¿hemos estado en peligro?

Kurt le acarició la mejilla, al tiempo que instaba a Dark a ponerse al paso.

—Si lo hubiésemos estado, Black nos habría puesto en sobre aviso. No te preocupes.

—Los pumas son muy peligrosos.

—Cierto, pero de momento no quiero dar la voz de alarma, tal vez sea una hembra que ha venido a parir, es típico en esta época del año. Cuando los cachorros crecen suelen regresar a las montañas, así que de momento prefiero no decir nada, se me llenaría el rancho de cazadores.

—¿Y Mike? ¿Le hará algo a la puma embarazada?

Kurt sonrió, tranquilizador.

—En el caso de que en la reserva quieran dar caza a un puma, FastWolf no me habría avisado. Lo habrían matado y ya.

—¿Es eso legal?

—Las reservas se rigen por sus propias leyes.

—Entiendo. Igualmente, me da miedo pensar que... nos podría haber atacado una puma embarazada.

Kurt la abrazó y la besó en el cuello.

—Conmigo estás a salvo.

Llegó la hora de la cena, y Scarlett empezó a bajar las escaleras destino al comedor.

Por la tarde, Kurt se había marchado con Gabriel a solucionar unos asuntos del rancho, un par de yeguas paridas, y ella había podido ir a descansar en su habitación.

Sin embargo, había hecho de todo menos descansar: Dar vueltas como una fiera enjaulada, un baño de agua caliente, sacar la ropa de la maleta y meterla en el armario, dar más vueltas por la habitación, tumbarse en la cama y mirar al techo, sacar la ropa del armario, ordenarla por colores y volverla a meter...

Habían sido tantas emociones en tan pocos días... y Kurt era tan... dulce y sexy...

Jamás pensó, cuando su amiga Heather la metió en este lio, que podría llegar a enamorarse de un vaquero.

Scarlett se detuvo unos instantes en la escalera, y meneó la cabeza en señal de negación.

¿Se había enamorado? ¿Era eso lo que acababa de decir su mente?

—Hola, querida —la saludó Ginger, que había aparecido de repente al pie de la escalera y la miraba con un brillo de alegría en los ojos.

—Hola, abuela Ginger.

—¿Qué tal? ¿Has descansado?

Scarlett bajó las escaleras y alcanzó a la abuela.

—Más o menos.

Ginger la agarró del brazo, al tiempo que la miraba suspicaz, y la llevó hasta el comedor. Allí estaban Teresa, Gabriel, Thomas y Javier. Scarlett se sintió decepcionada al ver que Kurt no

había llegado aún. Segundos después apareció por la puerta y el alivio que sintió hizo que expulsara todo el aire contenido.

Además, estaba guapísimo... Llevaba unos vaqueros negros, y una camisa de color azul.

—Toma asiento junto a tu futuro esposo, querida. —Ginger sonrió a ambos, y se sentó junto a Thomas en la cabecera de la mesa, para no perder detalle de nada.

Teresa ya había puesto la mesa, la comida estaba allí mismo en bandejas y platos, y cada uno se servía lo suyo. Kurt cogió el plato de Scarlett.

—¿Qué te apetece? —la miró con tal pasión que Scarlett inmediatamente pensó que lo que le apeteecía era sacarlo de allí, ir a la habitación y hacerle el amor el resto de la noche.

Obviamente no dijo nada de eso.

—Un poco de ensalada, por favor.

Ginger arqueó las cejas.

—Dale algo más contundente hijo, que no se nos muera de hambre.

—Aggjhh.

—Y bien, ¿qué tal esta mañana? —preguntó la abuela, pero Pam apareció, interrumpiéndola.

—¡Hola! Lamento llegar tarde. Espero que hayáis empezado ya.

A nadie se le escapó el hecho de que Pam únicamente saludara a Gabriel con una sutil mirada que de enamorada no tenía absolutamente nada.

—¿Dónde estabas? —preguntó Gabriel.

—No quieres saberlo.

Pam se sentó, y le dedicó una sonrisa a Scarlett.

—Hola, me alegra verte.

Scarlett la saludó también, tranquila de que no le guardase rencor por su metedura de pata la pasada noche.

—Gracias, igualmente.

Sin embargo, aún quedaba una silla libre. Alguien faltaba a la mesa.

—Por cierto —dijo la abuela Ginger, mirando fijamente a Pam—. ¿Y Joss?

—¿Acaso debo saber dónde está a cada momento? Ni que fuera un niño.

—Claramente, es un crío —apuntó Gabriel.

Joss apareció, acalorado y con cara de pocos amigos. Gabriel le soltó una mirada asesina y Pam empezó a mordisquear un panecillo, como quien no quiere la cosa.

Kurt miró a Scarlett y vio que empezaba a ponerse nerviosa a causa de la tensión. Cuando ella lo miró, él le dedicó una sonrisa tranquilizadora y le cogió la mano por debajo de la mesa. Algo que no escapó a ojos de Ginger, que le dio un codazo a Thomas.

—Nnnn... no habéis resss... pondido a la pregggggg... gunta de Ginger, tor... tor...
tolitos.

Scarlett y Kurt miraron a Thomas.

—¿Qué pregunta?

Ginger se adelantó a Thomas, que abrió la boca para responder y finalmente no pudo decir nada.

—Que si lo habéis pasado bien esta mañana.

—Oh, genial, el rancho es... enorme.

—Enorme, sí.

Scarlett se sonrojó hasta las orejas.

—Scarlett ha montado a caballo —intervino Kurt, tras tomar un vaso de agua.

—Ajá —dijo Ginger, sonriente. —¿Y ha galopado?

Kurt frunció el ceño ante la extraña actitud de Ginger. Iba a decir algo cuando a Joss se le cayó el vaso de agua.

—Perdón —dijo, poniéndose en pie para ir a buscar un trapo.

—¿Ya está borracho otra vez?

—¡Gabriel! —exclamó Pam, para luego suspirar. —Sólo se le ha caído el vaso, no montes una escena.

Gabriel puso los ojos en blanco y continuó comiendo su estofado. Pam aprovechó para

sacar el tema de la boda, entre otras cosas para llamar la atención de Joss, algo a lo que Gabriel no pasó desapercibido.

—Scarlett, ¿aceptarías mi ayuda para organizar la boda? —miró a Joss disimuladamente, que había limpiado ya la mesa con un trapo y daba buena cuenta de su estofado y aparentemente la ignoraba.

—Bueno, yo... —Scarlett no sabía qué decir. Pensaba que ya había quedado bastante claro que, por el momento, Kurt y ella debían antes conocerse mejor.

Gabriel iba a abrir la boca para decir: *Otra que le tiene miedo al compromiso*, pero Kurt le lanzó una dura mirada y cerró el pico.

—Nos estamos conociendo —dijo Kurt, mirando a Scarlett de forma tranquilizadora, cosa que ella agradeció.

Cuando acabaron de cenar, se sentaron en el salón a tomar unas copas, menos Joss, que había estado especialmente callado durante la cena, y que se despidió con un toque de sombrero.

Inmediatamente después, Gabriel salió tras él.

Pam se acercó a Scarlett y la cogió de las manos.

—En serio, si finalmente decides casarte con Kurt, dímelo —se acercó a su oído para continuar—. Ta ayudaré en todo lo que necesites.

—Gracias.

—No te imaginas lo mucho que me gusta organizar eventos. Las bodas me chiflan especialmente. Elegir vestido, con velo o sin velo, zapatos... ¡Las flores! ¡Tanto las del ramo como las de *adrezzo*, son importantísimas!

Scarlett le lanzó una sonrisa nerviosa a Kurt, que vino al rescate.

—No la agobies, Pam.

—Es que me hace tanta ilusión... —Pam puso cara de ilusión, y Scarlett supo que, en realidad, lo que a Pam le gustaría de verdad sería organizar su propia boda con Joss.

—Te prometo que si finalmente decidimos casarnos, serás nuestra organizadora.

Pam sonrió de oreja a oreja.

—¡Gracias! No te arrepentirás. ¿Qué color escogerías para el vestido? ¿Marfil, blanco impoluto? ¿Prefieres encaje, volantes o corte sirena? ¿Algo más elegante, quizá? Oh, no te lo vas a creer... El otro día pasé por una tienda de moda y... ¡Casi me muero de amor!

Mientras Pam le hablaba de vestidos, flores y del número de invitados que iban a asistir, Kurt y Scarlett se dedicaban miradas cómplices, algo que no pasó desapercibido para Ginger y Thomas, que sonrieron satisfechos.

Pero de repente el ambiente se ensombreció. Empezaron a escucharse gritos que provenían, como la noche anterior, del porche de la entrada.

Todos se quedaron en silencio. Scarlett no pudo evitar ponerse a temblar. Pam echó a correr hacia el lugar, y Kurt, tras poner los ojos en blanco, la siguió.

— Estaba preocupada — dijo Scarlett, una vez que Kurt hubo puesto paz entre sus dos amigos y los hizo entrar al salón, obligándolos a comportarse como era debido.

— ¿Por qué? —preguntó él, tomándola de la mano, a pesar de que ya sabía la respuesta.

Scarlett se encogió de hombros y plegó los labios en el interior de la boca.

—Ya sé que es inofensivo, pero cada vez que veo una pelea yo... Pensé que se pondría violento...

— ¿Joss? — meneó la cabeza — . Perro que ladra, no muerde.

Pero eso era mentira, ella lo sabía. Su exmarido ladraba mucho y mordía más. Kurt lo supo, no tuvo la certeza, pero supo en ese momento que había algo que Scarlett ocultaba. Sospechaba el qué, pero no dijo nada, solo le cogió la mano y se la besó con ternura.

— Ven —le dijo, con voz sensual, alzándose, aún con la mano sosteniendo la de Scarlett.

Cuando Scarlett alzó la vista y vio la mirada de Kurt, no pudo evitar apretar su mano con fuerza.

— ¿Adónde me llevas? —dijo, poniéndose en pie para seguirle.

Como única respuesta él le guiñó un ojo.

— Portaos bien, tortolitos — dijo Teresa, risueña.

— Oh, déjalos Tess, son jóvenes —exclamó Ginger.

— Que... se ddd.. .diiviertan — dijo Thomas.

— Eso es abuelo, el jefe y su prometida tienen que divertirse un poco —dijo Javier.

Ignorando las insinuaciones de la familia, Kurt avanzó hacia la ranchera y le abrió la puerta para que se sentara en el asiento del copiloto. Cuando él, veloz, ocupó el asiento tras el volante, le sonrió de nuevo guiñándole un ojo.

— ¿Adónde me llevas? ¿Voy vestida para la ocasión?

La sonrisa ladeada del vaquero lo dijo todo, pero por si no había quedado claro, añadió:

— Donde te llevo espero que estés desnuda, así que no te preocupes por el atuendo.

— Vaya — se rio Scarlett, impaciente por volver a estar entre sus brazos.

—¿Es aquí dónde vas a desnudarme y a hacerme el amor? —preguntó Scarlett al ver que aparcaba a un lado del camino.

—Es la parte de la finca donde las montañas están más lejos y el cielo estrellado se ve mejor.

Sin poder aguantar más la curiosidad, ella abrió la puerta antes de que Kurt pudiera rodear la furgoneta.

Se quedó mirando al cielo con la boca abierta.

—Dios mío, es... increíble. —La última palabra la pronunció en un susurro. No habría podido hacerlo de otra forma.

De una inmensidad de oscuro alabastro que se extendía sobre ellos colgaban miles de millones de estrellas. La Vía Láctea la partía en dos, como un mágico río de luz. La voz de Kurt, grave y sensual, no hizo más que poner música a semejante belleza.

—Sabía que te gustaría.

—La palabra exacta no es gustar es... estremecer, impactar... Jamás he visto tanta belleza.

Yo sí la he visto, tú.

Pero no lo dijo con palabras, tan solo la abrazó desde atrás.

—Aquí no hay grandes ciudades, y el pueblo más cercano está a demasiados kilómetros como para que afecte la contaminación lumínica. Algo bueno tiene que tener vivir tan apartado del mundo.

Kurt necesitaba que le gustase, compartir eso con alguien siempre había sido su sueño.

—Este es un mundo precioso —dijo Scarlett y él al alzar la vista se dio cuenta de que ella

tenía la cabeza ladeada y lo estaba mirando a él.

Kurt tragó saliva y tuvo que controlarse para no besarla allí mismo.

—¿Qué? —Ella pareció haberle leído la mente, y él la soltó para dejar que se diese la vuelta.

—Que si te beso no podré parar.

—Quizás no quiera que lo hagas.

Con esas pocas palabras se desmoronó el autocontrol de Kurt, que rodeó la cintura de ella con un brazo mientras echaba a andar hacia la ranchera. Cerró la puerta del copiloto con un sonoro golpe y la apretó contra la puerta y su cuerpo.

Su lengua indagó en la dulce boca de Scarlett, sabía a tarta de manzana.

—Eres deliciosa.

Ella acariciaba sin tregua los brazos y hombros de Kurt. Se moría de ganas de volver a sentirlo. Iba a desabrocharle la camisa cuando él retrocedió dos pasos con los brazos en alto.

—No lo hagas —se burló.

Ella quedó sorprendida por su reacción y por la sonrisa devastadora en el rostro del cowboy.

—¿Qué?

—He preparado una velada tan romántica...

Ella rio mientras se llevaba las manos a la cara.

—¿En serio?

Ante la pregunta, Kurt fue a la parte trasera de la ranchera y quitó la lona que cubría una pequeña cesta con un cubo de hielo a medio derretir, champan y fresas.

—Vaya... esto es seducción en toda regla.

Él la tomó de la mano y al llegar a la parte trasera, bajó la puerta y acomodó un par de mantas sobre la chapa. Antes de poder ver nada más, Kurt la tomó de la cintura y la alzó hasta que sus posaderas tocaron con la suave tela. Llevaba unos pequeños pantalones cortos y la manta de lana le hizo cosquillas.

Scarlett lo vio subir a su lado y se acomodó hasta tumbarse de espaldas. No esperó invitación y lo abrazó, dándole un sonoro beso en el cuello para después ponerse de lado y mirar las estrellas.

—Es lo más hermoso que he visto nunca —dijo en un susurro.

—Estoy de acuerdo.

Al escuchar a Kurt ella lo miró a los ojos y se dio cuenta de que hablaba de ella.

Dios, se estaba enamorando de ese hombre. Un hombre al que había engañado, un hombre que no sabía todo el pasado que llevaba a sus espaldas.

Se puso seria de repente. Arrugó ligeramente el entrecejo y apretó los labios. Él se dio cuenta, una vez más, de que había algo que ella no le contaba. Sabía de qué se trataba, y no podía sacar el tema si ella no lo hacía primero. Lo único que podía hacer Kurt era convencerla. Convencerla de que estar con él era mucho mejor que estar sola, con miles de peligros al acecho.

Le acarició el rostro con el dedo índice. Ella lo miró, y su expresión cambió, volvió a sonreír. Pero él se quedó muy serio.

—Lo único comparable a este maravilloso cielo estrellado son tus ojos. De noche, el azul de tus iris se vuelve más oscuro y brillante, es como si contuvieses en ellos una galaxia entera. Podría asegurar que es lo más hermoso que he visto en la vida.

Scarlett no pudo ni tan siquiera parpadear. Se quedó mirando a Kurt y en su vientre sintió un dulce estremecimiento.

No dijo más. Agarró a Kurt por la nuca y acercó la boca a la suya. Él estaba caliente, la piel de sus labios casi quemaba a causa de la pasión. Su pecho estaba en tensión, duro como una piedra y empezó a subir y a bajar cada vez más rápido.

Él se colocó sobre ella, incapaz de permanecer por más tiempo sin estar pegado a su piel. Le acunó el rostro con los brazos mientras la besaba, al tiempo que se abría paso entre sus piernas, que ella abrió sin ningún reparo.

—Kurt... ¡oh! —Scarlett gimió cuando notó el enorme bulto del vaquero, pegarse a su sexo. Lo único que impedía que se hubiesen unido ya, era la ropa.

Pero eso tenía fácil solución.

Sin dejar de besarle, empezó a desabrocharle uno a uno los botones de la camisa hasta que su enorme pecho quedó al descubierto. Mientras sus dedos volaban y acariciaban su piel, Kurt gimió contra su boca y lo notó temblar.

—Me enciendes con solo tocarme —le dijo, en un hilo de voz.

—No me da miedo quemarme —respondió ella, cubriendo con besos los mismos lugares que sus dedos acababan de recorrer —. Tu piel es —le lamió un pezón mientras le sacaba la camisa por los hombros y se la deslizaba por los brazos—..., exquisita.

Kurt quedó con el torso descubierto y los ojos de Scarlett se incendiaron de pura pasión

—Eres perfecto —dijo, bajando las manos hacia el bulto de la bragueta.

Una vez abajo, los dedos, hábiles, bajaron la cremallera de sus pantalones.

Kurt gimió cuando las manos, cálidas y suaves de ella, tomaban su duro miembro.

—Me vuelves loco —dijo, dejando que ella lo empujase hasta quedar de espaldas sobre la manta.

Scarlett rio de satisfacción al ver que aquel enorme y viril vaquero estaba completamente a su merced.

Reptó sobre él hasta colocarse a horcajadas, como si estuviese montando a un potro salvaje. Él la miró con una sonrisa cuando ella empezó a bajarle los pantalones y luego los calzoncillos.

—Eh, no es justo —dijo, con la voz entre cortada—. Tú sigues vestida.

Ella no respondió, tan solo se mordió el labio inferior y lo miró con esos ojos que parecían guardar en ellos un incendio forestal.

—Tengo que aprender a montar caballos salvajes, pero antes debo aprender a domarlos.

Él quedó completamente desnudo, y ella reptó de nuevo sobre él y lo besó en los labios, al tiempo que lo agarraba por las muñecas y hacía ver que lo inmovilizaba. Ambos sabían que eso era imposible, la fuerza de Kurt era diez veces la de ella, pero se dejó hacer. Dejaría que fuese ella quien llevase el control, que se desinhibiera, y él lo disfrutaría también.

El beso de Scarlett se convirtió en un dulce lametazo. Con la lengua bajó hasta el mentón, y lo mordisqueó.

—Me encanta tu barba de dos días, y ese hoyuelo... —le dijo, repartiendo más y más besos, por el cuello, la clavícula, el pecho...

Kurt hacía todo lo posible para no arrancarle la ropa. Los besos de Scarlett, sus caricias, sus mordiscos suaves, su sensualidad, lo volvían locos por momentos. Tenía la polla más dura que una piedra, y necesitaba cogerla, colocarla a cuatro patas y penetrarla con fuerza.

Pero ya llegaría ese momento.

Scarlett seguía repartiendo besos, esta vez su boca estaba a la altura de sus abdominales, las lamió una a una y sus manos soltaron las muñecas de Kurt.

—No te muevas —le dijo.

Ella se había convertido en una leona, y él era ahora su presa.

Ella se tomó su tiempo. Cogió su polla con las manos y con la lengua le acarició el glande, despacio, suavemente. Durante un tiempo que a Kurt le pareció una dulce eternidad. Cuando él ya casi no pudo soportarlo más, la lengua de ella empezó a trazar sensuales círculos alrededor del glande, y sólo cuando ella lo decidió, lo rodeó con los labios. Kurt no pudo evitar soltar un hondo gemido cuando ella empezó a succionar. Empezó despacio, y sus manos empezaron a masajearle los testículos.

—Oh, nena... vas a matarme...

Ella se sentía poderosa, por ese motivo él la dejó hacer. Pero en verdad, si seguía haciendo eso acabaría corriéndose en su boca y no le pareció correcto. Se concentró para que no sucediese, y solo las estrellas que los alumbraban fueron testigos de semejante esfuerzo.

Pero llegados a un punto, él ya no pudo más y, con delicadeza, le tomó el rostro con las manos y la apartó.

Ella cedió, y lo miró. Kurt quedó fascinado. Era maravillosa. Su rostro encendido, sus labios hinchados y entreabiertos, y su pelo, suelto, casi lo matan.

Kurt se incorporó de forma que ella quedó de rodillas frente a él. Empezó a desnudarla

lentamente, en silencio.

Le quitó la camiseta y dejó al descubierto su torso. Llevaba un sujetador negro de encaje, semitransparente, que dejaba ver sus erectos pezones. Pasó los dedos por encima de sus senos. Se desabrochaba por la parte de delante, así que pronto los dejó al descubierto. La empujó con suavidad hasta que ella se quedó de espaldas sobre la manta. Se alzó sobre ella y le besó un pecho, y luego otro. Notó como su espalda se arqueaba cuando empezaba a descender con los labios por su vientre. Cuando llegó a la altura del pantalón, empezó a desabrocharlo despacio.

—Oh, Kurt... —gimió, cuando él le bajó los pantalones y después las bragas, a juego con el sujetador.

—Eres tan bonita...

Le quitó los pantalones y las bragas hasta que quedó completamente desnuda.

—Eres la mujer más bonita que he visto jamás. Me vuelves loco.

—Necesito que entres dentro de mí —gimió ella.

—Aún no. Ahora debo pagarte a ti con la misma moneda, ¿no crees?

Colocó las manos en las rodillas de Scarlett y le abrió las piernas. La polla de Kurt dio un brinco al ver los rosados pliegues de su sexo.

No aguardó mucho más.

Separó con los dedos sus preciosos labios, e introdujo el dedo índice en su interior.

Ella estaba caliente y húmeda. Acercó la boca y lamió su hinchado punto de placer, al tiempo que ella expulsaba un sensual gemido.

Lamió su sexo mientras con el dedo corazón la acariciaba por dentro. La notó tensa, palpitante, podía notar en su vientre los frenéticos latidos de su pulso. Su clítoris estaba cada vez más duro, y Kurt empezó a trazar suaves círculos alrededor.

—Me... me voy a... ¡Ahhhhh!

El orgasmo sobrevino a Scarlett como un tornado en la pradera, desordenando por completo sus emociones.

Pero Kurt no paró. Estaba dispuesto a darle más placer del que había disfrutado en su

vida. Cuando ella se corrió, la lengua del vaquero redujo el ritmo, no así sus dedos, que no dejaron de acariciarla por dentro. Una vez más, ella se excitó hasta el límite y estalló de nuevo, retorciéndose, gimiendo, agarrándolo del pelo y tirando suavemente.

Cuando ella se corrió por segunda vez, Kurt la cogió por las muñecas y la instó a incorporarse. Ella estaba algo mareada, por lo que la sostuvo unos instantes. La agarró por las nalgas y la colocó sobre él, penetrándola.

—¿Quieres montar, mi pequeña salvaje? —le dijo, sensual.

Ella gritó en el instante en que la verga de él llenaba el hueco de su sexo, por completo. Casi le sobrevino otro orgasmo. Casi.

Con la ayuda de Kurt, que la sostenía por las nalgas, empezó a moverse, primero de forma lenta y tortuosa, disfrutando del roce, de su grosor, de su dureza.

—Oh, Dios...

—Él no tiene nada que ver en esto —le susurró el vaquero—. Aquí la única divinidad eres tú. Solo a ti puedo adorar.

Ella se agarró a sus hombros y empezó a moverse con más brío. El roce se hizo más intenso, y él empezó a moverse para que ella sintiese más placer.

No podía dejar de mirarla. Sus ojos azules brillaban como las mismas estrellas, sus cabellos rubios estaban despeinados y se desparramaban sobre sus pechos. Sus labios como fresas expulsaban pequeños grititos de placer a cada golpe de cadera. Vio, fascinado, como su rostro mudaba a causa del placer. Fue algo precioso cuando ella se corrió. Todo su cuerpo vibró como las cuerdas de una guitarra. Su sexo se contrajo, y estrechó su polla. Kurt no pudo esperar más. La abrazó, la apretó contra sí, y se corrió.

Quedaron unidos, jadeando, besándose, acariciándose, frenéticos, durante unos minutos. Después, él la rodeó con los brazos y la colocó, junto a él, sobre la manta.

No dejó de acariciarla, ni de repartir suaves besos por la piel de su cuello, por su clavícula, por su barbilla. Sus manos le acariciaban el pelo revuelto.

Estuvieron así durante un tiempo indefinido. Luego, él la abrazó y hundió el rostro en su

melena. Y de súbito, le entró el pánico.

Estaba enamorado de esa mujer. La amaba con locura, y ya no había marcha atrás. De pronto, Maggie apareció en su cabeza. Su rechazo. Un rechazo que no entendió por qué le sobrevino en esos momentos. Era miedo. De eso se trataba.

No pudo controlar las palabras que salieron de su boca, que fueron debidas al miedo, y a una reafirmación que él necesitaba.

—No tienes que casarte conmigo si no lo deseas —dijo, abrazándola con fuerza.

Aquello sentó a Scarlett como un mazazo.

Intentó apartarse de él, pero Kurt no se lo permitió. Sus brazos se alargaron para rodear de nuevo su cálida piel.

—¿No quieres casarte conmigo? —dijo ella, mirándolo a los ojos, casi tan aterrada como él.

—No es eso, Scarlett. Me preocupa que seas tú quien no lo desee realmente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no serías la primera que, a pesar de sentir algo por mí, se arrepiente en el último momento y decide abandonar este lugar... y a mí.

—Maggie.

Él se sorprendió.

—¿Lo sabías? —*Dios mío*, se dijo. ¿Le habría contado algo la abuela Ginger cuando hablaba con ella por la web?

¡Estaba harto de esa mentira! Debían solucionar aquello cuanto antes. Pero aquella noche... no era el momento. Todo era demasiado frágil, si se lo tomaba mal, la perdería para siempre.

La miró, dudando. Muerto de miedo. Y Scarlett lo notó. Ese hombre, que tanta seguridad le daba, en aquellos momentos parecía... dudar...

—Volvamos a casa ¿quieres? —dijo finalmente él, para consternación de Scarlett.

Ella asintió cuando él se puso en pie y empezaba a vestirse. Ella hizo lo mismo.

—Kurt —la mirada de ambos era triste—. Tenemos una conversación pendiente.

—Así es. —Él lo sabía y pensó que de alguna manera ella también tenía más que decir.

—Pero mejor mañana. Esta noche... esto ha sido demasiado hermoso. No quiero estropearlo.

Cuando él avanzó hacia ella, por instinto Scarlett retrocedió un paso.

Joder, la había fastidiado... ahora era ella quien le temía. Por unos instantes, los ojos de Scarlett habían expresado pánico.

—Lo siento —se disculpó Scarlett ante la mirada atónita y desolada de Kurt.

—¿Pensabas que iba a pegarte?

—¡No! No, por supuesto que no —ella respiró con dificultad—. Siento haberte dado esa impresión, es sólo que me asusto con facilidad.

—Scarlett —alzó la mano lentamente y la detuvo antes de rozar su rostro. La retiró, no queriendo incomodarla, pero ella reaccionó con rapidez y se la cogió para besarle la palma—. Jamás te haría daño, ni permitiré que nadie te lo haga.

Los ojos de Scarlett se llenaron de lágrimas.

—No sabes cuanto significa eso para mí —le dijo, arrojándose en sus brazos. Le besó el cuello y esperó a que él agachara la cabeza para besar sus labios con ternura.

Cuando él había pronunciado esas palabras, no tenía ni idea de que tendría que protegerla tan pronto del peligro.

Un peligro que acechaba ya, sin que ninguno de los dos lo supiera.

Al llegar de madrugada a la casa, Kurt se sintió inquieto.

Se encontró con las luces encendidas de la casa, gente en el porche y un aire de tragedia en el ambiente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Scarlett

—No lo sé.

Fuera en el porche, Gabriel fumaba un cigarrillo y al ver su expresión, Kurt supo que no había pasado nada bueno. De pronto, tiró el cigarro al suelo y miró a Scarlett, y Kurt supo que algo tenía que ver con ella.

—¿Gabriel? —dijo, esperando a que le avanzara lo que estaba pasando adentro.

—Buenas noches —Gabriel miró a Scarlett con el semblante muy serio y le habló a ella—. Deberías entrar primero mientras yo hablo con Kurt. Alguien ha venido a verte.

Se puso lívida. Kurt, al verla, quedó entre desconcertado y preocupado.

—¿A mí? —musitó.

—¡Scarlett! —Kurt la agarró del codo al creer que iba a desvanecerse.

—No te preocupes —la tranquilizó Gabriel—. Solo es tu amiga Heather. Deberías entrar.

Scarlett pronunció su nombre de forma ahogada mientras se precipitaba hacia la puerta. La abrió y se quedó parada al ver a su amiga.

—Tú quédate conmigo.

Kurt quería ir tras Scarlett, pero al ver la expresión de Gabriel supo que era importante que hablasen a solas.

—No sé a qué viene todo este misterio —le dijo a Gabriel.

Pero sí podía intuirlo. La actitud de Scarlett durante todo este tiempo, huidiza,

respondiendo atemorizada ante cualquier gesto, el morado en el costado... Pero quién había venido había sido su amiga... ¿Habría sucedido algo?

Miró hacia la puerta que la sureña acababa de cerrar tras de sí, y se quedó en el porche, junto a Gabriel, que se sentó en los escalones, a su lado.

—¿Quieres decir que la conversación va para largo? —dijo, como por decir algo, porque de algo tenían que hablar.

De cualquier forma, los nervios se lo empezaban a comer por dentro.

—Quizás —fue la enigmática respuesta de Gabriel.

—¿Dime qué ha pasado? ¿Y qué hace aquí una amiga de Heather?

Gabriel lo miró y le puso una mano sobre el hombro antes de contestar.

—Heather era realmente tu prometida.

Kurt arrugó el entrecejo, luego negó con la cabeza, después sonrió, incrédulo, como si lo que acabase de decir Gabriel fuese un chiste malo.

—¿Cómo?

Gabriel respiró hondo antes de hablar. No le gustaba nada ser el portador de malas noticias. Pero Kurt era su mejor amigo, tenía que hacerlo.

—No hay forma sin dolor de decirlo, pero la abuela Ginger quería que alguien te avisara antes de entrar ahí —la cara interrogante de Kurt hizo que su amigo se precipitara a responder cualquier pregunta—. No te preocupes, la abuela hablará contigo luego. Solo quería advertirte que en esa web de matrimonios concertados... en fin: la abuela y Thomas hablaron con Heather para que se casara contigo, pero ella conoció a otro hombre y envió a Scarlett en su lugar.

—¿Qué?

Kurt no entendía muy bien lo que quería decirle. De hecho, no entendía una mierda. ¿Acaso le estaba diciendo que Scarlett era una impostora? ¿Era eso? No, no podía ser eso...

De repente, su mayor terror se hizo de nuevo realidad: de nuevo, el abandono, el rechazo, la mentira. Había sucedido una vez más... como con Maggie. Se había enamorado otra vez de... de alguien que le había mentado...

Negó con la cabeza y rio, irónico.

—¿Sabes? No te entiendo —No, no podía ser. Scarlett... sus besos, sus caricias, habían sido reales y auténticos. No quería creer eso— ¿Scarlett no quería casarse conmigo? No lo creo.

—Seguramente sí —respondió Gabriel—, pero no cabe duda de que no es la mujer que habló con Ginger. —Gabriel se encogió de hombros—. Su decisión de venir aquí y casarse contigo, fue después de que su pareja la atacase y necesitó salir de allí cuanto antes. Vio la oportunidad de poder huir y empezar una nueva vida aquí y...

—La aproveché —acabó por decir Kurt.

Miró hacia el frente, no quería que Gabriel viera el dolor en sus ojos. Tampoco estaba seguro de si era correcto sentirse así, al fin y al cabo, Scarlett únicamente era una mujer asustada que estaba huyendo de un maltratador, algo que Kurt había intuido desde un primer momento. Entonces, ¿por qué estaba dolido? Él jamás había hablado ni con Scarlett, ni con su amiga Heather para propiciar un matrimonio que en un principio no había buscado, sino que había sido todo obra de Ginger y Thomas. Al menos, había pensado así hasta que Scarlett entró en su vida.

—¡Maldita sea! —Agachó la cabeza y apretó los dientes con fuerza.

—No te tortures Kurt...

—No lo hago, es un alivio que se haya destapado todo ahora. Yo tampoco fui sincero con ella y... —se le quebró la voz.

—¿Y por qué?

Fue brutalmente sincero con Gabriel. Le contó que nada de todo eso había sido idea suya, que la abuela Ginger y Thomas lo habían orquestado todo, que incluso habían sido ellos quienes habían hablado por chat con Heather, aunque él siempre pensó que había sido con Scarlett, pero eso ya no tenía importancia. Y lo más importante de todo, que Kurt jamás había estado interesado en un matrimonio concertado, pero que... al conocer a Scarlett... Había cambiado de opinión... Decirlo en voz alta solo le dejó claro lo mucho que estaba empezando a querer a esa mujer.

—Pensaba que, si se lo decía antes de que me conociera, quizás la perdería. Que

estupidez. No sé... —se llevó las manos a la cabeza y se apartó el pelo de la frente, en un gesto de duda e impotencia.

No sabía nada. Ni qué hacer o qué pensar. Ahora que todo se había descubierto, ¿querría Scarlett casarse con él? Ambos se habían dejado claro el uno al otro que podían intentar una relación, y ella le había dicho que deseaba quedarse allí, ver cómo era aquello antes de tomar una decisión. Pero en el fondo, Kurt seguía teniendo miedo de que, al final, ella decidiera marcharse. Siendo sinceros, ¿quién iba a querer emprender una vida junto a un ranchero en una tierra despoblada? Ninguna mujer había durado con él, por ese preciso motivo.

—Demasiado bonito para ser verdad ¿no? —soltó, desilusionado—. Ya es hora de aterrizar a la dura realidad.

—Kurt... —Gabriel le pasó un brazo por sus fornidos hombros—. Scarlett no tiene por qué ser como Maggie.

—Pero resulta que la mayoría de las mujeres son como Maggie.

—Eso no es verdad.

Pues claro que no era cierto. Era absurdo pensar así, y Kurt era una persona razonable. Pero los miedos son irracionales, y le hacen ver a uno las cosas como no son.

Abatido, se pasó la mano por la cara y se puso en pie.

—No pienso esconderme, será mejor que entre.

Gabriel también se levantó, apagando antes el cigarrillo en la tierra.

—Antes de entrar, será mejor que te advierta en qué condiciones ha venido Heather.

—¿Qué haces aquí, Heather? ¿Qué te ha pasado? —dijo Scarlett, parándose a dos pasos de su mejor amiga.

La joven estaba sentada en el sofá, junto a la abuela Ginger. Junto a ella, la silla de ruedas de Thomas, quien la miraba con lástima. Javier, su cuidador se retiró, pensando que eso no tenía

nada que ver con él.

—Heather... —Scarlett se dejó caer a su lado y la abrazó al ver que empezaba a llorar.

—Lo siento mucho, Scarlett. Pero me encontré.

Se abrazaron ante todos. Ella era muy consciente de que dos pares de ojos la miraban. Ginger ya debería saber que ella se había hecho pasar por su amiga, solo para poder llegar hasta allí. No hacía falta que confesara nada, pero se le partió el corazón al pensar que Kurt podría sentirse engañado. Debería haber hablado antes con él...

Rompió el abrazo y sus manos se precipitaron sobre la cara de Heather.

—¿Qué te ha hecho? —Cuando le tocó las costillas supo que era peor de lo que parecía —. ¿Has ido al médico?

—Gabriel la ha llevado al doctor antes de traerla al rancho —intervino Ginger.

—He venido en cuanto he podido, necesitaba avisarte —sollozó Heather, con la culpabilidad impresa en el rostro.

—¿Avisarme? —A Scarlett se le quebró la voz y rompió a llorar.

Ya sabía a qué se refería. Phillip iba tras sus pasos.

—Phillip...

Al pronunciar su nombre, Scarlett entró en pánico y necesitó sentarse de nuevo. Sus manos empezaron a temblar cuando Heather se las sujetó entre las suyas.

—Lo siento. Me sonsacó donde estabas. Me... me golpeaba tanto que... —Heather rompió a llorar—. Me dijo que me iba a matar... y le creí. Scarlett, le creí. Iba a matarme, pero logré escapar y no sabes cuanto me alegro de haber llegado antes que él, para avisarte. ¡Phillip está aquí!

—¿Está aquí? —Scarlett se levantó del sofá y empezó a sentir que se ahogaba.

Fue en ese instante en que entró Kurt y la vio en ese estado.

—¿Qué te ocurre? —Fue hacia ella a gran velocidad y la estrechó entre sus brazos—. Scarlett, por Dios, no me asustes.

—Lo..., lo siento —sollozó ella.

A duras penas le salía la voz. A duras penas era capaz de respirar. Las lágrimas surcaban sus mejillas mientras intentaba esconder el rostro en el pecho protector de su vaquero.

—No te preocupes —le decía Kurt, mientras le acariciaba el pelo.

—Tú no lo sabes —sollozaba, Scarlett—. No era yo la que hablaba contigo por la web, yo...

—Tampoco era yo —dijo Kurt, secándole las lágrimas con los pulgares.

Al ver la cara de asombro con que lo miró ella, fue obvio que no se esperaba esa respuesta. Luego miró a los presentes, a Kurt y a Ginger, y ellos dos parecían mucho más avergonzados que ella.

La anciana chasqueó la lengua.

—Creo que también te mereces una disculpa —confesó, Ginger—. Yo solo quería lo mejor para Kurt, encontrar una buena mujer para él... Y tú parecías... —se corrigió—, Heather parecía tan dispuesta a pasar su vida en el rancho que...

Heather asintió.

—De verdad que me hubiese encantado. Mi vida es un desastre, pero al final conocí a alguien y pensé en darle una oportunidad —dijo Heather, dejando que la anciana le apretara la mano.

—Ha sido todo un embrollo, ¿verdad?

Kurt suspiró y llevó a Scarlett al otro sofá para que se sentara junto a él.

—Un... em... embrollo —Thomas golpeó su silla de ruedas con las manos. No estaba nada contento con todo eso—. Lo siento —dijo pausadamente.

—Yo también lo siento —Scarlett los miró a todos, y después se centró en los ojos verdes de Kurt—. Perdóname.

—No hay nada que perdonar. Y siento no haberte dicho que no esperaba una prometida horas antes de que aparecieras...

Ella asintió y miró a su amiga Heather, intentando infundirse valor a sí misma.

—Ahora tenemos un problema más grave que ese pequeño engaño.

Las manos de Scarlett temblaron de nuevo y se levantó. Estaba tan nerviosa que era incapaz de permanecer sentada. Se llevó las manos a la cara y gimió, impotente.

Cuando finalmente sus ojos se centraron en Kurt, él supo la razón.

—Phillip no me dejará en paz —le dijo, preocupada—. Él vendrá a por mí.

Kurt sintió tanta rabia que a punto estuvo de golpear algo, pero se contuvo a tiempo. Se puso en pie y miró a Scarlett, esperando una respuesta sincera.

—¿Quién es Philipp?

Ella no vaciló y él supo que era verdad.

—Es mi marido.

Aunque la abuela Ginger estaba tan sorprendida como todos, había una alta dosis de culpabilidad en su mirada. Porque ella, junto a Thomas, habían sido los responsables de que Kurt se metiera en todo ese embrollo. Ya debía de haber sospechado algo cuando la muchacha que apareció en el rancho no fue la misma que en la fotografía. Pero..., lo dejó pasar porque, por primera vez en mucho tiempo, Kurt empezaba a estar entusiasmado con alguien. Alguien que Ginger creía que se convertiría en su esposa.

Pero ahora...

Resopló y negó con la cabeza. Lo hecho, hecho estaba. Y con pensar y lamentarse, nada se solucionaría. Tenía que ser práctica, como siempre.

—Vamos a la cama, criatura. — Se acercó con cuidado a Heather y la ayudó a levantarse.

La pobre estaba muy magullada. Si ese bastado le había hecho eso a cambio de información, ya podía entender de qué tipo de persona huía Scarlett.

—Lo siento mucho, Scarlett —le dijo, con sinceridad.

—Y tú no tienes la culpa de nada —le dijo a su amiga.

Cuando Ginger la acompañó al cuarto de invitados de la planta baja, Scarlett se quedó en el salón.

Kurt se encontraba allí también, pero por su mirada, podía encontrarse a años luz de allí.

—Perdóname —sollozó.

Él meneó la cabeza.

—No, yo... no hay nada que perdonar —respondió él, aún con la mirada perdida en un punto indeterminado—. Debimos hablar cuando llegaste —esta vez sí la miró—. Hay cosas

que no sabías.

—¿Como que no fui yo quién habló con la abuela Ginger por la web?

—Sí.

—Lo cierto es que sí lo hice, pero no demasiado. La mayoría de las veces habló Heather, pero después conoció a alguien y... A partir de entonces, hablé yo, pero obviamente, me lancé a esta aventura completamente a ciegas, sin pensar en las consecuencias. Y jamás pensé que... — *Jamás pensé que me enamoraría de ti...* — En fin —habló de nuevo, evitando sus propios pensamientos—, que aproveché esto como una vía de escape. La única que tenía.

Pero Kurt no le leyó el pensamiento, y sus palabras le hicieron sentir como si le dieran un puñetazo en el estómago.

—Ya veo —se sintió dolido—. Yo sólo era una vía de escape.

—Kurt, por favor...

Ella se acercó a él, y esta vez fue Kurt quién se apartó. No lo hizo conscientemente, pero a Scarlett también le dolió.

—No me debes explicaciones —dijo—. Al fin y al cabo, prácticamente ninguno sabía de la existencia del otro antes de que pisaras el rancho.

—Eso no quita que quiera darte una explicación.

—Es tarde.

Él se refería a que era tarde, muy tarde, prácticamente las tres de la madrugada, y mañana sería otro día. Además, tenía que asimilar toda esa información, poner en claro sus ideas, asimilar las emociones y planear la forma de proteger a Scarlett de ese maltratador. Y para ello necesitaba dormir.

Pero Scarlett pensó que él se refería a que era tarde para arreglar las cosas. Creyó que la estaba dejando.

Y tenía todo el derecho a hacerlo. Ella le había mentido.

Aun así...

—Por favor... —dibujó esas palabras con los labios, pero las dijo tan bajito que él no las

oyó.

Cuando Kurt pasó por su lado, creyó que lo había perdido y sólo cuando él desapareció por la puerta, dejó que las lágrimas rodasen por sus mejillas y se despeñasen, huérfanas, hacia el suelo.

Kurt no pudo dormir en toda la noche y supuso que Scarlett tampoco había podido hacerlo, o al menos él no podría estando en semejante apuro.

Philip. El nombre de ese malnacido se le atragantó.

¿Cómo podía alguien ser tan cruel? ¿Cómo era posible tratar de semejante forma a una persona, a alguien como Scarlett? Ella era magnífica, dulce, amable, inteligente, bellísima. Ese tío a parte de ser un criminal, era un completo imbécil.

Scarlett no le pertenecía, pero debía hacer algo con ese tipo. Si la policía no lo había hecho ya, él mismo se encargaría de que no metiera las narices en su rancho. No permitiría que se metiese en sus asuntos... y maldita sea, Scarlett era asunto suyo.

Transcurrió la semana muy rápidamente. Scarlett no tuvo demasiado tiempo para hablar con Kurt, porque al parecer, el asunto del puma era más grave del que había parecido desde un principio. Se trataba de una hembra errante, y había parido en sus tierras. Pero había atacado a un potro y llegaron a aparecer las dos yeguas de Mike, o al menos sus huesos y pellejos. Los del pueblo intentaron organizar una batida, pero Kurt y FastWolf, apoyados por los Crow de la reserva, finalmente lograron convencerles de que lo mejor sería capturarlos y llevárselos a otro sitio. Ciertamente era lo menos práctico y lo que más tiempo les llevaría, pero si podían salvar a la

puma y a sus cachorros, lo harían.

O eso era lo que Kurt le había dicho a Scarlett. Y no era del todo mentira, pero también había otro motivo, del cual el vaquero no había hablado con Scarlett para no inquietarla: Alguien se había adentrado en sus tierras, seguramente se tratase de Phillip, y Mike y él no tardarían en dar con él, pues eran expertos en seguir rastros.

Por otra parte, Haether se pasó la mayor parte de la semana reponiéndose de sus heridas junto a Ginger, Thomas y Scarlett, que no la dejaron ni un momento a solas. La trataron de maravilla, como si fuese de la familia, y a Scarlett igual. En ningún momento le echaron en cara el haberles engañado, pues estaba casada con otro hombre, aunque fuese un maltratador.

Y ella no podía sentirse más culpable.

Aquella mañana se despertó temprano. Fue a visitar a su amiga, y al ver que estaba aún dormida, pensó en prepararle el desayuno.

Bajó a la cocina y allí se encontró con Kurt.

Era la primera vez en una semana que se encontraban a solas y el corazón empezó a latirle a mil por hora.

—Hola —dijo él, quedándose parado.

Parecía sorprendido al verla. O, ¿estaría molesto?

—Hola —ella avanzó con la vista clavada en el suelo. Caminó hasta la nevera y cogió una botella de leche fresca.

Él la observó, pero no dijo nada. Abrió el armario que había sobre el fregadero y cogió unas galletas. Iba a marcharse, pues Scarlett parecía no tener ganas de hablar, cuando ella finalmente se dio la vuelta y lo encaró.

Kurt no podía saber lo mucho que le costó a Scarlett hablarle. Pero lo hizo. Lo había estado echando terriblemente de menos. Y ahora que lo tenía frente a ella, necesitaba al menos cruzar varias frases. La necesidad que tenía de oír su voz era casi enfermiza.

—¿Qué tal con mamá puma?

Joder, eso había sonado tan infantil... *Mamá puma*, como si estuviesen hablando de una

película de Disney. Ese bicho se había comido ya a dos yeguas y un potro, no era como para bromear al respecto.

Él se la quedó mirando, sin entender. Lógico, había dicho una estupidez...

—El puma —volvió a decir, Scarlett—. El puma asesino. ¿Habéis logrado dar con él?

—Sí, te he entendido. Disculpa. Es que... —Kurt se había quedado embobado mirándola y había sido incapaz de responder.

La había echado de menos. Había añorado sus besos, sus abrazos, su preciosa voz... Era tan bonita... Llevaba unos pantalones vaqueros con varios rotos en las rodillas, y le sentaban como un guante. Una blusa fina de color blanco que se le transparentaba el sujetador y el pelo suelto, con los bucles dorados cayendo sobre sus hombros.

Se moría por besarla, por abrazarla...

Joder, ¿por qué no hacerlo? Sí, estaba casada, pero con un tipo que la maltrataba. Él la quería, y haría todo lo posible por protegerla. Ella lo había estado evitando durante la última semana, seguramente porque se sentía culpable y avergonzada y él se había dedicado a los asuntos del rancho y a intentar dar (sin éxito aún, ciertamente) con ese malnacido. Pero ahora que se acababa de encontrar con ella... le demostraría que seguía necesiéndola.

Dio un paso hacia Scarlett, pero ella volvió a retroceder.

—Bueno, ya me lo contarás con más calma —dijo, poniendo la botella de leche como escudo entre ellos dos—. Ahora debo ir a ver a Heather, como cada mañana, le preparo el desayuno, y luego iré al pueblo, a la farmacia, que necesita anti-inflamatorios.

Y una vez más, Scarlett huyó, dejando a Kurt muerto de deseo por sentir una vez más su calor.

Scarlett entró en la habitación de su amiga sin llamar a la puerta. Se la encontró despierta y le dio un buen susto, pero no se disculpó en un primer momento, sino que cerró la puerta tras de sí y se apoyó contra ella, logrando respirar al fin.

—Santo cielo, Scarlett, menudo susto acabas de darme...

Scarlett soltó todo el aire que había estado conteniendo. Se acercó a la cama, y, aún con

la botella de leche entre las manos, se sentó junto a su amiga. Por poco rompe a llorar, pero se contuvo.

—Debo irme cuanto antes, para que Philip no les haga daño —dijo, Scarlett, con voz temblorosa.

—Eso es una locura.

Scarlett miró a su amiga con los ojos vidriosos. Estaba muerta de miedo, y el dolor laceraba su pecho. Las pocas veces que había coincidido a solas con Kurt habría querido abrazarle, pero había huido, como hacía unos minutos.

Lo cierto era que necesitaba el calor y el apoyo de ese hombre como quien necesita agua en mitad de un desierto abrasador, pero no podía ni mirarle a la cara de la vergüenza. Mucho menos podía permanecer por más tiempo en aquel lugar, no mientras pusiese a todos sus habitantes en peligro.

—Quiero quedarme Heather, pero conociendo a Phillip, es capaz de cualquier cosa y esta gente no se merece el caos que voy a llevar a su hogar si él aparece. Y ya me has dejado claro que sabe donde estoy. En cuanto te recuperes, debemos marcharnos.

—Pero Scarlett... Tú amas a Kurt, ¿no es cierto?

Eso fue más de lo que Scarlett pudo llegar a soportar. Rompió a llorar en brazos de su amiga, que la rodeó con los brazos.

—Oh, sí... claro que sí... y siento en la boca del estómago un... un vacío tal, que creo que jamás podré volver a llenar. Pero precisamente por eso, debo marcharme. Jamás me perdonaría si algo pudiese sucederle a Ginger, o a Thomas... por mi culpa. Jamás podría perdonarme si Kurt sufriese algún daño causado por Phillip...

Heather suspiró, al tiempo que le acariciaba el pelo a su mejor amiga.

—De acuerdo —dijo al fin—. Nos iremos en cuanto me recupere.

Scarlett no tuvo suerte, no pudo aparcar la camioneta en el *parking* del centro comercial porque estaba a rebosar, y tuvo que hacerlo en una calle aledaña. Caminó hasta la farmacia, compró lo que le había recetado el doctor para Heather y después se fue a una tienda de ropa deportiva para comprar algo de ropa cómoda para su viaje. Escogió un par de *leggings* cómodos y varias camisetas. Una sudadera por si refrescaba y unas deportivas nuevas.

Iba de regreso al coche, cuando notó un escalofrío. Se detuvo unos instantes para tomar aire y convencerse a sí misma de que empezaba a sacar las cosas de quicio, y que tenía que empezar a dejar de tener miedo de todo, de otra forma, ¿cómo iba a sobrevivir?

—Scarlett, tranquilízate, ¿quieres? —se dijo a sí misma, para inflarse de valor.

Asintió con la cabeza y continuó andando. La calle era muy poco transitada, se trataba de una calle residencial y estaban en horario de oficina. Siguió caminando hasta la camioneta. Metió la llave y notó después que no podía sacarla.

—Pero, ¿qué demonios? —dijo.

Se le quedaron los dedos pegados a la cerradura y palideció.

Alguien le había puesto pegamento en la cerradura del coche.

Suspiró, se alejó varios pasos y entonces vio algo que antes no había visto. Las cuatro ruedas de la camioneta estaban pinchadas.

Ya no estaba solo pálida, ahora se había quedado paralizada y durante unos segundos se olvidó de respirar. Un ataque de ansiedad le golpeó en el pecho, provocando que las lágrimas saltasen de sus párpados de repente, únicamente provocadas por el miedo.

Reaccionó.

Soltó las bolsas, dio media vuelta y empezó a caminar de forma mecánica hacia el centro comercial.

Sus ojos miraban hacia todas partes. No había nadie por la calle, pero sentía como si alguien la estuviese persiguiendo. Como si esa persona, o diablo, fuese capaz de exhalar su aliento gélido en su nuca.

Tonterías, Scarlett, sólo han sido unos gamberros. ¿Qué estás haciendo? ¿Y las bolsas?

Coge el móvil y llama por teléfono a Kurt.

—Mi móvil, ¿dónde está mi móvil? —dijo, mientras se detenía unos instantes y empezaba a rebuscar en el bolso, con tan mala suerte que se le cayó la mitad de cosas que llevaba al suelo.

Se agachó para cogerlas. Las manos le temblaban. Cuando las hubo recogido todas, se puso en pie y empezó a caminar.

Pero alguien la agarró por el hombro.

Cerró los ojos y se dio la vuelta gritando como una descosida.

—¡SOCORRO! ¡AYUDA! ¡¡SOCORROOOO!!

Esa persona hablaba, la llamaba por su nombre, pero ella tenía los ojos cerrados, y el sonido lo escuchaba distorsionado a causa del miedo. Intentó golpearlo con el bolso, y lo logró una vez, a la segunda, esa persona la agarró por las muñecas.

—¡Scarlett, para!

Al verse atrapada, abrió los ojos, pero las lágrimas no le dejaron ver el rostro de la persona que la mantenía agarrada por las muñecas.

Todo empezó a dar vueltas a su alrededor, hasta que finalmente se desmayó en brazos de Gabriel.

—Antes de que intentes partirme la cara, tenemos que hablar —dijo Gabriel, mientras mantenía a Scarlett abrazada, presa aún de un ataque de pánico. La cara de Kurt lo decía todo.

El viaje de regreso al rancho con esa mujer en aquel estado había sido para Gabriel un auténtico suplicio. Ella se había desmayado de puro miedo, la había cogido en brazos y la había metido en su coche. Había sido peor cuando ella volvió en sí y se vio encerrada en un vehículo que no conocía y le había costado horrores que confiase en él.

El cuerpo de Kurt se relajó al ver el rostro demudado de Scarlett. Joder, Gabriel era su

amigo, jamás intentaría robarle a la mujer que amaba. Pero se había vuelto loco por unos instantes, al verla abrazada a su mejor amigo. Mierda, debía de dejar de ver fantasmas por cualquier parte.

Se acercó a ella, preocupado y Gabriel se hizo a un lado.

—¿Estás bien? —le dijo, intentando acariciarla, pero ella se apartó. Ese gesto le dolió en el alma, pero le dio espacio.

—Voy... necesito ir a ver a Heather.

—¿Te acompaño? —preguntó Kurt.

—No, puedo sola, gracias.

La vio entrar en la casa, y cuando desapareció de su vista, miró a Gabriel.

—Siéntate —le dijo señalando los escalones del porche.

Él hizo lo propio, y se encendió un cigarrillo.

—Creo que Scarlett se siente amenazada —dijo, tonando la primera calada.

—¿Ha pasado algo? —se sentó junto a Gabriel y lo miró fijamente.

Kurt estaba muerto de preocupación, pero intentaba aparentar todo lo contrario. Pero a Gabriel no lo engañaba.

—Hay algunos comentarios de un tipo que llegó hace unos días al pueblo. No lo he visto, y tampoco sé donde se hospeda, pero hizo preguntas en el bar sobre una sureña y me da la impresión de que sabes perfectamente de quién se trata.

Kurt se puso en pie y apretó los puños.

—Tenemos que encontrar a ese tipo. He intentado hacer averiguaciones por mi cuenta, Mike vio la semana pasada restos de una hoguera cerca de mis tierras, y no fueron los chicos de la reserva.

—Joder, ¿tienes pruebas?

—Solo un mal presentimiento, y por eso no he ido antes a hablar con el sheriff. Pero creo que ha llegado el momento.

—Sabes que eso no servirá ¿verdad?

—¿Y qué propones?

—Vayamos mañana a la feria. Si se trata del exmarido de Scarlett y la ve contigo, ten por seguro que intentará un movimiento.

—No sé, Gabriel... No quiero ponerla en peligro.

—Al menos así sabremos a lo que atenernos.

—En eso tienes razón.

Hubo un silencio prolongado entre ambos.

—Las chicas piensan marcharse pronto.

Kurt siguió mirando al frente a pesar de que había escuchado perfectamente las palabras de Gabriel.

—¿De veras?

—Sí. No es que siguiese a Scarlett, pero me entró curiosidad cuando la vi entrar en una tienda de ropa. Por lo poco que sabe y que me ha contado Pam, creo que tienen planeado huir. Si no lo impides, se irán.

—No soy nadie para impedir nada —dijo Kurt, de pronto con el pánico en la boca del estómago. Todo este tiempo había temido el abandono de Scarlett, y Gabriel se lo acababa de confirmar.

Por su parte, Gabriel miró a su amigo como si fuese el tipo más idiota de Arizona.

—¿Que tal si eres el hombre que la trata bien, que se preocupa por ella y que la ama? ¿Acaso no es eso suficiente?

Kurt no respondió. Para él lo era todo, pero no creía que eso fuera suficiente para Scarlett. Al fin y al cabo, ella no había ido hasta allí buscando un marido y una nueva vida, solo había ido hasta allí para huir. Le hubiese valido cualquier lugar y cualquier tipo. Eso le rompió el corazón y magulló su orgullo.

—Mañana iremos a la feria, como has sugerido —dijo al fin.

Gabriel también se puso en pie, tras apagar el cigarro en la tierra.

—Bien. Se lo he propuesto a Heather y me ha dicho que sí. Es una buena chica esa

Heather. La recogeré a las diez y tú puedes hacer lo mismo con Scarlett.

El vaquero asintió y se dirigió hacia la casa.

—Kurt.

—¿Qué? —El vaquero se paró, pero no se volvió a mirarlo.

—Deberías decirle que estás enamorado de ella.

Kurt meneó la cabeza y siguió sin responder al comentario.

En un par de días todo habría terminado. Scarlett desaparecería de su vida para siempre y él podría volver a ser el susurrador callado que únicamente se relacionaba con animales. Al menos con ellos sabía a qué atenerse.

Habían terminado de cenar, y todos se habían ido ya a descansar. Scarlett se quedó en la cocina, sentada en la mesa y dándole vueltas a un vaso de agua lleno, y del que no había tomado ni un sorbo.

En el comedor el ambiente había sido algo tenso. Ya se habían enterado todos del incidente de la camioneta, y Scarlett no dejaba de darle vueltas a cómo podría huir de allí, a cómo se lo diría a Kurt, y si realmente serviría de algo huir.

No, no servirá de nada, Phillip siempre dará contigo, Scarlett... Y además... ¿Podrás vivir sin Kurt? ¿Sobrevivirás al hueco que quedará en tu corazón cuando lo pierdas para siempre?

Dejó quieto el vaso de agua, y sin querer le dio un golpe. Se derramó un poco de agua y ella gimió de puro estrés.

Se levantó para coger un trapo y cuando alzó la vista, se encontró a Kurt, en la puerta.

Su mirada era pura tristeza y preocupación.

Oh, dios, ¿cuánto tiempo llevaría allí, observándola?

Desesperada y avergonzada, caminó hacia la salida con la vista clavada en el suelo. Intentó esquivar el enorme cuerpo del vaquero, pero no lo logró. Unos brazos enormes la interceptaron y la atrajeron hacia sí.

Había estado evitándolo todo el tiempo, precisamente para no sufrir más en el momento de la separación.

Pero ya era tarde.

Ya estaba enamorada de él hasta la médula, y su intención de escapar no había variado un ápice, con lo cual un abrazo más no marcaría la diferencia.

Scarlett rompió a llorar cuando al fin sintió el calor de Kurt.

Él la acunó en sus brazos y la dejó llorar. Lo único que podía hacer era eso. Y nada más.

Cuando ella terminó de llorar, alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Kurt.

Sin mediar palabra, Kurt la cogió por la barbilla y acercó los labios a los suyos.

Ella iba a marcharse, y él se quedaría solo. Una vez más.

Pero la recordaría por siempre.

El beso fue dulce. Kurt a penas rozó los labios de Scarlett con los suyos, mientras, con los dedos y el dorso de la mano le retiraba las lágrimas, que no paraban de manar.

—Lo... lo siento... —sollozaba ella—, únicamente os he traído dolores de cabeza.

—Eso no es verdad —respondió él.

Tú me has traído tu sonrisa, tu alegría, esa forma tan divertida de arrugar la nariz cuando algo te parece absurdo y divertido a la vez. Me has deslumbrado con tu forma de ver el mundo, me has enamorado con cómo miras la naturaleza que te rodea, como si formases parte de ella. Me has traído amor, Scarlett...

No dijo nada de todo eso con la voz, pero sí con su cuerpo. La besó con más fuerza, la abrazó como si fuese la última vez que la tendría en los brazos.

Te amo.

Eso le dijo con la mente, justo en el momento en que la alzó en brazos. Abandonaron la cocina, ella rodeando su cuello con las manos, y subieron las escaleras ambos mirándose a los ojos, diciéndose tantas cosas con la mirada que no hacían falta las palabras.

Entraron en la habitación de Scarlett y él cerró la puerta con el pie.

La colocó en la cama, con delicadeza, y se alzó sobre ella.

La acunó con los brazos y se besaron de nuevo. Esta vez los besos fueron más urgentes, más apasionados, las caricias más rudas. Ella lo abrazó con las piernas y rodaron por el colchón hasta que cayeron de la cama, sobre la alfombra. Kurt, en el último momento, se dio la vuelta, cayendo de espaldas, y la protegió con su cuerpo en un abrazo.

—¿Estás bien? —preguntó ella, preocupada.

Él sonrió.

—Más que bien.

Scarlett se perdió unos instantes en sus ojos verdes como la hierba. Cuando la miraba, podía ver amor en sus ojos. Nadie, jamás lo había mirado así.

Lo que Scarlett dijo a continuación salió de sus labios sin permiso.

—Te quiero.

Inmediatamente después tuvo miedo, pero no por no sentirse correspondida, sino de arrepentirse, pero eso no sucedió.

Kurt sintió que todo su cuerpo se estremecía cuando ella, con sus ojos azules como el cielo, le decía que lo quería. Quiso sonreír, abrazarla fuerte, reír a carcajadas, responderle de igual forma, decirle que también la quería, pero sólo pudo besarla con ímpetu desmedido.

Rodaron por el suelo hasta que ella quedó sobre él, a horcajadas. Excitada, se quitó la camiseta. Luego puso las manos sobre el pecho de Kurt y empezó a desabrochar los botones de su camisa.

—Necesito... —decía él, mientras le desabrochaba el sujetador y dejaba al descubierto los turgentes senos de su preciosa Scarlett—, necesito entrar dentro de ti.

Ella aún no había acabado con su camisa cuando él se incorporó para besarla. Lo hizo con reverencia, como quien toca a una diosa, con miedo de que se rompa, o de que ella misma lo destruya. La besó en el pómulo izquierdo, después bajó por la barbilla y le mordió el cuello.

Scarlett, al sentir el cosquilleo de su incipiente barba gimió como una gata. Él, animado por su reacción, la agarró de un seno y dibujó con los labios la fina recta de su clavícula hasta que llegó al lugar deseado.

—Eres maravillosa... —le dijo, antes de capturar un pezón con los labios.

Scarlett volvió a gemir cuando él le subió la falda hasta la cintura. Y gritó cuando él le metió la mano en las bragas y conquistó con los dedos la hinchada y húmeda vulva.

—Vas a matarme —le dijo ella, cuando Kurt empezó a trazar círculos alrededor del clítoris.

—Yo ya estoy muerto, porque ahora estoy en el cielo —le dijo, antes de regresar a su boca e introducir el dedo corazón en el interior de Scarlett.

—Ne... te... necesito —le dijo, justo cuando una oleada de placer la invadió completamente.

Kurt se sintió poderoso cuando sintió las convulsiones de Scarlett, y cuando notó sus pulsaciones en los dedos.

No esperó más. Le quitó las bragas y se deshizo de sus pantalones. La agarró por la cintura y la acomodó sobre él, y la empaló.

Scarlett gritó al sentir la dureza de Kurt, conquistándola, invadiéndola, y se rindió al placer, que empezó a pulsar de nuevo, primero con pequeñas oleadas, después amenazando con estallar de nuevo.

Se movió, frenética, sobre Kurt, para alcanzar el clímax.

Él no podía apartar los ojos de esa maravillosa mujer que cabalgaba sobre él como una valquiria. Movía las caderas como una bailarina, y sus pechos se movían con gracia. Su pelo, largo, ondulado y rubio, descansaba sobre los delicados hombros, y rozaba los pezones erectos.

—Eres como una diosa —dijo, agarrándola por las nalgas y atrayéndola más hacia sí.

—Aaaaaahh... —Scarlett estalló en un orgasmo increíble.

Todo su cuerpo vibró como las cuerdas de un arpa, su piel se erizó y su sexo se contrajo para apretar la polla de Kurt.

—Oh, nena...

Él movía las caderas debajo de Scarlett, al tiempo que con las manos guiaba su trasero para que sintiese un mayor roce. Cuando ella se corrió él la abrazó y la atrajo contra su pecho. Todavía unidos, rodaron por el suelo hasta que él quedó sobre ella.

Empezó a bombear con fuerza. Le alzó las piernas y se las colocó sobre los hombros para que ella disfrutase de otros roces. Le acarició las piernas mientras la investía con fuerza. Fue bajando las manos y le separó ligeramente las rodillas. Bajó con la mano derecha y con los dedos abrió los labios vaginales y empezó a acariciarle el clítoris.

Con cada golpe de cadera, Scarlett soltaba un gritito que hacía que la polla de Kurt se volviese más dura. Y con cada caricia del vaquero, el punto de placer de Scarlett se endurecía

más.

—Nena, me voy a correr... Hazlo conmigo...

—Ah... sí... —Scarlett lo miraba con los ojos vidriosos— ¡Ahhh!

Scarlett se corrió, y solo entonces Kurt se dejó ir también. Le recogió las piernas y la abrazó con fuerza mientras los cuerpos convulsionaban juntos.

Se besaron, se acariciaron, y él acarició su pómulo con la punta de la nariz.

Scarlett sonrió y luego hundió la cara en su fuerte pecho.

Lo abrazó con fuerza. No quiso ni pensar en cómo sería separarse de él. Sería insoportable, una auténtica agonía. Sería como si le arrancasen un miembro, o el mismo corazón.

Pero ¿era así cómo debía ser? ¿Sería posible quedarse junto a él?

De repente, unos gritos los interrumpieron, y esos mismos gritos le dieron a Scarlett la respuesta.

Jamás podría ser feliz con Kurt. Si no lo dejaba, ese malnacido de Phillip acabaría con su familia.

—¡¡Fuegoooo!! ¡¡Fuegooo!! ¡¡Alguien ha prendido fuego al granero!!

Al ver la mirada aterrorizada de Scarlett al escuchar los gritos, Kurt la abrazó.

—Tranquila —le dijo—, no te preocupes, no será nada.

Ella no podía a penas hablar. Sabía que aquello había sido obra de Phillip... La pesadilla había regresado, y Kurt y su familia corrían peligro.

Kurt quiso decirle que no le importaba ya nada más en el mundo que estar con ella, que viviría para protegerla y que no tuviese miedo mientras estuviese a su lado. Estuvo a punto de pedirle que se quedase con él para siempre, pero justo cuando iba a hacerlo, alguien llamó a la puerta.

—¡Kurt! —era Gabriel— ¡Deberías venir inmediatamente! ¡Alguien ha incendiado el granero y algunos de los caballos están atrapados!

—¡Ya voy, espérame abajo!

Se puso en pie y empezó a vestirse bajo la aterrorizada mirada de Scarlett.

El fuego consumía el granero y el sonido de las llamas era ensordecedor. Cuando ella y Kurt llegaron, los trabajadores estaban intentando aplacar el fuego sin demasiado éxito. La mayoría de los caballos estaban fuera, al aire libre, pero algunos, entre ellos Dark, casi cada noche dormían en los establos. Scarlett no podía a duras penas respirar al pensar en que por su culpa a esos bellos animales les pudiese suceder algo malo.

—Quédate aquí, es peligroso —ordenó Kurt.

—No... ¡No vayas! —gritó ella, presa del pánico, corriendo hacia él y cogiéndolo del brazo.

Pero él no le hizo caso. Fue, junto con Gabriel, corriendo hacia el lugar.

Ginger no tardó en llegar. Pam y Teresa acababan de llegar y echaban cubos de agua para apaciguar las llamas. Algo que parecía no servir para nada. Scarlett no podía ni moverse, estaba paralizada.

—¡Los caballos! ¡Hay tres! ¡Hay que sacarlos o morirán! —gritaba Joss, mientras los animales pateaban las cuerdas, espantados.

—¡No hay nada que hacer! —gritó Kurt, al ver que no conseguirían nada echando cubos de agua, hasta que no apareciesen los bomberos— ¡Voy a entrar, los sacaré yo mismo, o morirán!

—¡No! ¡Kurt, no!

Ginger la agarró del brazo antes de que echase a correr tras Kurt.

—No lograrás nada, mi niña —dijo la anciana, resignada.

Scarlett sintió el terror en su estado más puro al ver a su hombre meterse en un infierno en llamas. Las piernas cedieron y finalmente cayó al suelo de rodillas.

El tiempo que Kurt permaneció allí dentro le pareció una eternidad. Ginger se agachó y la abrazó.

—No te preocupes, mi niña, que no le pasará nada. Créeme...

Ginger no las tenía todas consigo, pero la esperanza es lo último que se pierde.

Scarlett no dejaba de llorar. De pronto, dos caballos salieron al galope y eso le dio un respiro. Estiró el cuello para ver si Kurt los seguía, pero no logró ver nada. Se sintió morir cuando pensó que su amor podría morir por su culpa, ya que aquello llevaba la firma de Phillip.

—¡Dark, falta Dark! —oyó decir a Gabriel.

Por fortuna el caballo de Kurt salió al galope en tercer lugar.

Scarlett moría de ansiedad. Kurt no salía, y llevaba allí demasiado tiempo. Gabriel intentó meterse entre las llamas, pero aquello era prácticamente impenetrable. Cuando todos habían perdido la esperanza, Kurt salió de entre las llamas, cubierto con una manta mojada.

Scarlett reunió fuerzas, se puso en pie y tambaleándose, llegó hasta él.

—Oh, ¡Kurt! —grito, lanzándose a sus brazos.

Kurt a duras penas podía respirar y si lo hacía, no paraba de toser. Era consciente de que casi había muerto, pero por fortuna pudo empaparse con el agua del bebedero de los animales, y también había sido un golpe de suerte el hecho de que las cuadras eran las más cercanas a la puerta de entrada, lo que le había facilitado las cosas.

Pero en aquellos momentos, en los que instantes antes había podido mirar a la muerte a los ojos, solo pudo pensar en Scarlett, en lo mucho que la amaba, y en que quería permanecer junto a ella el resto de sus días. Intentó hablar, pero a penas le salía la voz.

—Shhhh, no hables —le dijo ella, sin dejar de darle besos.

Lo abrazó, y lloró en sus brazos.

Había estado a punto de perderlo.

Debía regresar con Philip, o de lo contrario, sucedería algo peor.

—Sigo pensando que deberías ir a que te vea un médico, Kurt.

Kurt estaba sentado en el borde de la cama, mientras Scarlett le palpaba con un paño impregnado en unguento una quemadura con muy mala pinta.

—Tranquila, iré mañana, ahora no me apetece y tampoco me duele tanto. ¡Ay!

Scarlett lo miró, escéptica, luego negó con la cabeza y siguió curándole las heridas.

—Menos mal que soy experta en...

Curarme a mi misma.

Scarlett cerró la boca a tiempo de terminar la frase.

Kurt se dio cuenta y frunció el ceño.

La cogió por la barbilla, pero muy delicadamente, y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Qué ibas a decir?

Ella le cogió la mano. Aunque el contacto con Kurt no le molestaba en ninguna de sus formas, seguía sin gustarle que le obligasen a hacer algo.

Con la mano de Kurt entre las suyas, lo miró a los ojos.

—Siento que esto... —tenía que ser sincera, enfrentarse a la verdad y decírselo a Kurt. No podía quedarse por más tiempo en aquel lugar, no si seguía poniendo en peligro a sus seres queridos. Por fortuna no había habido víctimas, al menos mortales, ni personales ni del ganado, pero si no capturaban a Philip o ella cedía a sus chantajes, la cosa podría ir a peor.

—¿Qué es lo que sientes, Scarlett? —insistió Kurt, interrumpiéndola—porque nada de todo esto es culpa tuya.

Scarlett suspiró.

—Sí que lo es —lo miró a los ojos, como un cachorrito indefenso, y él suspiró también, y

la abrazó.

Ella cerró los ojos y se concentró en su calor. Ese calor que tanto la reconfortaba. En los latidos de su corazón, en su respiración tranquila... Ese hombre tenía el don de calmarla...

El abrazo duró minutos. Ella quiso alargarlo lo máximo posible, pero Kurt empezó a respirar con fuerza, excitado. El sonido de su respiración y el aumento de ritmo de sus pulsaciones, excitaron a Scarlett. ¿Qué tenía ese hombre, que era capaz de transmitirle con tanta fuerza sus emociones?

Alzó los ojos, también la mano derecha, y le acarició el mentón con el dedo índice. Acercó los labios y lo besó.

El beso empezó siendo suave, pero en cuestión de minutos acabó siendo exigente.

Scarlett le lamió los labios, sensual. Él respiraba profundamente, y empezó a jadear cuando ella, con manos hábiles, le bajó la bragueta del pantalón.

—Oh, Scarlett... —le dijo, cuando ella tenía entre las manos la erecta virilidad —vas a matarme de placer...

Ella respondió con un jadeo, porque Kurt le alzó la camiseta y le desabrochó el sujetador. Cuando sus pechos quedaron libres, él se puso en pie. Los pantalones le cayeron al suelo, y se deshizo de los calzoncillos de una patada. Scarlett, que también se había levantado con él, se quitó la camiseta y se deshizo del sujetador.

Kurt se detuvo unos instantes a observarla. Era tan bonita... con los pechos coronados por rosados y erectos pezones, cintura perfecta... y cuánto adoraba la suave curva de sus caderas. Le acarició la cintura, bajó por su vientre y empezó a desabrocharle el pantalón vaquero.

—No me cansaré jamás de hacerte el amor —le dijo, en el momento en que le metía la mano entre las bragas.

Ella gimió cuando el dedo corazón de Kurt se coló en el interior de su vagina. La masajeó con cuidado, frotándole el clítoris, despacio, al mismo tiempo que con la otra mano le apretaba las nalgas y la atraía contra sí.

Scarlett suspiraba, pegada al pecho de ese increíble cowboy. Era un hombre grande,

sensual, pero dotado de una dulzura tan sexy que la volvía loca de la misma forma en que la tranquilizaba. Kurt era perfecto.

Él continuó frotando su duro clítoris, trazando círculos lentos y precisos, al tiempo que la besaba de forma tan sensual que Scarlett no tardó en llegar al orgasmo.

Ella gimió como una gata y Kurt la necesitó como nunca.

Pero esta vez le daría placer de forma distinta.

Con sumo cuidado, la hizo darse la vuelta. Cuando la tuvo de espaldas a él, ella notó la dura polla del cowboy en el trasero y no pudo evitar gemir. Él la abrazó desde atrás, le apartó el pelo del hombro y le mordió ligeramente el cuello. Ella volvió a gemir al sentir la incipiente barba en el cuello, y se le puso la carne de gallina cuando él la cogió por los pechos y con los dedos pellizcaba suavemente sus pezones.

Luego, Kurt fue descendiendo con las manos, le acarició los costados, llegó a las caderas, y la inclinó ligeramente sobre la cama.

Scarlett supo qué iba a suceder, y se abrió para él. Se subió a la cama, y se colocó, a gatas, en el borde de la cama.

Kurt no podía estar más excitado, pero cuando vio el sexo de Scarlett, húmedo y rosado, expuesto frente a él, casi se volvió loco de pasión.

Colocó las manos sobre sus nalgas y, despacio, acercó su verga a la húmeda y rosada apertura. Ella reaccionó apretando las caderas contra él, deseosa. Pero Kurt quería darle más placer. Adoraba verla así, esperando a ser empalada. Le encantaba la visión de sus preciosas nalgas y su sexo, hinchado y brillante.

Se frotó contra ella. Con el glande empezó a trazar círculos alrededor del clítoris, y ella no paraba de gemir...

—Por favor..., —le dijo, en un susurro.

Él siguió frotándose durante unos segundos, hasta que la notó tan caliente que ya no pudo soportarlo más.

Se metió dentro de ella, despacio, pero con ímpetu. Ella notó en cada fibra de su ser cómo

la empalaba. Su dureza, su fuerza, sus palpitaciones.

Cuando llegó hasta el fondo, Kurt se retiró, y el segundo embate fue más fuerte y rápido.

Ella gimió en el instante en que la polla de Kurt la invadía completamente por una segunda vez y dobló ligeramente las rodillas para pegarse más contra él.

Kurt embistió una tercera vez, y Scarlett esta vez gritó.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Oh, sí... No... —Otro gemido, ante la cuarta acometida—... no hace falta que seas tan —..., Un grito, ante la quinta— ¡Delicado!

—Está bien, no seré delicado.

Y no lo fue.

La agarró por la cintura, y empezó a bombear duro, pero no rápido. A cada golpe de cadera, Scarlett gemía y gritaba. Él no podía estar más duro, ni más excitado.

—Nena... eres... maravillosa...

Scarlett gimió como única respuesta, pero se incorporó de forma que él pudo abrazarla desde atrás, de forma que el roce se intensificó en otros lugares y él tuvo acceso a su cuerpo. La acarició en el pecho al mismo tiempo que la empalaba cada vez más y más rápido. Luego, fue descendiendo hasta su sexo y le abrió los pliegues para acariciarle el clítoris. En ese momento, Scarlett se corrió y él notó en las paredes de su vagina las pulsaciones.

—Nena... me voy a...

Ella se puso de nuevo a cuatro patas para facilitarle las cosas.

Kurt bombeó con fuerza y rapidez, hasta que el orgasmo llegaba a su punto más álgido.

Cuando todo acabó, sin salir de ella, la empujó y se subió a la cama.

Se colocó tras ella, y la abrazó desde atrás.

Kurt cerró los ojos. Ella se pegó más contra él. Adoraba su calor. No era capaz de separarse de él. Pero de pronto, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, sin permiso. ¿Qué sería de ella cuando no pudiese tenerlo más a su lado?

Él notó como temblaba y le acarició el pelo. Sabía lo que le rondaba por la cabeza, pero

no iba a permitirlo.

—No quiero que te vayas, Scarlett.

Sin poder evitarlo, ella sollozó. Él la abrazó con más fuerza.

—No dejaré que te marches.

Scarlett no respondió. Solo se dio la vuelta, y lloró como nunca antes lo había hecho.

Hasta quedarse dormida.

A la mañana siguiente, Scarlett despertó. Kurt ya no estaba en la cama. Se incorporó rápidamente en cuanto lo notó a faltar. Un golpe de ansiedad casi la ahogó al ver que había una nota sobre la mesita de noche. Con manos temblorosas la cogió y la desplegó.

Hoy quiero que pasemos el día juntos. He preparado algo especial.

Kurt.

Scarlett suspiró con cierto alivio. Se vistió y bajó a la cocina. Allí sólo estaba Kurt, preparando el desayuno. La recibió con una sonrisa.

—Buenos días, princesa. ¿Has dormido bien?

Ella se acercó a él y lo abrazó.

—Sí.

Kurt la besó en la coronilla y le acarició el pelo.

—Iba a subirte el desayuno a la cama, pero te has adelantado.

—Gracias.

Se sentaron y desayunaron.

—Hoy se celebra en el pueblo una feria de ganado. ¿Te apetece ir?

Notó como ella empezaba a temblar y la cogió de la mano. Se la apretó.

—No te preocupes, Scarlett. No te sucederá nada malo —ella lo miró con esos ojos

azules llenos de temor y él insistió—. Confía en mi.

Ella intentó sonreír, y asintió.

—Está bien.

La plaza principal del pueblo estaba a rebosar de gente. Había puestos de comida, atracciones, niños correteando por todas partes con globos y algodones de azúcar. Scarlett y Kurt iban cogidos de la mano, paseando tranquilamente. Ella en un principio se había sentido algo tensa, pero después se le pasó y disfrutó del día con Kurt. Comieron unos perritos calientes, se rieron cuando ella se manchó los labios con mostaza y él se la quitó con un beso tierno y sensual.

—¿Estás contenta? —le preguntó él, cuando terminaron de comer e iniciaron de nuevo el paseo.

Ella lo miró con ojos soñadores.

—Sí. A tu lado soy muy feliz.

Él se paró, la cogió por los hombros y la miró fijamente.

—No te vayas, Scarlett.

Ella suspiró y luego lo abrazó.

—No me iré —respondió, sin saber si al final podría cumplir esa promesa.

Se acercaron a la expo de sementales *quarter miles* y allí se encontraron con Gabriel y Pam. No parecían muy contentos.

—¡Hola, pareja! —exclamó Pam, saludándola con la mano.

Scarlett sonrió al verla.

—Hola —se soltó de Kurt y se acercó a ella.

—Gabriel quiere comprar un nuevo semental —dijo Pam, mirando a su novio con cara de pocos amigos—. A mi me gusta el tordo, pero él prefiere el palomino. Nunca coincidimos en nada.

Scarlett miró los caballos que Pam señalaba y se encogió de hombros.

—A mi me gustan los dos. Bueno, en realidad me gustan todos los caballos, sería incapaz de elegir.

Gabriel y Kurt, después de hablar unos minutos, se acercaron a las chicas.

—Hemos ido a la atracción de los espejos. No os la podéis perder. ¡Es una pasada! —dijo Gabriel, mirando a Kurt significativamente. Habían estado hablando de pillar a Phillip, porque estaban seguros de que se presentaría en la feria.

Pam puso los ojos en blanco.

—No entiendo cómo te pueden gustar tanto los los payasos macabros —se quejó, Pam— ¡Brrrrr! Me da escalofríos sólo de pensarlo.

Scarlett miró a Kurt.

—Pues a mi me gustaría ir.

Él sonrió.

—¿En serio? ¿No te dará miedo?

Scarlett lo miró con todo el amor del mundo.

—A tu lado no tengo nada que temer.

Al ver el enorme payaso diabólico de cartón piedra que presidía la atracción, incluso a Kurt le dio un escalofrío.

—Madre mía, ¿seguro que quieres entrar? Es horroroso.

Scarlett miro a Kurt con una sonrisa.

—Ya te he dicho que contigo no tengo miedo a nada.

Él se encogió de hombros. La sonrisa de Scarlett era tan bonita... La besó con ternura.

—Está bien, pequeña. Vayamos.

¿Para qué habría hecho Scarlett una afirmación como esa? Aquello era terrorífico. Estaba muy bien montado, eso sí, y los actores lo hacían a las mil maravillas. Se notaba que disfrutaban asustando a la gente y se oían gritos por todos lados, seguidos por las risas de las parejas y los adolescentes que iban por delante de ellos.

Se adentraron en un oscuro pasillo, en el cual recibieron varios sustos. Había calaveras, esqueletos, telas de araña, una mujer en una cama, simulando ser la niña del exorcista, todo muy realista y el vestuario espectacular.

Pero lo más impactante llegó cuando entraron en el salón de los espejos.

Scarlett se agarró a Kurt. Sonreía, pero se le notaba algo nerviosa.

—¿Estás bien? —dijo él, riendo cuando empezó a sonar una música tétrica y el suelo empezó a moverse a sus pies.

—Ay no... esto se mueve y me voy a marear...

—No te preocupes, yo te sostengo.

Bajo ellos había una plataforma circular, que se movía y vibraba a sus pies al ritmo de los sonidos tétricos que salían por los altavoces. Los espejos eran una pasada, en ellos podían verse reflejados, pero en todos ellos se veían distorsionados, eso unido al juego de luces y sombras y a la música y las vibraciones del suelo, creaba un ambiente original y a la vez terrorífico.

De repente sonó un estruendo, el suelo se movió a sus pies y las luces se apagaron.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Scarlett, de pronto asustada de verdad.

Él la agarró de la mano con más fuerza.

—No te preocupes, es parte del espectáculo.

Scarlett asintió, confiada. Pero de repente, el suelo se tambaleó tan fuerte que perdió el equilibrio y cayó al suelo, separándose de Kurt.

Las luces se encendieron de súbito, y reflejado en los espejos apareció un payaso. Scarlett gritó.

La luz duró encendida unos segundos, en ese breve periodo de tiempo no le dio tiempo a

ver a Kurt, sólo al payaso.

—¡Kurt! ¡Kurt! —gritó.

—Estoy aquí. ¿Dónde estás?

Oír su voz la tranquilizó, pero eso únicamente duró unos segundos. Porque de nuevo se volvió a escuchar un estruendo, el suelo volvió a moverse, demasiado para una atracción que únicamente tenía la intención de entretener. Scarlett cayó al suelo. Y de pronto, algo la arrastró.

—¡Kuurrтт...!

Alguien le puso la mano en la boca, convirtiendo la llamada de socorro en un gemido ahogado.

—Hola, Scarlett...

A Scarlett se le heló la sangre de las venas al escuchar su voz.

No pudo gemir, ni tan siquiera pestañear. Solo sentir una horrible presión en la boca del estómago, ahogándola, y los surcos que marcaban sus propias lágrimas en la piel de las mejillas.

Y un frío glaciador en la nuca.

Él estaba allí. La había encontrado. La tenía agarrada por el cuello, y con la otra mano le tapaba la boca. Estaba paralizada y a su merced.

—¿Qué pasa, amor mío? —la aterciopelada voz de Phillip y su suave cadencia, únicamente escondían la amenaza de lo que era capaz de hacer.

Y Scarlett sabía que lo haría. Tarde o temprano, lo haría.

—¡RESPONDE! —Phillip gritó, y el cuerpo de Scarlett se sacudió en un temblor que empezó a ser incontrolable.

Al ver el pánico que era capaz de provocar en ella, y consciente de su dominio, Phillip soltó una carcajada terrorífica.

—Escúchame bien, puta estúpida —las dos últimas palabras las escupió con tal desprecio, que Scarlett creyó que eran ciertas—. Te espero mañana por la noche en la parada de taxis del pueblo... Y mucho cuidado con no acudir o avisar a la policía —le presionó el cuello con el interior del codo, y con la mano le tapó tanto la boca y la nariz que Scarlett empezó a ahogarse— O de lo contrario, mataré, uno a uno, a todas las personas que te importan. ¿Me has entendido?

Scarlett no podía moverse.

—¿ME HAS ENTENDIDO?

Asintió como pudo.

Había entendido. Sabía que Phillip cumpliría su promesa.

—¡Scarlett!

Kurt había perdido a Scarlett cuando el suelo se movió tan violentamente. Se le había escapado de entre los brazos, y durante unos minutos que a él le parecieron eternos, permaneció a ciegas y sin ella. Luego, de repente, las luces se encendieron y también un piloto verde que indicaba que debían pasar a la siguiente sala de la atracción.

Pero Kurt no podía irse de allí sin ella. No, sin saber qué le había sucedido. Tal vez hubiese salido de allí, pero algo le decía que no, que ella seguía en aquel lugar, podía oler el peligro.

Desesperado corrió hacia los espejos y los rodeó, tocándolos a todos, pues formaban un círculo a su alrededor, buscando a tientas una entrada, algo...

La encontró.

Empujó uno de los espejos, y accedió a otra sala. Estaba a oscuras.

—¡Scarlett! —gritó— ¡Scarlett! ¿Estás aquí? ¡Responde!

Esuchó un gemido ahogado e insistió de nuevo.

—Scarlett, ¿eres tú? Dime donde estás para que pueda encontrarte.

—Sí... aquí...

La voz de Scarlett sonó tan débil y trémula, que Kurt se asustó. Pero logró dar con ella.

—Oh, dios... —la abrazó con fuerza—. Vamos, salgamos de aquí —dijo, poniéndose en pie con ella en brazos, pues no podía ni andar, ni hablar, de lo asustada que estaba.

Una vez en el rancho, Kurt dejó a Scarlett en su habitación y salió al porche. Allí estaba Gabriel, esperándole.

—¿Cómo ha ido?

Kurt negó con la cabeza. No podía estar más preocupado, pero Scarlett necesitaba descansar.

—La he llevado al hospital para revisarla, y el diagnóstico ha sido un ataque de pánico y un ligero estrangulamiento que no saben exactamente a qué se debe. Después la he llevado a comisaría, pero Scarlett no ha declarado. Ni tan siquiera podía hablar.

—Joder, Kurt...

—Le he dicho al sheriff que tal vez el marido de Scarlett la ha acechado, y le he explicado lo que ha estado pasando estos días, como el pinchazo en las ruedas de la camioneta, el incendio en el granero... pero al no declarar Scarlett, no se ha podido hacer denuncia y hemos quedado en que regresaría al día siguiente, cuando ella se encuentre mejor.

Gabriel miró a Kurt. Estaba realmente abatido.

—Joder, amigo... tal vez no haya sido buena idea eso de provocar un encuentro con ese tipo. Es más listo de lo que parece.

Kurt frunció el ceño y su mirada se tornó fría como el hielo.

—Si consigo pillar a ese malnacido... No sé de lo que seré capaz...

—No lo pienses más, y veremos qué sucede mañana. Esperemos que Scarlett se recupere y pueda declarar.

Scarlett no podía dormir a pesar de que había tomado un calmante para los nervios.

Phillip...

Jamás podría escapar de él. La amenaza era real. La mataría, o mataría a todos sus seres queridos. Sabía de lo que era capaz. Su mirada era la de un diablo.

Cogió el teléfono y marcó el número de Heather.

—¿Dormías? —le preguntó, cuando ella descolgó.

—No, qué va. ¿Tú cómo estás? ¿Qué es lo que ha pasado, Scarlett? Nos tienes a todos en vilo.

Heather y el resto de la gente del rancho no sabían qué le había sucedido en realidad. Ginger incluso pensó que la atracción era lo que le había generado el ataque de pánico. Scarlett no quería preocupar a nadie, únicamente debía marcharse con Phillip para que todos estuviesen a salvo, y mejor si no se enteraban de nada. Especialmente Kurt.

—Ha sido Phillip.

—Joder, ¡lo sabía! ¿Y qué vas a hacer? ¿Lo vas a denunciar?

—No...

—¡Scarlett, debes hacerlo!

—No descansaré, Heather, ¿es que no lo comprendes? Mira lo que te ha hecho a ti. Y Kurt casi muere la pasada noche por mi culpa.

—Por tu culpa no, Scarlett. ¡Por culpa de Phillip!

Scarlett negó con la cabeza. Heather tenía razón, ese malnacido era el culpable, pero le tenía demasiado miedo como para enfrentarse a él. Por la seguridad de todos, ella debía sacrificarse y regresar con Phillip.

—Mañana por la noche me reuniré con él. Pero antes me despediré de Kurt.

Tras decir eso, Scarlett colgó el móvil y hundió el rostro en la almohada. Lloró hasta que no le quedaron lágrimas por derramar.

Scarlett despertó por la mañana entre los brazos de Kurt.

No recordaba que él hubiese venido a su habitación, seguramente lo hizo cuando ella cayó rendida al sueño, y no lo había oído entrar.

Se acurrucó contra él, pegando la espalda contra su torso, cerró los ojos y de nuevo las lágrimas rodaron por sus mejillas, sin ningún control.

¿Qué sería de ella cuando Kurt ya no estuviese en su vida? Oh, ¿en serio podría llamar a eso *vida*?

No debía pensar eso ahora. Ni nunca más. Aquella noche se reuniría con Phillip, y todo habría terminado, pero ahora quería disfrutar de los pocos momentos que le quedaban junto al hombre que amaba y se concentró en su calor, en la calma que él le daba, y en el pausado sonido de su respiración. Los latidos de su corazón la relajaban, le daban tanta paz...

Kurt abrió los ojos, y empezó a acariciarle el pelo con suavidad. La notó moverse.

—Buenos días, preciosa —le dijo, en un susurro. Ella lo cogió de la mano, y se la besó.

—Buenos días —respondió, segundos después.

—¿Has dormido bien?

Menuda pregunta estúpida, pensó Kurt.

No, Scarlett no había dormido bien. La había escuchado gritar en sueños de madrugada, porque su habitación se comunicaba con la suya por una puerta contigua, que antes de irse a dormir había dejado abierta por si pasaba algo. Al oírla se había metido en su cama y la había abrazado. La calmó unos minutos, pero después no dejó de moverse en sueños, y también había llorado. Kurt no podía estar más preocupado.

—Sí —mintió, Scarlett.

Luego se dio la vuelta y quedó de frente a él.

Kurt estaba vestido, seguramente no habría descansado en toda la noche por su culpa. Sabía que tenía pesadillas cuando veía a Phillip. Estar con Kurt la había apaciguado un poco, y en aquellos momentos se encontraba mejor. Pero seguía estando nerviosa y la ansiedad no le daba tregua.

Él era tan hermoso, tanto por fuera como por dentro...

Tenía el pelo revuelto y un poco de flequillo le tapaba medio rostro. Se lo apartó y descubrió sus preciosos ojos verdes, frescos y limpios, como la hierba, como su alma. Kurt le dedicó una sonrisa somnolienta y ella no pudo evitar rozar sus labios con los suyos.

Pero sólo fue un roce, porque él se apartó un poco, quería, necesitaba hablar con ella.

—Scarlett, ¿qué sucedió ayer para que te asustaras tanto? —preguntó a bocajarro, dejándola desconcertada.

Ella no quería hablar, y escondió el rostro en su pecho, como una niña pequeña que quiere evitar ser regañada.

—Preciosa, dime qué sucedió para que pueda ayudarte.

No puedes ayudarme, Kurt. Nadie puede.

—Nada... es sólo que... me asusté...

Kurt la cogió suavemente por la barbilla y la obligó a mirarle.

—Por favor, dime qué pasó. Yo te protegeré de cualquiera que...

Ella se incorporó, interrumpiéndole, separándose de Kurt. Él también hizo lo mismo y la vio bajar de la cama y sacar ropa del armario.

—Scarlett...

Ella se dio la vuelta y fingió una sonrisa.

—En serio, no pasó nada. Y... —calló unos segundos para salir del atolladero—, me gustaría ir a dar un paseo a caballo. ¿Me llevas, por favor? Seguro que me relaja. Aún estoy un poco... nerviosa.

Él supo que estaba evitando hablar del tema, y también supo que Phillip había aparecido

y la había amenazado. No tenía pruebas, no lo había visto, pero su intuición no se equivocaba jamás. Y ella estaba demasiado asustada. Llamaría al sheriff, y él mismo pondría la denuncia. Seguramente Phillip aparecería de nuevo, y no iba a dejarla sola ni por un segundo. Pero mejor sería no presionarla, y ceder ante su petición. Por el momento.

—Está bien —accedió, saldremos a cabalgar.

Esta vez Kurt dejó que Scarlett montase un caballo ella sola.

Se llamaba Twister, y era muy manso. Ella estaría segura. Kurt montó a Dark, que por fortuna no había sufrido quemaduras, a pesar de encontrarse en el granero el día del incendio.

Salieron del rancho en silencio. Scarlett se concentró en sentir el frescor de la brisa y la caricia del sol en el rostro. Kurt no pudo dejar de mirar lo preciosa que era, y su corazón corroboró, una vez más, lo mucho que la amaba.

—¿Estás cómoda? —le preguntó, colocándose junto a ella.

La sonrisa de Scarlett le dio la respuesta. Miraba las montañas con admiración. Eran preciosas, sublimes. Sonrió más ampliamente al ver un águila calva flotando en las alturas, observándolo todo.

—Madre mía... es increíble.

—Hay muchas por aquí. Viven en lo alto de las montañas. Esta seguramente sea una hembra.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es más grande. Y es época de cría, por lo que el macho estará dando calor a los polluelos, en el nido, esperando ser alimentado por ella.

—Me encantaría ser como ella... libre...

Y poder volar...

Kurt se puso serio al escucharla decir eso. Vio conveniente preguntar de nuevo sobre lo

sucedido la pasada noche, pero ella lo interrumpió.

—Kurt, ¿crees que lloverá?

Él miró las nubes que ella señalaba.

—Es posible, sí. Pero no creo que mucho.

Se equivocó. Era raro, pero se equivocó de lleno, porque media hora después se desató una terrible tormenta.

Lograron refugiarse en una cabaña de cazadores, muy cerca de la reserva Crow.

Dejaron los caballos en el pequeño establo aledaño, y se metieron dentro.

Era una cabaña muy pequeña, había una chimenea enorme y un catre con paja y varias mantas. En el centro, una mesa y sillas. Scarlett se sentó en una. Estaba muy ordenado todo, por lo que intuyó que era usada con asiduidad.

—Jamás había visto llover de semejante forma —dijo, mientras se escurría el pelo, que había quedado totalmente empapado, al igual que su ropa.

—Esta región es así —dijo Kurt, mientras comprobaba que había leña suficiente para encender la chimenea y poner a secar sus ropas—. Lo lamento Scarlett, debería haberlo previsto.

Ella lo miró, sonriendo.

—No te preocupes, no pasa nada. Seguro que amaina pronto—. Recordó que Phillip la esperaría en la parada de taxis aquella misma noche. Y se le cambió la cara ¿Y si no amainaba y no llegaba a tiempo? —¿Verdad que esta tarde saldrá el sol? —preguntó, nerviosa— ¿Verdad que esta noche ya habrá amainado?

Kurt frunció el ceño, y dejó lo que estaba haciendo.

—Posiblemente no —dijo, mirándola.

En realidad no estaba seguro. Tal vez por la tarde hiciese un sol de justicia, en Las Rocosas el tiempo era muy cambiante, pero quiso ponerla a prueba. ¿Tendría que ir a algún sitio aquella noche?

Su cara le demostró que algo le sucedía, y que posiblemente estuviese relacionado con ese maltratador.

—Scarlett... —se acercó, pero ella dio un pasito hacia atrás, al tiempo que se retiraba el pelo para colocárselo detrás de la oreja.

Kurt decidió darle espacio y tiempo para que acabase contándole lo que estaba pasando. Regresó a la chimenea. Encontró unas cerillas y paja. En silencio, fue preparando una pequeña hoguera.

Scarlett empezó a temblar, pero no de frío.

Afuera caía un diluvio, las gotas de lluvia golpeaban el tejado de madera en un sonido que, en cualquier otro momento le habría parecido romántico, pero que ahora le resultaba insoportable. Cada vez que retumbaba un trueno, cerraba los ojos y se estremecía.

¿Y si no podían salir de allí y Phillip se cabreaba y acataba a alguien en el rancho?

Kurt observaba preocupado a Scarlett mientras vigilaba el fuego. Estaba pálida, temblaba de pánico, como la noche pasada, y cada vez que sonaba un trueno daba un brinco. Achicó los ojos y sacó su teléfono móvil. Menos mal que allí había cobertura.

Le envió un WhatsApp a Gabriel.

KURT: Avisa al *sheriff* Hilton. Estoy seguro de que ese malnacido es el culpable de lo que le sucedió ayer a Scarlett.

GABRIEL: Ok. Te mantendré informado.

Se acercó a Scarlett, acercó una silla y se sentó a su lado. Le pasó un brazo por encima de los hombros, y la atrajo hacia sí.

—Eh, alegre esa cara —le dijo, sonriendo—. ¿O acaso no es genial quedarte atrapada en una cabaña, en mitad de las Rocosas, junto a un sexy y rudo cowboy?

Fue la cara que puso Kurt al decir lo de *sexy* y *rudo cowboy*, lo que hizo que Scarlett soltase una carcajada.

—Vaya, te he hecho reír —Kurt hizo la señal de la victoria, y ella volvió a reír— ¿Sabes que el sonido de tu risa es lo más bonito que he oído nunca?

Scarlett no pudo evitar reír de nuevo.

—Es verdad, eres maravillosa, pero mucho más cuando estás contenta.

Ella cogió el rostro de Kurt con ambas manos y lo besó. Ese hombre sí que era maravilloso...

Kurt la abrazó, y le devolvió el beso con pasión. De inmediato, Scarlett se encendió de deseo. Ese cowboy sabía cómo hacerla sentir especial, única, libre... sabía cómo hacerla volar, como aquella águila.

—Quiero que me hagas el amor, Kurt —dijo, con voz entrecortada, mientras se quitaba la camiseta.

A Kurt se le cortó la respiración cuando ella se desabrochó el sujetador y dejó al descubierto los pechos, suaves y turgentes.

Estaba tan bonita con el pelo mojado y las gotas de lluvia besando su nívea piel... Y sus pezones, rosados, pequeños, apetitosos, estaban duros. Cubrió un seno con la mano, abarcándolo al completo.

Pero ella colocó la mano sobre la suya, y lo miró a los ojos.

—Espera —le dijo, excitada, impaciente—, quiero desnudarte.

Los ojos de Kurt brillaron de excitación cuando Scarlett empezó a desabrocharle la camisa lentamente. Sus dedos largos y delicados rozaban a penas su piel encendida, y él podía notar cada pequeño roce, cada caricia, por pequeña que fuera. Lo liberó de la camisa, y cuando se la pasó por los hombros y el torso de Kurt quedó totalmente al descubierto, Scarlett gimió de deseo.

Era tan bello, tan viril, tan... enorme...

Sus hombros eran el doble de los de ella, y sus brazos poderosos. Colocó las manos en sus impresionantes pectorales y... Scarlett miró más abajo, hacia los lugares que instantes después recorrerían sus manos y se lo comió con la mirada. Le acarició las abdominales, y fue más allá. Cuando empezó a bajarle la bragueta del pantalón vaquero, la polla de Kurt se puso tan dura que jadeó al creer que podría estallar.

—Oh, nena...

Scarlett se estremeció de placer cuando cogió la enorme verga de Kurt. Deseaba a ese hombre como jamás había deseado a otro. Deseaba hacerle el amor, de cualquier forma... amaba todo de él. Lo quería todo, absolutamente todo.

Sus ojos se encendieron de puro deseo. Entonces, lo instó a ponerse en pie. Y ella se arrodilló frente a él.

Le bajó los pantalones, también los calzoncillos, y miró su precioso pene, erecto y palpitante. Luego alzó la vista y, sin apartar los ojos de él, se lo introdujo en la boca.

Kurt jamás había visto nada tan sensual. Scarlett se metía la polla prácticamente hasta la garganta, succionaba y lamía, se la sacaba despacio y después vuelta a empezar. Si no paraba, se correría enseguida.

—Scarlett...

Le acarició el pelo, y se lo apartó un poco para verla mejor. Sus ojos brillaban de pasión, y lo miraba fijamente. En un momento dado, aumentó el ritmo, pero se concentró en el glande. Kurt empezó a jadear, y a mover las caderas de forma inconsciente, para facilitarle el trabajo.

Cuando Kurt empezó a mover las caderas al ritmo de su succión, Scarlett por poco enloqueció. Le encantaba darle placer, y verlo disfrutar era un auténtico espectáculo. Sus músculos en tensión, brillantes de sudor, como los de un atleta griego... Y su verga, dura, palpitante, goteaba pequeñas perlas de semen que ella saboreaba a placer.

—Nena... para, por favor...

Kurt iba a correrse si Scarlett no se detenía.

—Para... oh, ¡para!

Con toda la fuerza de voluntad que logró reunir, Kurt la cogió del rostro y lo apartó de él. Luego la cogió por las manos y la instó a ponerse en pie frente a él.

La miró con pasión desmedida. Los ojos azules de Scarlett brillaban de pasión, sus mejillas rosadas y sus labios hinchados por poco lo hacen enloquecer.

La cogió por la cintura y la atrajo hacia sí. Le puso la otra mano en la nuca y acercó los

labios a los suyos.

Scarlett estaba caliente y olía a sexo. Aún llevaba puestos los pantalones, así que, sin dejar de besarla, rodeó su cintura con la mano hasta que llegó a la apertura de su pantalón. Lo desabrochó con habilidad, se lo bajó, y le metió la mano en las bragas.

—Ahhh —gimió ella, contra la boca de su cowboy.

Eso, y la humedad de su hinchada vulva excitó aún más a Kurt.

—Nena, necesito...

Ella sonrió contra su boca.

—¿Me quieres follar?

Él tragó saliva. No estaba acostumbrado a ese vocabulario, pero eso lo excitó como nunca.

—Responde, vaquero... ¿quieres follarme duro?

—Sí... —respondió él, bajándole las bragas y dejando que cayesen al suelo.

—Pues hazlo ya.

Scarlett se deshizo de sus bragas de una patada y saltó sobre la cintura de Kurt, que logró agarrarla por las nalgas. Ella era pequeña, y él enorme, no le resultó nada difícil penetrarla en esa posición. Caminó varios metros hasta que la espalda de Scarlett dio contra la pared.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz entrecortada.

—Fóllame, cowboy.

Scarlett lo abrazaba con las piernas y él la empaló con fuerza.

Cuando Scarlett sintió la dureza del cowboy colmándola, no pudo hacer otra cosa que gritar.

—Más rápido —dijo, y él obedeció. Empezó a bombear más rápido y más fuerte.

Scarlett notaba la polla de Kurt hasta el fondo, y no tardó en llegar al orgasmo. Su vagina se contrajo y apretó la polla de su cowboy. Él lo notó, vaya si lo notó, y el orgasmo empezó recorrerle de arriba abajo.

—Nena... me... me voy a correr...

—Oh, sí... ¡Kurt, sí! ¡Yo también! Ahhh...

Se corrieron juntos.

Kurt dio unos últimos golpes de cadera, hasta que se aseguró de que Scarlett había quedado completamente satisfecha. Ella lo abrazó aún más con las piernas y se pegó más a él. No quería que saliese de su interior. Ojalá pudiese tener a ese hombre así por siempre...

Ojalá...

Pero no era posible...

Él abrazaba a Scarlett como si con el simple hecho de soltarla fuera a desaparecer como por arte de magia. Cada beso, cada caricia, cada mirada era una declaración silenciosa de su amor.

Pero tenía que confesarle la verdad, debía decírselo claramente.

Debía decirle lo que sentía.

La abrazó aún con más fuerza cuando salió de su interior y ella logró poner los pies en el suelo. Estuvo unos minutos pegado a ella, hasta que se decidió.

Se separó para mirarla a la cara, y le acarició las mejillas con los pulgares.

—Scarlett... —dudó. No sabía cómo decírselo sin que ella se asustase. Sabía que tenía planeado marcharse, sabía que en la sala de los espejos Phillip la había amenazado, y debía cuidar sus palabras, pero también debía ser completamente sincero. Tomó aire, y se armó de valor—. Scarlet, yo... te amo.

Los ojos de Scarlett empezaron a brillar, se tornaron vidriosos. Abrió la boca para responder algo, pero él la acalló con un beso, que tan solo fue un roce, pero que expresó lo mucho que la amaba.

—Te amo —repitió Kurt, cuando el beso finalizó—. Por favor, no me abandones.

Las lágrimas ya rodaban por las mejillas de Scarlett. Él acababa de suplicar que no lo abandonase. Sus ojos verdes y claros también suplicaban, repletos de amor, que ella se quedase a su lado.

—Kurt yo...

—Mira, yo sé que Phillip te ha amenazado.

—¿Cómo lo has sabido...?

—No lo sabía a ciencia cierta, y me lo acabas de confirmar pero...

Ella lo miró, indignada.

—¿Me has puesto a prueba?

—No, qué va, es sólo...

—Yo no me puedo quedar, Kurt.

—Scarlett, yo te protegeré, cuidaré de ti si me aceptas. Yo... ya sé que este lugar está perdido en mitad de la nada, y que...

—Kurt, te amo —confesó, Scarlett—. Te amo más que a mi vida. Y es por eso que debo regresar con Phillip. ¡Os hará algo, os dañará si no cedo! ¿Es que no lo entiendes? —lágrimas de desesperación surcaban las mejillas de Scarlett y sollozos ahogados escapaban de su garganta—. Ya estuviste a punto de morir hace dos días, quemado en el granero, un incendio que él provocó. ¡Sé de qué es capaz, y no puedo permitir que nadie a quien amo sufra por mi culpa!

Kurt abrazó a Scarlett con fuerza. Ella temblaba, sollozaba, pero era bueno que lo soltase, lo había guardado demasiado tiempo.

Cuando finalmente ella se calmó, él cedió el abrazo y la miró a los ojos.

—Scarlett, nada de eso va a suceder. Nadie va a sufrir daño alguno y por supuesto, nada de lo que está pasando es culpa tuya. Y quiero que sepas una cosa: no te voy a dejar sola, voy a cuidar de ti, te voy a amar hasta el día de mi muerte y no habrá nada, ni nadie que pueda impedir eso. Y lograremos dar con ese delincuente, y una vez que esté entre rejas, no volverá a molestarte nunca más. ¿De acuerdo?

—Pero...

—Scarlett, ¿confías en mí?

Scarlett asintió. Y por primera vez sintió que, tal vez, algún día podría sobrevolar alto y en libertad aquella maravillosa tierra, junto a la persona amada.

Kurt despertó con Scarlett entre sus brazos. Estaban desnudos.

La noche anterior colocaron una manta sobre el suelo de madera, junto a la chimenea, en la que quedaban unas pequeñas brasas. Sus ropas, colgadas sobre unas sillas a una distancia prudencial del fuego, ya estaban secas.

El cowboy no pudo evitar sonreír con ternura al recordar lo bonito que había sido pasar la noche junto a Scarlett en aquella cabaña, durante la tormenta. La habría abrazado fuerte cuando ella había temblado de miedo por los truenos, pero después, ella se calmó, e hicieron el amor el resto de la noche hasta quedar rendidos.

Hundió la nariz en sus cabellos y esbozó una sonrisa de placer. Se le puso dura como una piedra al notar la calidez de Scarlett, pero de pronto su móvil vibró.

¿Qué hora sería? ¿Habría sucedido algo en el rancho? Estiró el brazo y miró el teléfono. Había varios mensajes de Gabriel pidiéndole la ubicación, y también uno de Ginger, preguntándole dónde habían pasado la noche, y si estaban bien a causa de la tormenta. Respondió a la abuela para tranquilizarla y luego envió a Gabriel su ubicación. Luego miró la hora que era; Las cinco y media de la madrugada. Miró por el pequeño ventanuco de la cabaña y vio que empezaba a clarear, pero no llegaba a ser de día. Tampoco llovía. Podrían volver a casa, pero no era necesario darse prisa, pensó Kurt, con una pícaro sonrisa.

Con cuidado, empezó a apartarle el pelo del hombro.

Scarlett se desperezó y abrió los ojos.

—Buenos días —saludó ella, con una sonrisa de sueño. Acercó la mano hacia Kurt y le acarició el antebrazo—. No te apartes de mi —dijo, haciendo un puchero—, odio cuando no puedo sentir tu calor en mi piel...

Él sonrió, y se acercó a ella para besarla.

—Pues no dejes de sentirlo, mi amor...

Scarlett aprovechó para rodearle el cuello con los brazos y la cintura con las piernas.

—¡Te pillé! —rio—. Ahora eres mío.

Él sonrió contra su boca.

—Hace mucho tiempo que me tienes pillado, nena.

Scarlett volvió a reír y él gimió de puro placer.

—¿Sabes lo mucho que adoro el sonido de tu risa? Y... me excita tanto... Me pone como una locomotora...

Scarlett volvió a reír, pero él acalló su carcajada con un beso sensual. Ella lo recibió arqueando la espalda, estrechando más su cintura con las piernas, buscando el roce de su sexo con el suyo. Era como si quisiera que no escapara jamás de ella. Como si él fuese a hacerlo, pensó... La amaba, eso era evidente, y no pensaba alejarse de ella jamás. Kurt se lo decía cada vez que posaba sus ojos verdes sobre ella, cada vez que le sonreía, cada vez que la tocaba y la besaba...

—Te amo, Kurt —confesó, cuando él empezó a mordisquearle el hombro.

—Y yo, Scarlett... Te amo con locura.

Scarlett sonrió, y le acarició la espalda. Era tan maravilloso estar con él...

Se escuchó el relincho de Dark. Kurt lo reconoció enseguida; era el tipo de relincho suave que utilizan los caballos para saludarse unos a otros. No le dio importancia, tal vez un jinete estaba pasando por allí, no era nada extraño. Luego sonó el de Twister y eso corroboró que sí, que allí había alguien, tal vez otro caballo, posiblemente algún *mustang* de los Crow, que solían pastar en libertad por aquella zona.

Kurt no quiso darle más importancia, y siguió besando a Scarlett.

Su piel estaba caliente, y olía tan bien...

Otro ruido afuera, como un fuerte golpetazo, esta vez sí los interrumpió. Kurt se quedó quieto y Scarlett abrió los ojos, asustada.

—¿Qué ha sid...?

Kurt le colocó el dedo índice sobre los labios, y negó con la cabeza, sin dejar de mirarla a los ojos. Estuvieron así durante unos segundos, durante los cuales se dieron cuenta de que había una persona allí fuera, porque oyeron unos pasos que se detuvieron de súbito.

Muy despacio, y sin apartar la mirada de Scarlett, le señaló sus ropas y asintió con la cabeza. Scarlett comprendió. Se vistieron en silencio y muy rápidamente. Luego, Kurt le indicó con la mirada que se colocase en la esquina izquierda a la puerta, y ella hizo lo propio.

Kurt abrió la puerta y salió de la cabaña.

—¿Hola? —dijo, mirando a su alrededor.

Allí no había nadie a la vista. La cabaña estaba dentro de un bosque no demasiado espeso, y justo al lado estaba el establo de los caballos, a la vista, porque era abierto, como un porche con barreras.

Comprobó que los caballos estaban bien. Se fijó en la dirección de sus miradas, y en su expresión corporal. No había peligro, así que descartó que se tratase de un puma. Tampoco parecían indicar que allí hubiese alguien. Se mostraban confiados.

¿Acaso se lo habría imaginado? No, porque Scarlett también había escuchado los pasos, ¿verdad? ¿O tal vez ella había reaccionado arrastrada por su sorpresa, y en realidad allí no había nadie?

Quiso cerciorarse y empezó a rodear la cabaña. Miró a ver si había huellas, pero no las vio, allí había yerba y no barro, y con el agua no se veía ningún rastro. Se relajó. Allí no había nadie.

Y eso le hizo bajar la guardia.

Scarlett oyó un golpe seco y medio segundo después, como si un fardo cayese al suelo.

Se le subió el corazón a la garganta, sintió que se atragantaba y se olvidó de respirar por

unos instantes.

—Scaaaarrretttt ...

Cuando ella escuchó la voz de Phillip, se quedó completamente paralizada. No podía ni pestañear. Solo pudo temblar de puro pavor.

—Scaaaarrleeeetttt...

Una lágrima de puro pánico rodó por la mejilla de Scarlett.

—¡Maldita zorra, sal de ahí si no quieres que acabe de rematar a este hijo de perra!

Eso la hizo reaccionar. A trompicones, se puso en pie aun a riesgo de caer redonda al suelo a causa de los temblores que no cesaban. Como pudo, y jadeando, pensando que de un momento a otro acabaría por ahogarse, rodeó la cabaña, siguiendo la dirección de la voz de Phillip.

—¡SCARLETT, APARECE O LO DESPELLEJO VIVO!

—Es... ess.... Estoy aquí... y... ya voy.

Cuando terminó de dar la vuelta a la cabaña y vio a Kurt, tirado en el suelo, sintió que se ahogaba.

Phillip estaba junto a Kurt, de pie, con una pala en la mano. Le había golpeado en la cabeza, sangraba, y Scarlett reaccionó. Corrió hacia él y se agachó.

—¡Kurt! —gritó, presa del pánico.

Kurt se movió y eso la alivió enormemente, pues la hizo saber que seguía con vida, pero de repente Phillip tiró la pala al suelo y la agarró por el pelo. La arrastró y luego la soltó a varios metros de Kurt. Ella intentó regresar hacia él, pero cuando se puso en pie, Phillip la empujó y la hizo caer al suelo.

—¡Te dije que te vinieses conmigo, zorra! —gritó, y a ella le pareció que ese diablo tenía los ojos inyectados en sangre— ¿Has visto lo que has hecho? ¡Todo esto es por tu culpa!

Scarlett gimió, pero segundos después reunió un poco de valor para hablar.

—No le hagas daño —rogó, poniéndose en pie—, me iré contigo, Phillip, esta vez te prometo que lo haré, pero no le hagas más daño. Te lo suplico.

Phillip rio como un loco, y sus ojos reflejaron lo malvado que era.

—Eso ya sé que lo harás. ¡Pero no pienso dejarle vivo para que nos siga!

Phillip se agachó, agarró la pala de nuevo y empezó a caminar hacia Kurt, con la mirada de diablo enloquecido clavada en lo que creyó sería su próxima víctima.

Scarlett sintió que se mareaba cuando ese malnacido alzó la pala para golpear a Kurt en la cabeza.

—¡NOOOOOOOOO!

Reaccionó.

Como impulsada por una fuerza invisible, corrió hacia Phillip, y justo cuando ese hombre iba a golpear a Kurt, se interpuso y saltó sobre él.

Phillip perdió el equilibrio y cayó de espaldas ante el placaje de Scarlett, que cayó sobre él. Rodaron unos metros por el suelo. Scarlett se golpeó en la espalda y en el brazo, gimió de dolor, hasta que acabaron ella sobre Phillip.

Scarlett se arrastró para alejarse de Phillip. Quedó a unos metros de distancia, jadeando. Lo miró, y vio que...

—Oh, Dios...

Una estaca le atravesaba el pecho y la punta le sobresalía por el abdomen. Se la había clavado en la caída. Phillip la miraba con odio. Levantó una mano, como si quisiese agarrarla, e intentó hablar, pero de su boca solo salió un borboteo de sangre, puso los ojos en blanco, y finalmente quedó inmóvil.

Scarlett tenía los ojos muy abiertos y temblaba de pánico. No podía creer lo que acababa de suceder... Philli estaba... ¿muerto?

—¡Scarlett!

La voz de Kurt la hizo volver en sí.

—¡Kurt! —gritó.

Se puso en pie y corrió hacia él.

—¡Kurt! ¿Estás bien? Oh, Kurt... pensé que te perdía...

Él se había incorporado y la recibió con un abrazo.

Scarlett lloró contra su pecho, y él le acarició el pelo, sucio de barro, calmándola.

—Shhh, nena, ya pasó, ya pasó...

Scarlett alzó la vista y lo miró. Las lágrimas brotaron de nuevo al ver que tenía un corte en la frente y un surco de sangre le atravesaba medio rostro.

—¡Estás herido!

Ella le apartó con cuidado el flequillo de la frente, sin importarle que los dedos se le manchasen de sangre.

—No es nada.

Scarlett sacó un pañuelo de papel que llevaba en el bolsillo, le quitó el plástico que lo envolvía y empezó a quitar la sangre de la frente.

Lo curó con cuidado varios minutos, hasta que la sangre dejó de brotar.

—No parece muy profundo y no creo que tengan que ponerte puntos —dijo, aliviada.

—Las heridas en la cara suelen sangrar mucho, pero parece que no me ha dado de lleno. Y si me queda una cicatriz... —el cowboy se encogió de hombros y sonrió—, bueno, igual hasta me haga más sexy...

Scarlett soltó una pequeña carcajada, pero luego se puso seria.

—De todas formas, Kurt... Si llega a sucederte algo malo por mi culpa yo...

Él se puso serio.

—No, Scarlett. Nada de esto culpa tuya. Phillip, él es el único culpable.

Scarlett miró hacia ese hombre, que yacía inerte en el suelo.

—Lo he matado... ¿yo?

—No, Scarlett. Tú no lo has matado, ha sido un accidente, yo lo he visto con mis propios ojos.

En ese momento aparecieron tres caballos al galope. Se trataba de Gabriel, Mike, y el sheriff. El primero en bajarse de su montura fue Gabriel seguido por el sheriff. Mike se quedó montando su yegua pinta, observando a su alrededor, vigilante.

—Joder —dijo Gabriel, cuando vio el cuerpo de Phillip—, sí que está muerto el cabrón...
Está hecho un guiñapo.

Scarlett tembló de puro pánico.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el sheriff, muy serio.

—Este hombre es...—Scarlett estaba aterrada, y a duras penas le salía la voz—. Bueno, era Phillip, mi marido. A... atacó... atacó a Kurt y yo... bueno... yo...

Kurt la interrumpió.

—Ese imbécil me golpeó en la cabeza con esa pala —señaló la pala que yacía a los pies de Phillip—. Luego se tropezó y cayó sobre una estaca —dijo Kurt al sheriff—. Es el mismo que austó a Scarlett en la atracción de la feria de ganado.

El sheriff miró el cuerpo de Phillip durante unos segundos.

—Ayer mismo comprobé las cámaras de seguridad de la atracción, tal y como me pediste, y sí, todo apunta que se trata del mismo hombre.

Scarlett suspiró aliviada.

—Declararé, sheriff. No pude hacerlo porque me entró miedo, pero declararé.

—Todo a su tiempo— respondió el sheriff. Luego funcionó el deño y se sacó el teléfono móvil del bolsillo. Llamó al equipo de criminalística.

—Vengan de inmediato. Sí, al parecer un hombre atacó a Kurt Harris y a su prometida, y luego sufrió un accidente. Sí, exacto. Muy bien. Perfecto, os quiero aquí en media hora.

Cuando el sheriff colgó, miró a Scarlett.

—¿Se encuentra usted bien, señorita?

—Sí, gracias.

Luego el sheriff miró a Kurt.

—¿Llamo a una ambulancia o podréis regresar al rancho a caballo?

Kurt sonrió.

—Creo que podremos regresar a caballo, sheriff. —Gabriel y Mike soltaron una carcajada. Ese cowboy era duro de pelar.

Kurt y Scarlett regresaban al rancho. Ambos montaban sobre Dark y Twister los seguía a poca distancia.

Scarlett permanecía en silencio, concentrada en el bello paisaje de las Rocosas, que se alzaban ante ellos como si quisiesen tocar el cielo. Aquel lugar era mágico, como Kurt.

—Pobre Dark... —dijo, apoyando la espalda contra el pecho de Kurt—. Tiene que soportar el peso de los dos.

Kurt le apartó el pelo del cuello y se lo besó con ternura. Scarlett echó la cabeza hacia atrás y con las manos acarició el antebrazo del cowboy, que le rodeaba la cintura, protector.

—No debes preocuparte, un caballo como Dark puede soportar el peso de ambos.

—¿Seguro?

—Seguro.

Él la besó en la coronilla, luego en el pómulo, sin dejar de acariciar su rostro.

—Oh, Kurt... siento todo lo que ha pasado... He puesto tu mundo patas arriba. Soy un desastre.

Él dejó de besarla unos momentos, y frunció el ceño.

—Pues yo no lo siento, Scarlett. Yo no siento nada de lo que ha sucedido. Y sí, has puesto mi mundo patas arriba, y me alegro de que lo hayas hecho.

Ella miró al frente, sabía que Kurt no había terminado de hablar.

—Verás —dijo, estrechándola más contra sí, como si tuviese miedo de que se fuese a desaparecer sin más—. Que nos hayamos conocido ha sido una casualidad, una bella casualidad. Todo estaba en contra nuestra. Ninguno de los dos tomó la decisión de buscar un matrimonio, fueron Ginger y Heather quienes iniciaron todo, y el destino acabó por unirnos. Sé que eres la mujer de mi vida, porque eres perfecta para mí, y nada me gustaría más que... —Kurt calló por unos instantes. ¿En serio esa era la forma más romántica de pedirle matrimonio a Scarlett?

—¿Qué te gustaría? —preguntó ella, con curiosidad.

Kurt sonrió. En realidad, ¿no había nada más romántico que pedirle matrimonio a Scarlett, la mujer de su vida, y la persona que más amaba en el mundo, montados en su caballo y en mitad de sus amadas tierras?

Kurt sonrió, la abrazó y la miró con todo el amor que sus limpios y claros ojos verdes eran capaces de expresar.

—Scarlett, mi amor, ¿deseas casarte conmigo?

A ella se le escapó una lágrima de felicidad, y luego sonrió.

—Oh, claro que sí, Kurt. Deseo ser tu esposa, y vivir contigo en esta maravillosa tierra, tan salvaje y hermosa como tú, el resto de mi vida.

Kurt sonrió hasta que le dolieron las mejillas.

Luego besó a Scarlett. Fue un beso apasionado, cargado de amor, acompañado de caricias que mostraron lo mucho que se amaban el uno al otro.

EPÍLOGO

La novia lucía maravillosa un espectacular vestido de corte sirena. El fino velo le salía del recogido y se deslizaba flotando sobre una cola de casi tres metros, que acababa en un finísimo y elaborado encaje. En las manos, un bonito ramo de pequeñas rosas blancas que le había confeccionado Pam.

Avanzaba lentamente del brazo de Thomas, que iba en su silla de ruedas y no podía estar más contento y orgulloso. Lo hacían por una alfombra roja que habían colocado sobre el césped del precioso jardín del rancho, bajo la atenta mirada de cientos de invitados, todos enamorados ya de la belleza sureña que avanzaba emocionada al encuentro de su amado Kurt.

Ginger interpretaba al piano la marcha nupcial de Wagner. La abuela había insistido en ello y mientras pulsaba las teclas del instrumento las lágrimas se le caían de pura emoción.

Scarlett estaba muy emocionada. Allí, en el altar, bajo una preciosa pérgola cubierta por una enredadera de oloroso jazmín, aguardaba Kurt, esperándola.

Su amado Kurt, de ojos verdes y limpios, como su alma... Ese hombre la miraba con todo el amor del mundo y ella no podía amarlo más.

Llegó hasta él y Scarlett no pudo evitar que se le escapase una lágrima al ver el rostro de su hombre. Sería suya, por siempre jamás. Y él sería suyo, por siempre jamás.

—Aq... aquí te entrego a la novia m... más guapa del mundo —dijo Thomas, muy serio, para añadir—: ¡Cuídala muy bien!

Kurt sonrió, visiblemente emocionado.

—Por supuesto.

Le tendió la mano a Scarlett, y ella la tomó. Avanzó hasta él los peldaños y, con las manos unidas, se miraron a los ojos durante el resto de la ceremonia.

Y llegaron las palabras más esperadas:

—Yo, Kurt, te recibo a ti, Scarlett, como esposa, y me entrego a ti —Kurt se emocionó tanto que se le quebró la voz. Pero prosiguió—: Y prometo serte fiel, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Scarlett seguía haciendo esfuerzos para no llorar de pura felicidad. Le llegó su turno.

—Yo, Scarlett, te recibo a ti, Kurt, como esposo, y me entrego a ti. —Tomó aire y sonrió—. Y prometo serte fiel, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Entonces apareció el padrino, Gabriel, con los anillos.

Kurt le colocó el anillo a Scarlett y ella a Kurt.

Unieron las manos de nuevo y el juez que presidía la ceremonia habló:

Yo os declaro marido y mujer. Kurt, puedes besar a tu esposa.

—Kurt miró a su maravillosa esposa, Scarlett. Tomó su bello rostro en sus manos y le acarició los pómulos con los pulgares.

—Te amo tanto, amor mío... acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo.

Scarlett sonrió.

—Yo también te amo, Kurt. Pero por favor, ¡bésame ya!

Cuando los novios se besaron, todos los invitados estallaron en vítores y aplausos. Y al bajar del altar en dirección al banquete, ya juntos Kurt y Scarlett, les lanzaron pétalos de rosas rojas y blancas.

Ginger se secaba las lágrimas disimuladamente, Thomas vitoreaba junto al resto de invitados, Gabriel, Joss, Pam, Teresa, Heather y Javier, aplaudían emocionados, pues Kurt y Scarlett ya estaban casados y serían felices por siempre jamás.

CONTENIDO EXTRA

que sólo entenderás si eres una chica BRILLI-BRILLI

¡¡BÚSCANOS EN FACEBOOK!!

¿No sabes quiénes somos las chicas brilli brilli?

Pulsa en el siguiente enlace:

[El Grupo Brilli-brilli de La Juani](#)

Y ahora que ya sabes quienes somos las brillis, ¡¡SIGUE LEYENDO!! ò

EPÍLOGO 2

—Ay, *virgencica* mía, qué maravilla de novela, ¡qué emoción tan grande, *madredelamorhermoso!* *Menamora*o del Kurt. Pero qué *coubois* tan guapo y caballeroso, qué hombretón. Ayyyyy, ayyy...

La Juani estaba llorando a lágrima viva tras leer el final de la novela de Taylor.

—¿Cuántas veces la has leído ya? —le preguntó Taylor, que acababa de entrar en su despacho con unos papeles en la mano.

—Pos no sé, ¿cuatro? ¿cinco? ¿diez?

Taylor resopló.

—¡Si hasta me has hecho cambiar el traje de novia tres veces! Yo lo quería en plan Lady Di.

—El estilo Lady Di está muy *anticuao*, miarma. Y esas mangas tan horteras... Corte sirena es más *glamuroso*. Y el encaje de la cola... por dios, qué maravilla.

—¡Mujer, deja ya el Kindle, que te me vas a deshidratar! Mira, lo has mojado de tanto llorar encima, tendré que ponerlo en arroz para que se seque.

—No son lágrimas, son babas por el Kurt, que está mas bueno que el pan. Si tuvieses cubos por aquí, esto no pasaría.

Taylor le arrebató el Kindle a la Juani, que se abanicó las pestañas que se acababa de alargar en la *estaticen*, y que si no dejaba de llorar se le quedarían los ojos pegados.

—Ay, *miarma*, que sarna con gusto no pica. *Mancantao*, Taylor, *mancantao*. Yo quiero un Kurt en mi vida, te lo digo ya. Y está escrita tan en fino, que parece que la he escrito yo. Fijo que a las brillis les va a encantar. ¿Y cuál va a ser la siguiente? Porque esta vez, petarda, no mas *dejao* hacer ni un cameo. ¿El indio? ¿El Gabriel? ¿Joss? ¡Ay, por Dios, acaba con mi sufrimiento!

Taylor se sentó junto a la Juani con los papeles que colocó sobre la mesa de su despacho.

Estaba ya haciendo apuntes para su próxima novela y la Juani sería, como siempre, su lectora cero.

—Pues aún no sé qué título le pondré, pero como últimamente he estado de muy buen humor porque, ¡al fin!, Bel se ha llevado a Misifú, se me ha ocurrido una de un cowboy al que la protagonista conoce durante una noche de juerga y se piensa que es un gigoló.

—¿Un *boys*? —La Juani no cabía en sí de gozo—. Oysssssss, Taylor, qué pillina estás hecha...

—No será un *boys*, pero la *prota* se lo creerá, y lo hará hacerse pasar por su prometido en la boda de su hermano. Es que es un pelín rarita...

—¿Una friki y un *cowboys* buenorro?

—Lo de friki aún no lo tengo claro.

—Oys, *miarma*... ¡Estoy deseando leerla!

—Pues muy pronto podrás hacerlo. Pero antes de nada, tengo que organizar mi despacho y actualizar mi portátil. ¡Porque nos vamos todos a Nueva York!

La Juani miró a su amiga con los ojos muy abiertos.

—¿A la Gran Manzana? ¡Cuánto *glamour*!

—Sí, allí nos vamos, que Bel tiene una expo en uno de los hoteles de William—. La Juani achicó los ojos y Taylor aclaró—: No, no irá Franco Cometa, no te preocupes.

—*Ois*, *pos* avisaré al primo del Cortés, que tienen un *jests privao*. Podremos irnos todos juntos. *Uis*, ¿tú crees que el Will y el Duncan podrán aguantar en un espacio cerrado veintidós horas seguidas?

—Sí, con mucho alcohol y sentándolos en asientos separados.

—Eso, uno delante y el otro detrás.

—Pobre Bel... Y pobre Meg. Pero valdrá la pena, porque seguramente conozcamos a Owen.

—Ese *man* dicho que es un cabrón de *cuidao*. Un ciborgs, o *nosequé* cosa de inteligencia artificial. Pero como está *mu* bueno, se lo perdonamos *tó*.

Taylor se puso a reír.

—Ay, Juani. ¡Ya estoy deseando llegar a Nueva York! ¡Nos lo vamos a pasar pipa!

—Pos yo también. Estoy deseando volar a la Gran Manzana, pero por el camino me cuentas más cosas sobre ese *couboys*... *Boys, cowBOYS*... Oys, ¡pero qué arte tengo!

—¡Olé!

FIN

Nota de la autora

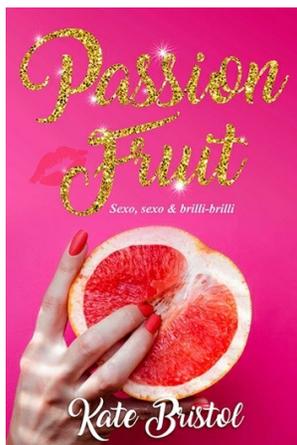
Hola, soy Kate, y en primer lugar, quiero daros las GRACIAS a todas mis lectoras (y lectores, que sé que haberlos *haylos*) por darle una oportunidad a mis locuras. Espero de todo corazón que os hagan reír, esa es mi mayor ilusión y uno de los motivos por los cuales sigo escribiendo.

¡Esta novela, y todas las demás, va dedicada a tod@s vosotr@as! ¡Porque sois l@s mejores!

Espero de corazón que hayáis disfrutado mucho con la historia de Kury y Scarlett, y si todavía no habéis leído el resto de mis novelas, os dejo los enlaces dónde os las podréis descargar. ¡Un beso enorme y, de nuevo, gracias!

(Me comenta la Juani que os las podéis descargar pulsando directamente en la imagen de la portada, y también dice que se lo ha pasado en grande diseñando el vestido de Scarlett, porque Taylor Salas, que como ya sabéis, es la protagonista de ¿Un highlander? ¡Demasiado sexy para mi!, le había puesto uno como el de Lady Di y a la Juani le parecía viejuno. Y también dice que no descarta aparecer en las próximas novelas de Sexy Orgásmic, que como ya sabéis, es la editorial de Samantha, la protagonista de ¿Dónde está mi Highlander?, novelas que os podéis descargar en los enlaces que hay a continuación, más concretamente la saga Highlanders de Brillí-brillí en las Highlands)

PASSION FRUIT



Alberto Ruiz Saavedra es el político revelación del año, guapo, carismático y una de las fortunas más grandes del país. Por si todo esto fuera poco, está en todas las revistas del corazón, pues sale con Marlene, la cantante de moda con quien va a casarse. Su vida parece un cuento de hadas ¿verdad? Quizás lo sería si su relación no fuera una farsa y no estuviera locamente enamorado de su... chacha.

Rosalía es una chica de barrio, que trabaja limpiando casas. Es espontánea y divertida. Su obsesión por Pasión Fruit (el pintalabios que ha creado) y el brilli-brilli, solo es superada por la obsesión que siente por su jefe Alberto. Rosalía sabe que su amor es imposible ¿Cómo va a fijarse en ella el futuro presidente? Pero una noche de locura dará paso a la más apasionada historia de amor sazónada con: escapadas a Ibiza, chantajes, bodas gitanas, peleas en discotecas y mucho sexo y brilli-brilli.

Passion Fruit es una novela erótica, alocada y llena de situaciones disparatadas.

Si quieres reírte apúntate a la moda del brilli-brilli.

BRILLI-BRILLI EN LAS HIGHLANDS: La Serie



¿Aún no has leído las divertidas novelas de Kate Bristol? Aquí tienes la SERIE COMPLETA: ¡Brilli Brilli en las Highlands!

Encontrarás **tres novelas**:

[¿Un highlander? ¡Demasiado sexy para mí!](#) (Taylor y Marcus)

[Mi JEFE es un highlander](#) (Duncan y Bel)

[¿Dónde está mi highlander?](#) (Sam y Patrick)

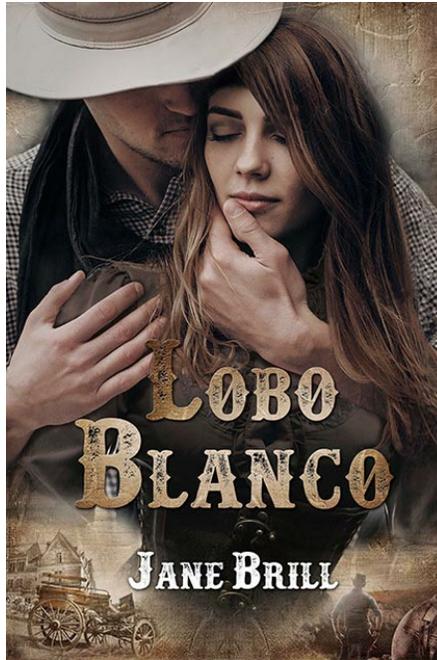
P.D.: Reescribo el comentario de La Juani: Brillis, que si pulsáis en la *fotico* de la portada de la serie, os la podréis descargar *enterica*, pero que si las queréis por *separao*, pulséis en lo azul, encima de cada título de novela.

¡Gracias, *miarmas*!

¡Olé!

LOBO BLANCO

(Autora, La Juani, que ya sabéis que escribe en “fino”)



Cuando Elisabeth Winston, la dueña de uno de los ranchos más prósperos de Texas, se despierta entre los brazos de un hombre desnudo, no puede dar crédito. Su mente, aún confusa, recuerda la tormenta, el agua helada sobre la piel, y el vuelco de la calesa, pero no logra recordar al desconocido que la salvó de la muerte. Un desconocido de mirada oscura, y acompañado de un temible lobo.

Henry Alexander Cavill se ha visto obligado por las circunstancias a viajar a Lobo Blanco, para hacerse cargo de su herencia. Lo que no espera, en una noche tempestiva, es rescatar a una dama en apuros. Al despertarse entre sus brazos, Henry se da cuenta de que Elisabeth dista mucho de estar en apuros, es toda fuego y terquedad. Cuando se despide de ella, se da cuenta que la mujer, que tanto lo ha conmocionado, no es otra que Elisabeth Winston, a quien viene dispuesto a arrebatar su tesoro máspreciado, el rancho Lobo Blanco.

Grupo Brillibrilli de la Juani en Facebook

Ah, me vuelve a comentar la Juani que os deje el enlace del grupo de las Brillibrilli de La Juani, que allí os lo pasaréis pipa y estaréis al tanto de todas las novedades y sorteos de libros. Me dice que pongáis el *dedico* ahí, *miarmas*, en lo azul y *sus* apuntéis:

[El Grupo Brillibrilli de La Juani](#)